

IMPRIMIR

ÚLTIMO PENSAMIENTO

PIERRE MAËL

Editado por
elaleph.com

© 2000 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

PRIMERA PARTE

DOS CORAZONES

I

Esa mañana de marzo, la ciudad de Niza entregada de lleno a la fiebre de sus grandes fiestas de carnaval, cuyo comienzo distaba ya sólo cuatro días, recibió, al despertar, la sorpresa de una emoción inesperada.

Los primeros ociosos que transitaban por las calles, saboreando las caricias de una mañana esplendorosa, se habían encargado de esparcir la noticia a los cuatro vientos, y el rumor había llegado hasta los más remotos arrabales de la Cruz de Mármol y de Carabacel más allá de Sainte-Réparate y Riquier.

Así es que desde las ocho el populacho impedía la circulación en los caminos de todas dimensiones, y esta afluencia de gente se dirigía en masa a la playa. La Promenade des Anglais (paseo de los ingleses), el muelle del Mediodí las terrazas de Rauba-Capeau, el antiguo puerto, los costados del castillo, desbordaban de gente. Niza, que cuenta con treinta mil habitantes en verano y cien mil en invierno, los había arrojado a las orillas de su mar de azuladas ondas.

La verdad es que el espectáculo merecía todo el interés que despertaba; no se había visto jamás otro parecido. Se trataba, en efecto, de una maniobra naval de aspecto majestuoso.

La escuadra del Mediterráneo, compuesta para el caso, de diez acorazados, cuatro cruceros y ocho torpederas, en simulacro de combate, atacaba por mar a Niza, ataque precedido de un bombardeo general de sus costas.

La maniobra, hábilmente llevada a cabo, trataría de sorprender a la guarnición. Bajo este concepto, el programa había sido cumplido en

todas sus partes. La guarnición se había dejado sorprender. Después de las cinco, hora en que los primeros penachos de humo de los acorazados fueron avistados en el horizonte, el comandante general de la plaza no había cesado de enviar despacho tras despacho, llamando en su ayuda a los regimientos y batallones esparcidos a derecha é izquierda en las montañas desde Vence a Var y de la Furbie a Vintimille. Al presente, las ocho en punto, a una agresión de veinte mil asaltantes, el pobre hombre no podía presentar como oposición más que cinco mil quinientos combatientes, entre los que se contaban tres mil hombres de la guarnición de Niza.

Estos cinco mil sacrificados corrían en todas direcciones a paso de carga, atravesando la ciudad al son de tambores y clarines. El castillo había conseguido instalar, bien o mal, sobre sus terrazas una batería de campaña con el objeto, de contestar al fuego de los formidables cañones de la marina. Se aseguraba que una segunda batería formaba la reserva, y que, por otra parte, Villefranche, desde las alturas de la pendiente de San Juan, había conseguido presentar un obstáculo a la escuadra. En fin, del lado de San Mauricio un escuadrón de artillería montada se disponía a recibir vigorosamente a las embarcaciones de las tropas de desembarco, si éste llegaba a tener lugar.

Eran estas las conversaciones optimistas. La verdad era que el pobre general Pavène estaba en poder de su adversario, el vicealmirante Gaudin, y que Niza, ciudad sin defensas propias, incapaz de una resistencia seria, había sido tomada antes de ser atacada.

Pero todo esto no impedía que el pueblo tomara vivo interés por el acontecimiento, é interpretara a su modo é hiciera comentarios sobre las diferentes fases del simulacro.

La gente colgaba como racimos en los peldaños de la escalera y en el parapeto del Puente de los Ángeles, alrededor del reloj de sol que había en ese sitio. Con ese acento local inexplicable que hace del nizado algo tan desagradable como el marsellés, el tolosano y el bordelés, los curiosos cambiaban sus impresiones.

-Asimismo, Batistín, si es para bien no sería extraño.

-¡Bah! se desbarrancarían de las montañas, ¡pardiez!

-Entonces, ¿tú crees que las tropas podrían impedir el desembarco?

-Bueno, eso yo no lo he dicho, en vista de que yo no sé nada, sólo creo que en ciertas ocasiones los soldados valen tanto como los marinos.

-Pero un soldado no vale por tres marinos, tonto, y metros por cinco.

-Si tú hablas tanto, seguramente tendrás razón.

En la altura ocupada por el Club del Mediterráneo, sentados en sillas alquiladas, estaban los representantes de la aristocracia, tanto nizardea como extranjera. Esta nueva aristocracia no se diferencia en nada de la plebe, en cuanto a la pronunciación, y si es necesario, aun los sobrepasa. Así es que uno siente una satisfacción íntima, un reposo del tímpano, al escuchar de vez en cuando la pronunciación pura del norte.

En un grupo compacto de señoras y caballeros que hablaban en dialecto cerrado, una joven y un anciano llamaban la atención, tanto por la elegancia de su dicción, como por la belleza sorprendente de la una y el porte distinguido del otro.

Además, la joven apenas se mezclaba en las conversaciones de su alrededor, no hablando más que con su padre.

-Pero, mira, ¡mira, papá! Ahora están todos los buques en fila.

El espectáculo, en efecto, se hacía cada vez más excitante.

Los buques, reunidos, surgían en el horizonte formando una línea interrumpida. Venían de proa destacando sus moles ligeramente, y los espectadores de tierra los veían de frente confundiendo los mástiles unos con otros. Acorazados y cruceros avanzaban cubiertos por el humo de sus chimeneas que, como velo colosal, los envolvía ascendiendo entre el azul del cielo y el azul del mar.

-¡Eh! ¡eh! parece que la cosa se hace seria -decía riendo un nizardeo distinguido del grupo que rodeaba al anciano y a su hija.

-¿Qué es lo que pueden hacer? -preguntó otro.

-¡Diantre! ya lo verás, Rocheterre -contestó un tercero.

En ese momento los acorazados, llegados a cerca de tres kilómetros de la costa, hicieron una maniobra soberbia en exactitud y simetría.

El primero de ellos a la izquierda de la línea, «El Formidable», presentando el flanco de estribor, descargó el contenido de sus veinte y cinco piezas, incluyendo las de las cofas. Después, virando de costado, hizo fuego con los cañones de retirada, y por último con los de babor. Luego, a toda fuerza de vapor, fue a colocarse en segunda línea, dos kilómetros más afuera.

En pocos minutos el segundo, luego el tercero, después toda la línea de barcos, evolucionando del mismo modo, habían descargado sus cañones sobre Niza indefensa, que respondía lastimosamente con la ayuda de la pobre batería del castillo.

Sesenta cañonazos por barco sumaban seiscientos proyectiles enviados en menos de veinte minutos sobre la desgraciada ciudad.

El espectáculo, grandioso é inesperado, la aterrorizaba. Se hacía la ilusión de que era cierto y le parecía que no era un juego sino un bombardeo efectivo.

Tanto los nervios como la imaginación participaban de esta inquietud, de esta sobreexcitación. Porque el aire, estremecido por esta conmoción insólita, vibraba en formidables remolinos y las ondas sonoras traían el prolongado eco de los estampidos estrepitosos.

El viento, que soplaba del sur, esparcía en la atmósfera el olor de la pólvora y formaba con ella nubes grises, que ante las imaginaciones exaltadas tomaban la forma de espectros de la guerra con todos sus terrores, lo que hacía más verídico el retumbar de los cañones.

Una trepidación continua estremecía el aire y se deslizaba por encima de las olas de las cabezas y por los sentidos violentados; penetraba los corazones, impregnaba los espíritus.

En el grupo que formaba el pueblo, donde tenía la palabra Batis-tín, al pie del reloj de sol, se hizo un movimiento de retroceso; era que

el miedo les hacía ver como verdadero lo que no era más que un simulacro.

-¡Diantre! -dijo el nizado con voz un tanto ronca, -y bien si fuera algo que valiera la pena.

No habría sido necesario insistir mucho para convencerlos.

Una algaraza viva y bulliciosa vino a poner término a esa mala impresión. El populacho recuperó la confianza y el habla.

-¡Bah, bah! -se dijo el señor de Rocheterre desde la terraza, -al fin vienen las tropas para contestar. Ahí pasa el valiente Malaterra, el primer comandante del ejército francés.

Y la concurrencia, animada, electrizada, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

-¡Viva el comandante Malaterra! ¡vivan los cazadores!

Todo un batallón, en equipo de guerra, cerca de mil hombres, desfilaron con paso gimnástico al son de los clarines, mandados por su comandante, el señor de Malaterra: un corso, espléndido hombre, magnífico oficial, que por su apostura justificaba ampliamente el apodo de «primer comandante del ejército francés»

Los soldados, que marchaban con gran entusiasmo a tomar posiciones en Santa Elena, acababan de ver a ese pícaro de Caiman destacar rápidamente sus embarcaciones capitaneadas por una lancha a vapor. Eso no se podía dejar pasar. Dejarse bombardear, pase, porque no se puede resistir a una escuadra que viene a tirar cañonazos a seis kilómetros de distancia, sin poder oponer más que el fuego de piezas de calibre doce; pero dejar que los marinos viniesen a hacerse los soldados de tierra, eso nunca.

El comandante Malaterra les enseñará cómo sabe responder a esa broma de mal gusto.

Así es que el paso del «batallón negro» fue saludado con entusiastas aclamaciones que se prolongaron a lo largo de la Promenade des Anglais. Y el clarín sonaba, corriendo siempre con paso gimnástico, desgranando sus notas claras sobre el estrecho camino, sobre la

franja de guijarrillos en los jardines coquetos de las quintas diseminadas cada vez a más distancia las unas de las otras.

-¡Mira, mira, papá! -prorrumpió por segunda vez la señorita Dionisia Amart, extendiendo la mano hacia el horizonte.

La escuadra, después de haberse retirado dos kilómetros hacia fuera, regresaba a la costa formando dos líneas amenazadoras. Pudo verse a uno de los acorazados, forzando la marcha, acortar el camino oblicuamente y dirigirse al antiguo puerto. Era una falsa maniobra para despistar al enemigo.

En efecto, mientras que la batería del Castillo y la de la reserva (esta vez al alcance deseado), se trababan en combate de artillería con el Cambet, combate casi inofensivo para el acorazado, éste, sin cuidarse mayormente de las furiosas arremetidas de los cañones de a doce, ponía al descubierto una segunda columna de tropas de desembarco.

Desde la costa brotaron de todos los pechos ensordecedoras aclamaciones, movimientos espontáneos que los meridionales no saben contener.

-¡Ah! ¡miserables! ¡Era esto lo que preparaban! No es un juego leal, es una traición. ¡Vedlos venir! y no hay ni un soldado para impedirlo. Malaterra está demasiado lejos esta vez.

En el grupo de Batistín una voz destemplada por la emoción, predominó sobre el clamoreo.

-¡Por vida de... que nos han embromado! ¿Qué quieren que uno haga con gente que se presenta sin avisar de antemano?

La masa del pueblo, obedeciendo a su propio instinto, abandonó los alrededores de la playa y la Promenade des Anglais ante esta amenaza ficticia de desembarco, para invadir el Jardín Público y la Plaza Massène.

El grupo aristocrático del Club del Mediterráneo permaneció firme en su puesto como los senadores romanos, esperando en sus sillas curules¹ la llegada de los galos vencedores en Alla.

El señor y la señorita Amart conversaban en voz baja.

Dionisia parecía muy conmovida.

-Y bien hija mía -dijo alegremente el anciano, -me parece que te interesa mucho ese espectáculo

Ella respondió sin tratar de disimular, y con vez un tanto apagada por la emoción:

-Sí, papá. ¡Es tan hermoso!

Durante este tiempo las lanchas de desembarco avanzaban. a cincuenta metros de la costa se separaron de los remolcadores, y siguiendo su huella llegaron todas juntas, atracando de frente.

Se vio a los marineros erguirse, alinearse los fusiles y... ¡á tierra! Un largo murmullo de terror se extendió ante este nuevo simulacro. Los fuegos de las descargas sucesivas dominaron con su estrépito los cuchicheos del populacho, y alineándose a lo largo de la costa chalupas y canoas, los marinos se lanzaron a bayoneta calada.

Desde las fortificaciones del Castillo las compañías de línea acudieron sin aliento.

Á una orden del comandante de desembarco, un ala de la columna se colocó delante de los pantalones rojos, cortándoles el paso de la Plaza Massène y del Muelle del Mediodía, separando en dos la guarnición.

La ciudad había caído en poder del enemigo.

Una bandera blanca surgió de la terraza del Castillo; la guarnición capituló.

Entonces el pueblo, repuesto enteramente de la ilusión de óptica y de la pesadilla de la guerra, aclamó estrepitosamente a los vencedores:

-¡Viva la marina! ¡Vivan los marinos franceses!

¹ Calificación de una silla de marfil que podían usar ciertos magistrados romanos.

Es una cosa notable cómo en esta población de agregados, que no cuenta más que treinta años de fidelidad sospechosa a la Francia, ese nombre de «franceses», no hace mas que evocar sentimientos hostiles.

Desde este punto de vista, la presente demostración tenía de seguro su utilidad.

Habiéndose efectuado la rendición, si bien del lado de Santa Elena todavía se oían las detonaciones de la fusilería, la columna de marinos se colocó en línea con las armas en descanso a lo largo de la Promenade des Anglais.

Un destacamento acababa de colocarse frente a frente del Club del Mediterráneo.

Los hombres que lo componían, casi todos altos y sólidamente formados, tenían el tipo dulce y orgulloso del septentrión. Eran, no cabía duda, muchachos de la Bretaña, Etélois, morbihaneses, grésilleuses, capistas, cornouailleses y lioneses. A su cabeza, un joven teniente de navío, con el barbijo bajo, apoyaba ambas manos sobre la empuñadura de su espada.

Era alto. Su cara completamente afeitada, a excepción de un par de patillas era de líneas tan puras como el perfil de una medalla antigua. Sus ojos, de mirada profunda y franca, eran verdes como el mar; también era del norte.

Ahora bien; el sitio en que se encontraba el oficial estaba justamente enfrente al, que ocupaba Dionisia Amart.

Aquellos que niegan las afinidades secretas del corazón, traten solamente de comprobar lo que puede producir el encuentro de dos miradas llenas de simpatías latentes.

Nunca se habían conocido aquel joven de veintiocho años y esta niña de veintidós. Y, sin embargo, en su primera mirada, bajo su primer rubor, leyeron uno y otro la mutua confesión de sus corazones.

Esto sucedió durante los cortos minutos que duró *su tête-a-tête*. Fue un cambio profundo, aunque rápido, de sentimientos é ideas. Y sin darse casi cuenta, Roberto de Prébanec y Dionisia Amart se dijeron, sin hablarse, que se habían amado a primera vista y para siempre.

Un acontecimiento imprevisto vino a interrumpir este silencio exquisito.

El comandante Malaterra conducía a sus correctos cazadores vendidos. Al llegar al frente del pelotón, vio al teniente de navío.

Parando su caballo, dio la voz de «alto» al batallón, y acercándose al oficial, a quien tendió la mano:

-¡Diantre! -exclamó alegremente, -aquí está el que ha atenuado considerablemente la vergüenza de la capitulación. ¡Ah! Prébanec, supongo que usted será mi huésped esta noche.

El oficial sonrió.

-Esta noche no, mi comandante. Tenemos que entregar la ciudad y estoy de guardia. Pero cuando hayamos tomado a Villefranche, iré.

-Y ¿cuando toman a Villefranche? ¡maldicion! -exclamó el primer jefe del batallón del ejército francés.

-Supongo que esta noche.

-¡Demonio! -murmuró todavía el comandante de cazadores, -¡cómo se despachan! Niza para el almuerzo, Villefranche para la cena; veo que no se privan de nada... ¡Y cuando pienso que hace apenas tres días que le advertimos a Parène (¡curioso nombre para un general!) que se defendiera del lado del mar!..

Se levantó el quepis y se enjugó la frente.

-Mire, tal como usted me ve, me envió con mis mil hombres a San Mauricio, para tomar a su «Caiman». ¿Qué hubiera hecho usted en mi lugar, Prébanec?

El teniente de navío se echó a reír.

-Primero tengo que saber que es lo que usted ha hecho.

-Y bien mis hombres tenían diez cartuchos cada uno. Al principio, ordené que hicieran una salva, y luego que tiraran a voluntad sobre el Caiman. El Caiman estaba a dos buenas millas de distancia, y yo había hecho tomar el alza a doscientos metros. ¿Qué dice usted a esto?

Hablaba en voz muy alta el comandante Malaterra.

Una risa convulsiva se apoderó del teniente de navío, progresiva in ente se extendió a sus hombres, luego a los de los otros pelotones, al mismo tiempo que al pueblo que dominaba las sillas y las terrazas.

-¡Bravo, Malaterra! -gritó el señor de Rocheterre, de pie sobre un banco de madera.

El comandante se volvió para saludarlo con la mano. El caballo dio una medía vuelta y así la señorita Amart y Roberto Prébanec pudieron de nuevo cambiar una mirada.

Pero al mismo tiempo resonó un silbato. El capitán de navío Hoëlgat reunió a sus hombres.

-¡Hasta la vista, Prébanec, después de la toma de Villefranche!
-gritó Malaterra al teniente de navío con un amistoso saludo.

Y ordenó a sus oficiales:

-¡Despejen pronto! ¡Paso gimnástico!

Los clarines sonaron y el batallón, presentando las armas a los marinos, desfiló rápidamente para dejar maniobrar libremente a éstos.

Al tiempo de abandonar su puesto, Roberto de Prébanec no pudo contener un profundo suspiro, y como tenía la espada en la mano para transmitir órdenes, sin reflexionar lo que hacía, inclinó la punta hasta el suelo para saludar a Dionisia. El rostro de la joven se cubrió de rubor; una adorable sonrisa demostró al oficial que había sido comprendido.

II

Las manos de liada de Elisa habían transformado en un verdadero nido el landó donde tomaron asiento Dionisia y su padre.

La caja del coche y las ruedas, la capota y los asientos, desaparecían bajo una espesa capa de violetas mezcladas con camelias rosadas y blancas alternativamente, que esparcían en la atmósfera, un tanto pesada y como salpicada de polvo de oro, su perfume suave y exquisito.

Dos grandes pirámides de las mismas flores reemplazaban a los faroles, y guirnaldas tan vaporosas como los bordados de Yedo, se enroscaban graciosamente alrededor de los arneses y serpenteando a lo largo del látigo de León, el cochero, terminaba en un ramito muy pequeño.

Este arreglo era tal vez de aspecto demasiado uniforme, un tanto monótono, pero tenía una frescura tal, era de un gusto tan distinguido, que revelaba una elegancia tan aristocrática, que la gente, al verlo pasar, no podía dejar de admirarlo y aplaudir, no sin hacer comentarios y cálculos sobre el precio exorbitante que debía haber costado el tal capricho decorativo.

Á Dionisia apenas le causaba alegría este éxito. Permanecía igualmente insensible a los cuchicheos halagadores que su triunfante belleza levantaba a su paso. Pero el padre los escuchaba y su corazón se henchía de alegría y orgullo. Sin embargo, ciertos detalles atenúan la íntima satisfacción del anciano. Su hija parecía inquieta y preocupada; su habitual charla estaba como helada en sus labios. Recostada sobre el forro de felpa que guarnecía el fondo del coche y cuyo matiz de oro viejo se mezclaba armoniosamente con el color violeta de los adornos de flores, parecía abismada en sus pensamientos, indiferente a todo lo demás.

Y el señor Amart se preguntaba cuál sería la causa de la indiferencia de su hija.

Puede ser que lo hubiese adivinado recordando ciertos incidentes del día anterior, a los que no había prestado atención; pues la víspera, en la Avenida de la Gare, el comandante Malaterra, de buen humor después de un suculento almuerzo en el London House, les había presentado, al padre y a la hija, al teniente de navío Roberto de Prébanec, a quien acompañaba su joven hermano Juan, discípulo de los padres maristas del Seyne, y que se encontraba allí por permiso especial acordado al oficial que lo había solicitado a su paso por esa región.

Entretanto, los carruajes desfilaban. León se había visto obligado a hacer un largo rodeo por el Muelle del Mediodía y el de los Ángeles para llegar a la Promenade des Anglais.

En las alturas del Mediodía, frente al Jardín Público, se vio obligado a detenerse ajito, una verdadera muralla de coches y peatones. Los gendarmes a caballo, los vigilantes y los soldados a pie, apenas podían contener la marca humana que crecía incesantemente. En vano los delgados de la comisión de fiestas, llevando en el ojal de la levita las insignias de sus funciones, exhortaban a la plebe impaciente a guardar la calma y el orden; el oleaje empujaba al oleaje y desbordaba por los claros del cordón policial, amenazando a cada momento romper las barreras con su empuje.

En un abrir y cerrar de ojos el landó quedó como hundido en medio de ese tumulto hirviente y bullicioso. Los caballos empujados, acosados por todos lados, se pusieron inquietos y espantadizos; resoplaban y aguzaban las orejas. a León le costó mucho trabajo tranquilizarlos pues estaban rabiosos, daban fuertes relinchos, temblaban nerviosamente y golpeaban el suelo con los cascos, indicios precursores de una buena andanada de coces. Los flancos de los nobles brutos estaban cubiertos de espuma y de sudor, y a cada movimiento nervioso de la cabeza rociaban a la gente con una baba espesa que pasaba por el freno.

Á su alrededor el gentío, bullicioso siempre, imprudente y loco, no daba importancia alguna a estos indicios. Ni siquiera se cuidaba de los cascos, y como el coche no avanzaba más de un metro por minuto, los

muchachos, temerarios é insensatos, se deslizaban por debajo de los caballos.

El calor era tórrido, a pesar de haber empezado entonces el mes de Marzo. Un sol enceguedor, desde un cielo implacablemente azul, lanzaba sus rayos a plomo sobre la Bahía de los Ángeles, que parecía una lámina de cobre ardiendo.

Los pechos respiraban penosamente el aire abrasador; el sudor caía gota a gota por las frentes; pero el atractivo de un placer esperado hacía olvidar todas las molestias.

Gritos de alegría salían del seno de aquella multitud confusa y movediza, donde se confundían todas las nacionalidades, donde se hablaban todos los idiomas y a la que dominaba un solo deseo, una sola idea: las ganas de divertirse. Parecía un concierto un poco discordante de alegrías casi confirmadas por la embriagadora poesía de aquel marco que rodeaba el cuadro.

Más abajo, amortiguado un momento por el rumor de los hombres, el cabrilleo monótono de la marea, eterno vaivén que arrastra los guijarrillos exhalaba su quejido, como la preocupación de un loco, siempre idéntica, inexorable. La naturaleza es demasiado artista para no complacerse en los contrastes.

¡Dos horas!

De pronto, un penacho de humo se desprende de lo alto del castillo y un cañonazo repercute allá, en el occidente, por los desfiladeros del Estérel haciendo estremecer el suelo.

Los caballos sorprendidos, piafan y relinchan de susto y un ¡hurray! formidable sale de todos los pechos. Esta era la señal. Las barreras caen al fin.

Un movimiento de avance se produce en las masas que se dividen en dos filas compactas. La una se extiende a la izquierda de la Promenade y toma por asalto las tribunas establecidas bajo las palmeras y laureles rozados al borde de la mar; la otra, menos afortunada, se escalona y se empuja en medio de los hoteles y de las «villas», cuyas

paredes, de un blanco brillante, con su reflejo enceguecedor, hacen guiñar los ojos.

Al mismo tiempo los coches ruedan sobre la calle, que ha quedado libre. Los caballos hacen sonar las cadenas de acero; la arena cruje bajo las ruedas. Calesas, landós, cabriolés, buggys, victorias, breaks, charretes inglesas, se lanzan, levantando un polvo impregnado de perfumes de invernáculo, sobre el camino donde dirigidos por los comisarios, forman dos hileras continuas que van hasta Magnan y vuelven en sentido contrario.

Es un espectáculo verdaderamente mágico.

Hay que haberlo visto para hacerse una idea de su esplendor. Todo contribuye a hacerlo único, incomparable: el sol, la mar, las mujeres y las flores. Y ¡qué sol! y ¡qué mar! estos de Niza, de la costa encantadora donde renace el Paraíso terrestre. Y ¡qué flores! las más raras, las más variadas en colores de oriente y occidente. Y ¡qué mujeres! las más nobles, las más bellas las más elegantes de los dos hemisferios, rivalizando en gracia y alegría, encantando la vista por el contraste de sus seducciones, por el lujo de sus vestidos.

Entretanto, Dionisia parece animarse. Su mirada, vaga é indiferente hasta entonces, se ilumina; escudriña con avidez los carruajes que se cruzan con el landó. Una ansiedad ó una esperanza hace palpitir irregularmente su pecho. Pasan por el Club del Mediterráneo, cuya terraza esta negra de gente, y la tribuna del jurado. Correctos con sus trajes negros, atentos al pasaje de los coches, los jueces están en pie saludando a los que llegan, comunicándose sus impresiones, designando desde luego los premios, consistentes en magníficos estandartes cuyas fases resplandecientes se muestran por sobre sus cabezas.

Al momento de pasar el landó, un grito de sorpresa y admiración se escapa de la tribuna, al mismo tiempo que repercute una salva de aplausos contestada por los invitados del Club.

¿A quién va dirigida esa ovación? ¿Al landó, cuyo decorado es una verdadera maravilla floral, o a la incomparable joven que se des-

taca entre esas flores como un brillante rodeo de amatistas y rubíes?
¿A los dos, tal vez?

Fuera lo que fuera, el resultado fue el mismo. El presidente, conde de Cessole, hizo una señal y dio a León, que lo sujetó al pescante, el estandarte de seda color malva y oro que representaba el primer premio. Nuevos aplausos repercutieron por un largo rato ratificando el fallo del jurado.

Dionisia no se dio cuenta de nada.

Un soberbio ramo de mimosas y azahares, atado con un gran lazo de moiré, acababa de caer sobre sus rodillas. Se vuelve, era él, no podía ser sino él.

Sus miradas se cruzaron rápidas.

Roberto, de pie en un carruaje a la Daumont, donde está con su hermano, dirige un respetuoso saludo al padre y a la hija. Ella contesta con una sonrisa en la que deja adivinar el estado de su alma.

El elegante carruaje ha seguido la fila. Está ya lejos.

La señorita Amart hace un esfuerzo y vuelve a la realidad de lo que la rodea. Todos los miembros del jurado, recostados sobre la baranda de la tribuna, la proclaman reina de ese torneo de flores. Apenas tiene tiempo de dar las gracias con una inclinación de cabeza mientras su padre se descubre, cuando ya León ha fustigado a los alazanes que emprenden el trote encabritándose.

La alegría y el buen humor reinan en todas partes, y las risas sonoras de las misses de Nueva York y de Londres, las exclamaciones de las parisienses y de las rusas de ímpetu exuberante, estallan en sonoridades frescas y bulliciosas.

Las fanfarrias de los cazadores alpinos escalonados en el trayecto del corso, alternan con la música municipal y responden a las sinfonías entusiastas de Strauss, de Metra y de Gung'l con las originales melopeas de Waldteuffel y de Farbach. Todo canta, todo vibra, todo es felicidad en este rincón del litoral delirante y loco, dotado por la naturaleza, en día de buen humor, de todas las dulzuras zalameras, de todas las acariciadoras coqueterías de una perpetua primavera.

Entretanto, la batalla ha empezado.

Las carrozas desfilan repletas de combatientes de ambos sexos, surtiendo las manos, para vaciarlas enseguida, en las canastillas llenas de proyectiles perfumados.

El aire está saturado de perfumes. Una avalancha de gajos y ramos se desparraman y caen formando un lecho de flores sobre el enemigo y éste responde con encarnizamiento.

Uno se excita, se entusiasma. Los más tímidos se transforman pronto y resultan los más osados y discretos. Júpiter arroja sobre las mundanas Danáes, que hacen recordar completamente aquella galantería campestre, lluvia de resedá, de jazmines, de lirios, de claveles, de anémonas, de mimosas atadas con cintitas, de las cuales cuelgan pequeñas chucherías.

La lluvia se vuelve granizada, la granizada avalancha. Lo que hasta entonces no había sido sino un cambio de cortesías, se vuelve un combate obstinado y confuso, donde el asaltante es a su vez asaltado y vencido, y vengando su dulce derrota, vuelve pronto a ser vencedor.

No son solamente flores lo que se cambia. Las miradas traspasan los corazones, al mismo tiempo que las espinas de las rosas atraviesan los guantes y pequeñas gotitas rojas aparecen sobre los dedos.

Pero nuevos vivos estallan. ¿Qué es? ¿qué sucede?

Todas las miradas se reconcentran en un buque de dalias que avanza a vela desplegada, una vela de seda salpicada de oro, adornada de cinco mil camelias. a proa está el comandante, duque de Pannes, guiando un núcleo de caballeros y de señoras de alto rango, más encarnizadas en la lucha que nuestros marinos en las horas de abordaje.

Luego viene una cabaña rústica, con techo de paja adornado de amapolas en la cual se guarece un enjambre de encantadoras pastoras, escoltadas por sus indispensables pastores. Diríase que se habían escapado de algún abanico Watteau, si no hubiesen tenido el buen gusto de substituir con irresistible diablura de movimientos las posturas amaneradas de los Nemoinés del pintor maestro.

La gente se hace a un lado, se detiene y aclama. Ahí viene una deliciosa criatura del Oriente en su palanquín de laca. Está perezosamente tendida sobre un lecho de no-me-olvides. Una cuadrilla de servidores bengalíes, con traje de hilo, la rodean y le sirven de escolta.

La imaginación toma vuelo, la fantasía brilla bajo los más maravillosos é inverosímiles adornos del capricho. ¡Oh, fiesta de la opulencia, necesitas ese sol y ese mar! Bajo cielos menos clementes, las quejas de los míseros, las sordas imprecaciones del sufrimiento, no dejarían dos veces el sitio a nuestras locas prodigalidades. Había caras lívidas, brazos nervudos y descarnados para lanzar amenazas contra ese carnaval brillante. Harían retroceder a esa gente que derrama a manos llenas el dinero, que a otros les cuesta tanto ganar.

Pero aquí, ¿quién hace caso de esos rumores y quejas, de esas envidias legitimadas por las penas? Cada cual no quiere más que su placer. Ayer, mañana todavía, el pueblo ha tenido y tendrá su fiesta más bulliciosa, más grotesca: la «batalla de confeti», en la calle. Por la noche, el populacho, enervado, sobreexcitado, recorre los bailes de máscaras, las cenas donde muchos aristócratas combatientes de hoy no tendrían a menos mezclarse. Desde lo más encumbrado hasta lo más bajo, el delirio del placer embriagador trastorna todos los cerebros.

Á través de ese desborde de alegría, sólo Dionisia permanece indiferente. Abismada en su meditación, saborea la voluptuosidad de su sueño, al mismo tiempo que esa vaga tristeza que envuelve los sentimientos profundos, eternos.

Dos veces, en el transcurso de ese paseo interrumpido, el cabriolé de Roberto de Prébanec se ha cruzado con el landó del señor Amart.

¿Qué lazos nuevos y extraños se han formado entre esos dos jóvenes que hacía tan pocas horas no se conocían ni se habían visto jamás?

Se encontraron, sus miradas hablaron y eso bastó.

Un cambio misterioso y púdico se había efectuado entre ellos.

Y Dionisia va, distraída, indiferente a todo lo que no sea él. La bella y rica heredera no tiene más que esta imagen en el corazón y ante la vista: la imagen de ese joven alto, de facciones varoniles, de

mirada leal y franca. De él y de su familia ella no sabe nada sino lo que el comandante Malaterra le ha contado al señor Amart. Roberto y Juan de Prébanec son huérfanos de padre y madre, viven el uno por el otro y para el otro. Son pobres, porque ¿quién no llama pobres a dos hijos de familia que poseen como únicos bienes un viejo caserío perdido en el fondo de unas cuarenta hectáreas de tierra bretona?

Dionisia sabe esto y le basta. Ella destinada a alianzas suntuosas; ella que espera pretendientes que llevan los nombres más ilustres y provistos de la más resplandeciente opulencia, se ha interesado de pronto por este joven que no tiene más fortuna que su espada. ¿No es así como las cosas pasan en las novelas? y desde hace cuatro días su vida se parece a una novela.

Su imaginación va más lejos. Ella presiente algún secreto conmovedor, alguna sublime y muda abnegación del hermano mayor por el hermano menor. Jamás en su pasado de fiestas y alegrías ella ha tenido esas emociones punzantes y deliciosas. No estaba preparada, nada había prevenido a su alma la existencia de un estado tan nuevo y tan lleno de felicidad.

Hace cuatro días que la orgullosa criatura ha descubierto que tiene un corazón, lo que hasta entonces había ignorado. ¿Tienen los ricos necesidad de tener un corazón? Y, después, toda esta alma se mece en pleno idilio. Acaba de lanzarse de un solo vuelo en los dominios de las contemplaciones, de las continuas esperanzas, de las tristezas sin causa y de la poesía conmovedora.

Hasta entonces, paso a paso, escalón por escalón, había subido las gradas de la felicidad común, de esa felicidad que toda criatura puede adquirir a precio de oro, pues todo está en venta en este inundo, y Dionisia por largo tiempo había creído que bastaba la fortuna para comprar la dicha a voluntad, pesada y medida.

Por mucho tiempo había sufrido este error; y hoy lo siente como si fuera una falta de la que ahora se da cuenta, como un remordimiento que le hace sentir su cruel agujón. a esta hora, su corazón se ha dilatado, la joven se siente infinitamente superior a lo que era. Se da

cuenta de la bondad latente que guarda su alma, de los tesoros de ternura que puede esparcir a su alrededor. Y como es feliz, le parece que puede amar todas las cosas de la tierra, salvo quizá lo mismo que la halagaba antes: los bailes y las reuniones, los conciertos y los teatros, el zumbido de ese ambiente de admiración y los insípidos entusiasmos del gentío.

Un corazón que toma posesión de sí mismo, tiene sus bruscas alternativas.

Dionisia desearía estar sola completamente sola aislarse, huir de las miradas, huir de los elogios, llevarse celosamente a su soledad la íntima dicha que acaba de encontrar.

Todo ese gentío, todo ese ruido, toda esa vida tumultuosa que la rodea, le parecen ridículos y odiosos. Se le figura que cada mirada profana el santuario de su pensamiento.

Bella sabe que lo es, y en otro tiempo se valía de ello para reinar despóticamente. Ahora tiene como prisa de esquivarse huyendo. Quiere ser siempre hermosa, quiere serlo aún más que nunca, pero no quiere serlo sino para uno solo, para ese desconocido de la víspera, convertido de pronto en el alma misma de su existencia.

Y, sin embargo, no se habían dicho nada todavía. Sólo sus ojos habían hablado; los labios permanecían mudos. ¿La declaración de palabra valdrá lo que ese lenguaje mudo?

Entretanto, León ha podido sacar el landó de la masa humana que atesta la Promenade des Anglais. Atraviesa la plaza Massène y remonta la Avenida de la Gare. En el trayecto, los vivos saludan el estandarte para festejar mejor a la linda joven que lo ha conquistado. Dionisia no ve nada, no oye nada. Su mano arranca distraídamente del borde del landó las guirnaldas de violetas. ¡Caigan, pobres flores inútiles! ¿No tiene ella sobre sus rodillas el ramo que él le ha arrojado?

III

Es el último día del permiso concedido a Juan. Mañana su hermano lo conducirá otra vez al Seyne. Una abrumadora tristeza ha caído sobre los dos jóvenes. Entretanto, el carnaval ha muerto. Estamos ya en viernes, el primer viernes de Cuaresma. Como para estar en unísono con las frentes doblegadas bajo la ceniza, el cielo, azul hasta entonces, se ha revestido de pronto con el desagradable tinte gris de las nubes.

Roberto, dando el brazo a su hermano, sigue el camino que se extiende delante de ellos bordea el curso del Paillon, luego, haciendo una curva pintoresca, escala el terreno ascendiente hacia el cementerio de Cimiès. Los dos jóvenes van al azar, hablando poco, por que el más joven está apenado por la próxima separación; el mayor sueña con el corazón oprimido en esa criatura adorable entrevista a favor de un miraje, y que nunca más, sin duda, le será dado volver a ver.

Suben a lo largo de la costa, trepan al anfiteatro, dominan el panorama de la ciudad admirable. Todo se une para encantar la vista, salvo el sol, que es el principal factor de las alegrías nizardas. Y, sin embargo, Roberto y Juan no tienen más que sueños tristes en el corazón.

Ahí están a la vuelta del gran camino que conduce al viejo cementerio de Cimiès, a las puertas del convento.

Raro y poético es este cementerio, situado a tal altura como si quisiera acercar los muertos al cielo, tan lleno de sepulturas que no se puede poner el pie sin pisar una tumba. Y estas tumbas mismas, unas colocadas en nichos, otras excavadas bajo columnas, forman la aglomeración más caprichosa. En cuanto a los nombres, ni los pobres son excluidos. Acá y acullá, simples oteros de césped señalan el sitio que se les ha reservado. Allí duermen los humildes y los desheredados de este mundo, más dichosas que las otras comarcas. Aquí al menos tienen sobre sus cabezas un cielo eternamente de un azul purísimo; a su

alrededor, sobre los blancos muros de la necrópolis, un tapiz embalsamado de jazmines y rosas; y sin cesar la campana de metal del convento vecino les anuncia las plegarias que los religiosos elevan al cielo por todos los vivos y los muertos.

Ya no se entierra a nadie en el cementerio de Cimiès, sino a aquellos cuyas familias poseen un sepulcro ó un terreno. Precisamente en aquel momento un convoy subía la pendiente y Roberto y Juan lo notaron.

Convoy de pobres, seguramente, compuesto por una hermana de caridad que conducía dos niños, el hermano y la hermana, que tendrían a lo más, siete y tres años, y que seguían el cajón cubierto por un sencillo paño negro. Se adivinaba que el funeral habíase celebrado en Niza, en el valle, Y que el cura de allí, sin duda había encargado a los padres de Cimiès la última bendición al humilde despojo.

—Vamos —Roberto a Juan, —unámonos a ese cortejo, así tendrán dos personas más.

Enseguida se acercaron a la religiosa, que les agradeció con una modesta inclinación de cabeza. Momentos después todo el mundo franqueaba la puerta del recinto de los muertos. La campana del convento doblaba en el grandioso silencio y en ese cielo que odia el aspecto mohíno, una franja azul apareció, luminoso girón alrededor del cual las nubes se alejaban y se disolvían en el espacio.

Los dos jóvenes siguieron el cajón. En ese momento, en el fondo del cementerio una puerta se abrió en el muro. Un monje revestido de una estola encima del sayal, avanzó precedido de un monaguillo.

Delante del grupo se paró, y sus pupilas traicionaron su asombro. ¿Qué significaba esa amistad de un oficial de marina y de un colegial para con esa hermana de San Vicente de Paúl, compañera común de la miseria, y de esos dos huerfanitos, pobres inocentes, inconscientes de la ceremonia?

Pero él no tenía nada que preguntar.

Dos sepultureros habían limpiado la tumba cuya piedra sellada estaba hacía tiempo obstruida por los bejucos, los espinos y las gra-

mas. Se veía un agujero hendido en la mampostería. Uno de los hombres se deslizó en la bóveda mientras el otro empujaba el sarcófago, un cajón de pino grotesco, que el padre bendijo y roció con el hisopo. Las cuerdas se desarrollaron y se oyó el ruido que hizo el cajón al chocar con el fondo de la bóveda.

Encima, carcomido por el moho, las letras de un antiguo nombre nizado, de alguna familia decaída, se descubrían en la piedra sepulcral. Roberto de Prébanec probó de descifrar ese nombre.

-Hermana -preguntó una dulce voz detrás de él- ¿quiénes son estos niños?

Roberto se volvió. Se estremeció, había reconocido la voz. Era, en efecto, Dionisia Amart la que había hablado.

-¿Cómo se encontraba allí a esa hora, relativamente matinal?

Roberto y Juan saludaron respetuosamente. Dionisia contestó ruborizada.

En ese instante, el señor Amart salió de la sombra de un pilar, se acercó con la mano extendida hacia los jóvenes:

-Ciertamente, señor de Prébanec -dijo con esa amabilidad espontánea que caracteriza la cordialidad meridional, -he aquí un feliz acontecimiento. ¿Cómo es que nos hemos encontrado?

El oficial le explicó que la casualidad de un paseo un tanto desagradable los había conducido hasta allí, a él y a su hermano. Y el señor Amart, a su vez, le contó que él había ido con su hija para hacer una visita anual a un sepulcro querido.

Durante este tiempo, la religiosa expuso a Dionisia la situación verdaderamente interesante de los dos huerfanitos. Eran en realidad dos abandonados. Vástagos de una familia noble y que había tenido en otro tiempo buena posición en Niza, pero que una cadena de infortunios había hecho decaer de generación en generación, quedaban solos en lo sucesivo, sin amigos ni familia, y no tenían a nadie que los adoptase y los cuidase, si la caridad pública no se interesaba por ellos.

-¡Dios mío! -exclamó la joven con los ojos llenos de lágrimas; y ¿qué puede hacer la caridad pública?

La religiosa suspiró, y dijo:

-Señorita, por buena voluntad que tenga la caridad, hay tantos desgraciados que socorrer, que los recursos con que cuenta, no son suficientes. ¿Lo que hará la beneficencia oficial de estas criaturas? Los entregará a la merced del primer buen corazón que quiera hacer algo por ellos ó, lo que sucede con más frecuencia, a la primera familia pobre que quiera darlos casa y comida por los cuatrocientos francos al año que se les dará por ello, hasta el momento que los niños tengan la edad suficiente; es decir, trece años ó catorce a lo sumo, para aprender un oficio.

-¡Dios mío! -volvió a decir Dionisia fijando su mirada en los dos pequeños inocentes,

Roberto, interviniendo, dijo respetuosamente:

-Hermana, ¿no habría otro medio, y no pudiendo hacerlo la filantropía administrativa, la caridad religiosa no podría hacer algo más por estos desgraciados?

La religiosa lanzó un segundo suspiro más profundo que el primero.

-Señor, tenemos mucho recargo. Estamos anonadadas bajo el peso de nuestros esfuerzos y no disponemos más del presupuesto del Estado. Por las circunstancias, nos vemos obligadas a cobrar más que los establecimientos oficiales de socorros, y usted sabe lo poco que hacen aquellos. Aquí en Niza nos será imposible hacernos cargo de estos niños, a menos de tener una subvención de un millar de francos.

Ahora le tocó a Roberto suspirar.

-Hermano mío -dijo Juan comprendiendo este suspiro, -yo daré de buena voluntad los cien francos que tú me pasas por año, si otros pueden procurar el resto. ¿Quieres?

El teniente de navío dudó.

-Hermana -añadió, -un oficial no es jamás rico, pero yo aumentaré el donativo de mi hermano con una suma igual, si usted cree que los ochocientos francos restantes pueden procurarse por otro lado.

Antes que la hija de San Vicente de Paúl, profundamente conmovida, pudiese responder, la señorita Amart se mezcló en la conversación.

-Señores -dijo con presteza, -yo he sido la que he hablado primero, y si ustedes con toda generosidad han tornado la iniciativa de una bella acción que quieren emprender, permítanme les diga que es en detrimento de mis derechos, los que invoco y reclamo.

Luego, dirigiéndose a la religiosa, le dijo:

-Hermana, mi padre me ha rogado que le diga que desde hoy en adelante nosotros proveeremos el dinero necesario para asegurar el porvenir de estos niños. No estamos en Niza sino de paso, pero después de la anexión, mi padre, antiguo funcionario, no quiere que se diga que, estando él presente, los últimos representantes de un nombre ilustre de este país puedan quedar reducidos a ser socorridos por la caridad oficial.

El anciano, que estaba a unos pasos detrás, aprobaba con la cabeza lo que ella decía.

Dio vuelta a la solapa de su sobretodo, sacó del bolsillo una cartera, de la cartera un billete de mil francos que dio a la religiosa: -para los gastos del primer año, hermana -dijo inclinándose. La santa mujer no pudo articular palabra; pero, recobrando el habla al fin dijo con algún esfuerzo: -Sólo Dios os lo pagará, señor; conocemos hace mucho tiempo vuestro nombre y el de la señorita Dionisia; es esta otra obra de caridad que podéis añadir a vuestro libro de generosidades.

Espontáneamente tomó las manos de Roberto y Juan.

-Capitán -dijo al mayor, -recibid el agradecimiento de la hermana María Teresa; debemos ser compatriotas, porque yo soy de Quimper y adivino que sois bretón, pero lo que es seguro, es que muchas veces he cuidado a vuestros compañeros de armas, bajo todos los cielos y si me fuera permitido expresar un deseo egoísta... -se interrumpió, y su mirada sonriente pasó del joven a la joven.

-¿Qué desearía usted, hermana? -preguntó Dionisia vagamente impresionada.

-Desearía poder pagar yo misma a ambos el beneficio que habéis vertido hoy sobre las cabezas de estos dos niños.

¿Por qué Roberto y Dionisia se estremecieron, sintiendo una misma emoción, al oír estas palabras?

Entretanto, la hermana María Teresa había tornado otra vez de la mano a los niños, y mostrándoles el grupo que formaban los dos hermanos Prébanec, el señor Amart y su hija:

-Hijitos -dijo, -den las gracias a esta señorita y a estos señores. Son para ustedes los enviados de Dios.

Y los pobrecitos, sin comprender nada, murmuraron:

-Gracias, señorita; gracias, señores.

Dionisia sonrió. Abrazó al niño, primero.

-¿Cómo te llamas, *bambino*? -dijo con ese acento pausado que es la degeneración del italiano al nizado.

-Lorenzo.

-¿Y tú, queridita? -repitió la encantadora niña depositando dos fuertes besos en las mejillas de la hermanita, que se chupaba el dedo.

Tuvo la religiosa que mostrarse enérgica.

-Di como te llamas -insistió.

Entonces la pequeña, con voz turbada, dijo en tono de canto:

-Reparata.

-Muy bien -exclamó Roberto riendo, -Lorenzo y Reparata. Si vivo, volveré a verlos -y suavemente deslizó un luis entre las manos de la religiosa.

-Hermana -dijo, -el señor y la señorita Amart han dado lo necesario para estas criaturas; le ruego que acepte a nombre mío y de mi hermano, algo para gastos superfluos.

Esto era una despedida. La hermana María Teresa agradeció de nuevo, saludó con dignidad y salió llevándose a los dos niños.

Los cuatro testigos y actores de esta escena permanecieron en grupo mientras los sepultureros ponían en su lugar la piedra que cubría la entrada de la bóveda y hacían la mezcla que de nuevo debía asegurarla.

Sin proferir palabra, el señor Amart y su hija por un lado, y Roberto y Juan de Prébanec por el otro, habían llegado a la puerta de salida. Una vez fuera del recinto, el señor Amart se volvió hacia los dos jóvenes.

-Señor de Prébanec -dijo a Roberto, -hace muy pocos días que nos conocemos y solamente, hemos cambiado algunas palabras; nada me hacía prever que esta mañana tendría la feliz sorpresa de encontrarlos. ¿Me permite preguntarle qué es lo que van a hacer ahora?

El joven sonrió, y señalando a Niza que yacía a sus pies:

-Señor - replicó, -creo que no falta mucho para las once y que tenemos tiempo para aguzar el apetito para el almuerzo.

En el mismo tono jovial el padre de Dionisia contestó:

-Error profundo, querido capitán, que me sorprende de parte de un marino. Será mediodía dentro de diez minutos, el tiempo necesario para llegar a mi casa, y creo adivinar los sentimientos de Dionisia, al pedirles que acepten nuestro sencillo almuerzo. Hoy es viernes, y en Niza, encontrarían con dificultad una comida de Cuaresma aceptable. No es necesario decirles que con ello nos harán un gran honor y nos darán un gran placer.

Hubiera sido de mal tono rehusar una invitación hecha tan cordialmente. Roberto la aceptó.

En vez de bajar hacia el Paillon, los cuatro paseantes se dirigieron hacia el norte de la ciudad, pasando por esas casas quintas encantadoras que se hallan a ambos lados de los senderos.

Después de haber andado como unos trescientos metros, el señor Amart se detuvo delante de una espléndida reja y empujando una puertita recortada en un gran portón, introdujo a sus invitados en un jardín maravilloso.

-¡Oh! -exclamó Roberto con entusiasmo sincero, -¡este sitio que ustedes habitan, es simplemente el Edén, señor!

El anciano inclinó la frente lleno de tristeza.

-Sí, yo también lo creía así, hasta la época en que la muerte vino a enlutar nuestro hogar, privándole a Dionisia de su madre y a mí de mi

compañera. ¡Quiera Dios que usted ignore dolores semejantes, señor de Prébanec! Después de esta fecha, hace ya tres años, el cielo resplandece espléndido, el sol alumbra, la primavera rejuvenece a la tierra, pero para mí todo está sombrío y no veo el mundo sino a través del crespón de mi duelo.

Dionisia, afligida, le interrumpió:

-¡Oh, papá! ¿entonces yo no soy nada para ti?

-Excepto cuando te miro y te veo dichosa, mi querida –dijo él besándola tiernamente.

Todo se hacía con orden en la casa Amart. En el momento que el anciano y sus huéspedes subían las gradas de la escalinata, precedidos de un lacayo de librea, una campana cerca de allí anunciaba con su lengua de metal que el almuerzo estaba servido.

Cuando abandonaron la mesa para tomar el café en el parque, los cumplimientos se habían olvidado definitivamente entre los dueños de casa y sus huéspedes. Reinaba una semi familiaridad, preludio de una amistad más estrecha, y que al presente evitaba la etiqueta.

Dionisia, saturada de gracia y esprit, desplegaba sin esfuerzo, ante los ojos encantados de Roberto, el sorprendente conjunto de cualidades que poseía. Él no dejaba de admirar la rica variedad de dones que había recibido de Dios, y era cada sonrisa, cada palabra de la joven un nuevo descubrimiento para la enamorada mirada del joven.

La conversación había tomado ese tono de amistad que conduce bien pronto a la intimidad.

-Estoy segura, señor de Prébanec -dijo de pronto Dionisia, -que, a pesar de las bellezas de nuestro cielo de Niza, usted prefiere el firmamento de su Bretaña.

El oficial inclinó la frente. Su voz tembló por la duda.

-En verdad, señorita, no sé qué responderle. Hace apenas unos días que su modo de pensar habría tenido fundamento. Hoy los recuerdos, los cariños del suelo natal, están casi compensados por los atractivos de esta ciudad encantada, en donde vivo como en un sueño.

Sonriente, pero con turbación encantadora, turbación producida por esta revelación, ella exclamó:

-¿Cuál ha podido ser la causa de un cambio tan completo?

Roberto se vio obligado a explicarse. Una sombra de melancolía y seriedad pasó por su faz, pero su acento recuperó su firmeza.

-Señorita, no es un cambio, pues yo no he dejado de admirar mi país, y tal vez lo ame más que nunca. Pero nuestra tierra de Bretaña es ruda y áspera, como revestida de una grandiosa tristeza, que ni los espléndidos días de verano pueden disipar. Somos una raza soñadora, pensadora, contempladora. En nosotros la sonrisa es rara; nuestra alma está demasiado imbuida en nuestros paisajes silenciosos, en nuestro Océano salvaje y sublime. Y por el mismo contraste se explica mi transformación repentina. Aquí es el sol ardiente, las ondas azules, las flores intoxicadoras que se apoderan de uno, que lo entusiasman, lo deslumbran y lo saturan de perfume. Aquí, la savia de la vida se remonta, la vida misma florece, el corazón palpita más aceleradamente, la sangre circula con más actividad. Esto es una caricia perpetua, un perpetuo encanto. Hay demasiados motivos para soñar, poco espacio para la personalidad.

El joven se interrumpió.

Dionisia sonrió para disimular las lágrimas. El señor Amart, transportado por la repercusión de estas palabras, exclamó bruscamente:

-¡Oh! ¡qué cierto es lo que usted dice, querido amigo!

-Y, además -siguió Prébanec, -es una ley que el hombre se encariñe, sobre todo con el sitio en donde ha sido feliz, en proporción a la felicidad que de él ha recibido. Es este tal vez el motivo por el cual Niza, cuyas seducciones me han dejado indiferente otros años, se ha apoderado este año de todo mi ser.

-¿Ha sido usted feliz este año? -preguntó Dionisia.

-Sí, señorita -contestó Roberto.

-Y -dijo con aturdimiento la joven -¿si se le preguntara a usted de dónde le ha venido esa felicidad?

Esta pregunta era un flechazo. Roberto cambió de color. ¿Qué respondería? Sus ojos, llenos de amor, se clavaron en los de la joven y con indecible dominio de voz contestó:

-Diría, señorita, que debo esta felicidad a inesperadas revelaciones de esta tierra, de este mar y de este cielo, a una especie de sueño que he creído soñar despierto, pero en el cual la ilusión demasiado viva ha fascinado mí pobre vista. Diría, señorita, que he sufrido como un vértigo, como una alucinación, y que me encuentro aún bajo su imperio, a tal punto, que no sabría decir a veces si duermo ó si estoy despierto. No sé si los culpables son vuestro cielo y vuestro mar, si debo reprocharles esta turbación de mi inteligencia y quizá también de mi corazón; pero lo que sé bien es que en el momento que le hablo, el encanto me embarga aún y que no dependerá de mi voluntad el prolongarlo eternamente.

Hay declaraciones que no necesitan de un lenguaje directo.

La noche de ese día, Dionisia, con los ojos bañados en lágrimas, en lágrimas dulces, Velaba, llenando los oídos y el pensamiento de estas solas palabras: «él me ama»

La escuadra prolongó un mes su estadía en Villefranche. Esta circunstancia facilitó a Prébanec numerosas ocasiones para volver a la casa del señor Amart, donde era siempre bien recibido.

Dionisia se había convencido de que lo amaba; había hecho más, pues se lo había confesado a su padre, y el señor Amart, siempre condescendiente con su hija, comprendiendo el orgullo y la nobleza de esa alma joven le había dicho:

-Hija mía, jamás contrariaré tus inclinaciones; Dios te ha hecho bastante rica para poder elegir un esposo sin fortuna. No encuentro dificultad alguna para darme cuenta de que este señor de Prébanec me agrada mucho. Todo lo que he sabido de él por medio del excelente comandante Malaterra, no es más que para recomendarlo sin reserva. Así es que no te diré más que una cosa: estudia a voluntad el carácter y los gustos de este joven. Dejo a tu buen criterio el decidir si él es verdaderamente digno de ti.

Y como Dionisia lo afirmara, sonrojándose:

-¡Ah! Vamos -continuó el padre alegremente, -¿es que ustedes han arreglado ya su compromiso sin que yo lo supiera?

-¡Oh, papá! -exclamó la joven.

El señor Amart se sonrió.

-Sin embargo, para que tú hables de esta suerte, tienen que haberse hecho algunas confidencias de esas que acercan a los jóvenes el uno hacia el otro.

-¡Díos mío! -exclamó Dionisia suspirando.

El anciano abrió tamaños ojos.

-¿Cómo es esto, señorita, que conocéis vuestros propios sentimientos é ignoráis los del hombre que os destináis para marido?

-¡Dios mío! -dijo ella aun, pero no tan tristemente.

-¡Ah, vaya! -exclamó el señor Amart, -esto es más de lo que yo calculaba; los jóvenes de mi tiempo no se atemorizaban hasta ese punto, sobre todo ¡un oficial de marina!

En sus adentros, los escrúpulos de Roberto lo encantaban y conmovían.

Él continuó en el mismo tono de broma:

-¡Pero este teniente de navío es un enamorado de piedra! y por lo tanto tú no puedes adelantarte a pedirlo en casamiento.

Esta suposición tuvo el don de provocar la risa de la joven. Palmoteó, y con una audacia al hablar que desmentía el rubor de sus mejillas:

-¡Oh, papá! Sin embargo, si hay que llegar hasta eso, -exclamó ella.

En el fondo, esta broma paternal hizo que sintiera una inquietud en el corazón. ¿Estaría equivocada? ¿La habrían engañado las apariencias? ¿Sería ella sola la que amaba?

Pero entonces ¿cómo había podido cometer un error tan grave?

¿Por medio de qué ilusión de óptica, de qué error en el modo de juzgar había creído leer en Roberto de Prébanec la equivalencia de sus propios sentimientos? El instinto infalible de su corazón, que no la

había engañado hasta entonces ¿habíase tornado para ella en fuente de su error?

¡Pobre Dionisia! Esta horrible sospecha la hacía llorar con frecuencia; le era casi imposible disiparla porque el que era la causa de ello no hacía nada a este respecto.

La lucha que tenía, lugar en el alma de Roberto, era todo lo contrario de la que dominaba la de Dionisia. Rica, sin haber jamás conocido las contrariedades de la vida no recordaba otro dolor que el inmenso pesar que le causó la pérdida de su madre; la hija del señor Amart, segura ahora del consentimiento de su padre, no espera sino el primer indicio del oficial de marina para decirle:

-Roberto, nunca he conocido la diferencia que existe entre tener ó no tener fortuna. No vea en mí sino a la mujer a quien usted honra con su preferencia, como yo no he visto en usted desde el primer día más que al ser elegido a quien estoy pronta a entregar mi vida en este mundo y en el otro.

¡Oh! mientras que espontáneamente la opulenta heredera encontraba estos sentimientos y este lenguaje en lo más íntimo de su pensamiento, no habiendo sufrido el contagio casi fatal que opera en las naturalezas vulgares la conciencia de ventajas y superioridades sociales, el teniente de navío se daba cuenta, por la fuerza misma de las circunstancias, de la enorme distancia que lo separaba de la joven y más orgulloso por la posición de fortuna, sufría cruelmente a causa de la timidez de su carácter.

¡Cuántos en su lugar habrían razonado de otro modo! ¡Cuántos habrían dicho:

-He aquí una ocasión inesperada. Esta joven es a un mismo tiempo rica y bella y lo que me facilita el juego, es que yo la amo y creo ser amado. No tengo que fingir ternura alguna, ni representar una comedia de amor. Los acontecimientos mismos me lo facilitan, no tengo más que dejarme arrastrar por ellos en todo caso. En cuanto a la voz, más ó menos discreta de mi conciencia, me es fácil imponerle silencio. El vizconde Roberto de Prébanec, teniente de navío, cuyo abuelo

figuró en el combate de los Treinta, corre parejas con las primeras familias de Francia. Puede entonces casarse con una joven millonaria sin que se resienta en nada su dignidad. No había en todo ello sino un cambio, un contrato ventajoso para ambas partes. El uno llevaba un nombre ilustre, la otra la fortuna. El oro, del que se dice que dora los blasones, pierde aquí esta cualidad. Es él el que hace brillar la pompa de un pasado que data de más de tres siglos y si alguien puede ser considerado como el que ha hecho la mejor ganancia, ¿no es más bien la mujer, toda cuya opulencia no la podía hacer noble sin unirse a un título?

Este cálculo de una bajeza sin igual bajo su aspecto de lealtad, no lo había hecho Roberto. Ni siquiera pensó en ello. Los que lo hacen encuentran en ello el paliativo de su pérdida, las excusas para aminorar su culpa, que sólo una moral elástica puede desconocer.

Roberto de Prébanec había hecho una simple comparación.

La nobleza, excepción sea hecha de la preocupación ridícula sobre todo en nuestros días, que hace que baste fruncir el ceño y ser insolente para ser noble, es una elección moral y real qué acciones de mérito brillantes han operado en favor de los descendientes de una raza, por este medio privilegiada. Ninguna ley ni absolutismo tienen el poder de arrancar a la historia sus páginas gloriosas ni de borrar los nombres que han sido inscritos con la sangre gloriosamente vertida ó por el ejercicio de largas y constantes virtudes profesionales.

La fortuna, por el contrario, no presupone ni virtud ni valor. Son ¡ay! demasiado numerosos, los malhechores públicos que han hecho sus fortunas en las turbias aguas del machiavelismo político, en la sangre que han dado otros por la Francia, en el lodo de combinaciones sucias ó con la basura de expedientes olvidados.

¿Qué analogía puede existir entre esta aureola de luz pura, que es la gloria, y esta diadema de metal que es la opulencia? La una es el rayo eterno del mérito que brilla sobre la frente de razas consagradas, la otra es el reflejo material, condensado en todo caso, por una labor loable y digna de elogio tal vez, pero que no ha tenido jamás por fin y

por móvil sino el interés personal. En tiempos en que se afecta no tener en nada la parte hereditaria, no ha llegado uno todavía a idealizar el éxito. Si a fuerza de trabajo y de habilidad he llegado al bienestar, a la comodidad y a la opulencia, no tengo nada que reclamar a mis compatriotas. Esa fortuna misina es mi recompensa, y Puedo contarme en el número de aquellos de quines ha dicho la palabra Divina: *Receperunt mercedem suam*.

Este simple razonamiento era irrefutable. Debía naturalmente tener su cuna en un espíritu tan recto como el de Roberto de Prébanec.

Mas, al mismo tiempo, con una lógica soberana, el joven oficial atenuaba las conclusiones con demasiado rigor.

Ya que el oro no eleva, no es él el que puede igualar los grados de la escala social. Y aquel que, consintiendo en vender su nombre, abandona el escalón superior donde lo ha colocado su nacimiento para poner el pie sobre una escalera de metal, no puede negar esta claridad enceguedora.

La fortuna no eleva a la persona que se inclina hacia ella sino que la hace descender de su pedestal.

Y no obstante, la virtud, que en otro tiempo era la cuna de la nobleza, no ha dejado de existir; no porque no vivamos ya en las épocas en que el voto de admiración sincera, sancionado por el favor soberano, donaba a una familia con ayuda de una pensión el recuerdo de hechos gloriosos, hemos de suponer que no existan nobles en nuestros días.

-No, cien veces no -respondía el claro raciocinio de Roberto de Prébanec. -Se encuentran con más frecuencia de lo que se cree sobre nuestro suelo sagrado de la Francia, las abnegaciones oscuras, los egoísmos desconocidos por los que los actores merecerían una consagración eternamente remunerativa.

Y sin ir más lejos, ¡cuántas almas simplemente grandes revelan a las miradas que las penetran todos los signos de la verdadera nobleza! Un siglo antes ¿no habría visto su nombre honrado por una mención gloriosa este anciano dulce y noble viejo servidor del Estado, íntegro y

probo? Y Dionisia, tan pura, tan ingenua en su rectitud, tan generosa en todos los impulsos de su alma, ¿no era igual a las de virtudes más altaneras, celosas de los privilegios propios de las razas meritorias?

Pero - y este *pero* era terrible, -parecía humillante a las miras escrupulosas de Roberto; él mismo era el obstáculo. ¿Podía ser juez y parte de su propia causa? ¿Tenía el derecho de abreviar el dilema que le suscitaba su conciencia?

Pues esta conciencia excesiva sobre este punto le decía:

«Amando a Dionisia, por ella misina, tú no puedes despojarla de su, fortuna; amando a Dionisia con su fortuna, no puedes impedir que tu amor sirva a tu interés»

Y por este motivo, el teniente de navío, desesperado, creyendo encontrar ante él un problema insoluble, encerraba su desesperación en lo más profundo de su corazón, y habiendo hecho el sacrificio de su amor, escaseaba sus visitas con el fin de alejar la causa de su sufrimiento y apresurar con sus votos desgarradores la hora en que la partida de la escuadra rompería –pensaba él -ese lazo formado demasiado pronto y por el cual comprendía bien que todo su porvenir se hallaba comprometido.

¡Pobre Roberto! él también conocía las lágrimas.

Fue durante uno de estos estados de ánimo cuando los dos jóvenes tuvieron su última entrevista antes de la partida de la escuadra para Toulon.

Próbanec había obtenido de su comandante dos días enteros de licencia, debida en gran parte a la intervención directa del señor Amart. Sin duda fue una alegría inmensa pensar que iba a ser huésped de los Amart, y que durante cuarenta y ocho horas viviría bajo el mismo techo y respiraría el mismo aire que Dionisia; pero, desgraciadamente, esta alegría estaba mezclada de tal amargura, que tal vez Roberto hubiera preferido evitar este doloroso y encantador tête-à-tête. Por lo tanto, llegado el momento, no supo más que tomar la felicidad que se le ofrecía, y la encontró tan corta, que hubiera deseado saborear las horas, los minutos, los segundos.

Tanto para el uno como para el otro se había colmado la medida. Sus corazones se asemejaban a dos copas llenas que una sola gota hace desbordar; a dos nubes próximas a encontrarse y que el choque convertirá en un solo aguacero.

Enseguida de almorzar, Roberto, dando el brazo a Dionisia, pasó al salón. Sintió el brazo de ella temblar bajo el suyo; y el estremecimiento fue contagioso. Una turbación inexplicable se apoderó del oficial y comprendió al momento que necesitaría una constancia sobrehumana para ocultárselo a su linda compañera. Precisamente las circunstancias se encargaron de hacer más difícil el esfuerzo. El señor Amart acababa de decirle sonriendo: Prébanec, ¿puedo pedirle un servicio? Sin esperar contestación añadió: –vea, le confío mi hija por una hora entera. He tomado en este país la mala costumbre de hacer mi siesta todos los días y no puedo faltar a ella sin que me haga mal. El café se servirá bajo la glorieta del parque. Le ruego acompañe a Dionisia en mi ausencia y ponga empeño en alegrarla todo lo posible, pues la señorita me parece algo melancólica esta mañana. Roberto se apresuró a aceptar la petición del padre, pero al emprender con la niña el camino del bosque verde y sombrío, no pudo evitar una penosa reflexión.

¡Alegrarla! ¿cómo se manejaría el pobre muchacho, cuyo corazón, oprimido por la tristeza contenida, estaba pronto a estallar? Cuando se sentaron a la sombra, al lado de la mesita de hierro, sobre las sillas de caña que la rodeaban, fue mucho peor. No fue la alegría ni tampoco el entusiasmo lo que nació de este aislamiento, El corazón henchido, el espíritu abatido por la pena, tuvieron que sufrir este primer mutismo de las grandes emociones, y su silencio tomó de pronto una significación terrible. No atreviéndose a hablarse ni a mirarse, permanecieron así, uno enfrente del otro, como esos dos enamorados de la obra maestra que el artista inglés ha titulado *In love* (enamorados)

Y, como siempre en semejantes circunstancias, la mujer ha tenido más valor; rompiendo ese silencio peligroso, Dionisia dijo:

-Y bien señor de Prébanec, ¿es así como cumple usted la promesa que acaba de hacer a mi padre?

-¿Qué promesa? -preguntó Roberto con voz casi dolorosa.

-Pero... la de hacerme compañía alegremente durante una hora, si mal no recuerdo...

Prébanec respiró con esfuerzo.

-En efecto, señorita, tiene usted excelente memoria. ¿Me es permitido con todo esto, no dirigiéndome sino a usted, preguntarle si la... alegría es indispensable en el programa de nuestra conversación?

-Seguramente- respondió la joven. -¿Acaso encuentra usted algún inconveniente alguna dificultad?

-Perdóneme si no le contesto, señorita.

Ella se hizo la sorprendida maravillosamente. Luego, fingiendo un aburrimiento que estaba lejos de sentir, y haciéndolo mal, para que él se diera cuenta de que fingía:

-Pero, pienso, señor de Prébanec, que lo detengo aquí como una tonta, cuando usted seguramente estará fatigado, estará sufriendo...

El otro se hizo el desentendido del juego de esa fisonomía maliciosa.

-No se burle de mí, señorita. Sufro en efecto, pero no como usted cree, y si verdaderamente me es necesario aparentar una alegría que no puede estar en mí, siento que esto es superior a mis fuerzas y debo renunciar a la felicidad de agradarla.

Dionisia juzgo que este tira y afloja había durado bastante.

-No -dijo, -guarde usted su tristeza. No tengo derecho de preguntarle la causa de ella y no encuentro el medio de disiparla. También mentiría tratando de hacerle creer que yo misma no la siento, cuando es la tristeza tal vez lo único que nos es común en este momento.

Estas últimas palabras se extinguieron en una especie de llanto contenido. Las pronunció con un acento en el cual creyó Roberto iba envuelto un reproche. No hubiera deseado haberlo merecido.

-Señorita -replicó, -si alguien tiene el derecho de pedirme cuenta de todos mis pensamientos, de todos mis sentimientos, es usted, se lo

juro. ¡Pero vea qué extraña es la situación en que me encuentro! Lucho entre mis simpatías y mis deberes todos estos sentimientos que sólo usted debía conocer en el mundo, debe usted ignorarlos quizá.

-¡Ah! -exclamó la joven con una brusca alteración de voz. -Usted no puede decirme más claramente que esos sentimientos me pertenecen. Es preciso que me sean muy desfavorables para que usted rehúse revelármelos.

Roberto no fue dueño de su primer impulso.

-¡Dionisia! -exclamó, -pero al instante se contuvo. Acababa de comprender que ese solo grito era una confesión, que se había tomado sin pensarlo, espontáneamente, una libertad a la cual no tenía derecho, para hablar a esa criatura en ese tono de intimidad.

-Perdón, señorita -dijo agachando la cabeza.

Se hizo un silencio lleno de turbación en el que aun vibraban las palabras reveladoras.

-Roberto -respondió la voz grave de Dionisia.

Él permaneció inmóvil, conservando su actitud, no osando dar crédito a lo que oía.

Ella se había levantado, se acercó a él y puso la ~ mano sobre la del joven.

-Roberto -repitió ella -acaba usted de hacerse traición, y bendigo a Dios que por ese grito me ha permitido Locr en su corazón. -Ya no soy una chiquilla; adivino cuando no comprendo, y lo que adivino en usted, es que el gran secreto que lo ahoga, que causa su tristeza y la mía, tiene un nombre fácil de pronunciar.

Y, sonriendo dulcemente, en tanto que las lágrimas temblaban en sus pestañas:

-Señor Roberto de Prébanec -concluyó ella usted ama a la señorita Dionisia Amart. Dígame que me equivoco y que no es cierto.

El tomó la mano que tocaba la suya y la estrechó con ardor.

-No, Dionisia, no; no puedo contradecirla; usted ha descubierto lo que es cierto, esto es verdad, ¡yo la amo! Pero ya que ha sido pronunciada esta palabra terrible y encantadora, déjeme que le diga también

por qué no he hablado antes, por qué asimismo ahora, después de la confesión que usted me ha hecho, dudo todavía antes de aceptar esta felicidad.

Y como ella lo mirara con pupilas dilatadas de estupor, él le expuso sus escrúpulos ya no con turbación ni embarazo, sino con la fiera timidez de un carácter que se estima en su justo valor.

-Se alza entre usted y yo una muralla: su opulencia. Sé que soy pobre y conservo todas las susceptibilidades legítimas de la pobreza. Usted me abre el cielo y me permite abrigar alguna esperanza. A mi vez quiero probarle que soy digno de usted.

Esta vez ella no pudo contener las lágrimas.

-Concluamos -dijo, -comprendo demasiado a donde va usted a parar.

-¡Dionisia! -y aquí Roberto puso toda su alma en sus palabras, -Dionisia, quiero conquistarla. Escúcheme. Al finalizar esta campaña, estoy casi seguro de un destino lejano, fecundo en acciones de mérito, si no en hechos de gloria.

Ella le interrumpió:

-Fecundo en peligros también ¿no es cierto? puesto que lo uno no va sin lo otro.

-Tal vez -dijo tristemente el oficial. -¡Qué importa! si escapo, si salvo los obstáculos Yo la encontraré a mi vuelta, más querida, más adorada que nunca, como recompensa obtenida y merecida. Si, al contrario, muero... será porque Dios no habrá querido tener en cuenta este sacrificio, que no me habrá juzgado digno de este esfuerzo, porque en fin...

No concluyó. El señor Amart acababa de aparecer sobre las gradas de la escalinata. Dionisia se enjugó los ojos, y con esfuerzo casi sobrehumano afectó esa alegría que su padre había recomendado a Prébarnec.

V

La naturaleza es un maravilloso poema para el que sabe leer en las páginas admirables que ella despliega ante los ojos. Mas, la mirada del hombre, sin cesar distraída por los espectáculos de la vida social, no tiene casi el tiempo necesario ni la ocasión de fijarse en estos cuadros conmovedores.

Hay que convenir en que para que la naturaleza pueda penetrarse, saborearse bien exige siempre una afinidad especial del alma humana con los variados aspectos que en ella se descubren.

Según esté dominado nuestro espíritu por la tristeza o la alegría, apreciamos de diverso modo las bellezas de lo que nos rodea; por una repercusión extraordinaria de nuestro sentimentalismo sobre los objetos materiales, atribuimos a éstos nuestros placeres y nuestras penas, nuestros cariños y nuestros resentimientos; los hacemos responsables, los hacemos pasibles de nuestras cóleras ó de nuestras simpatías.

Después que Roberto de Prébanec hubo abandonado Niza, llevando una esperanza y dejando una promesa sagrada, Dionisia, encerrada en su dolor, no encontraba nada a su alrededor que la atrajera a la tierra hasta entonces tan querida.

Entretanto, Mayo había llegado, Mayo, rey de la primavera y que no conserva sino allá su corona de flores y de luz. ¿Qué le importaban en adelante a la joven las alegrías de la linda estación que empezaba? No encontraba halagos en esas fiestas de la tierra, no ha mucho llenas de atractivos para sus ojos. El sol, su amigo de antes, el sol que había dorado esos días benditos del carnaval, donde bruscamente se había iniciado en el amor, tampoco tenía el poder de consolarla. Y en la sencilla injusticia de las almas que sufren hubiera de buena gana reprochado al astro por continuar vertiendo su claridad y su calor en los días de abandono y de angustia, como los había vertido en las horas de felicidad y de placeres del alma.

Cuando el señor Amart, contristado por la pena de su hija, adivinando los motivos de su tristeza, le interrogó sobre las últimas conversaciones que había tenido con el oficial de marina, Dionisia respondió sin rodeos:

–Papá, el señor de Prébanec me asegura que me ama tanto como yo lo amo, pero me ama de un modo diferente. Lo que él llama su orgullo es suficiente ni ente fuerte en él para contrapesarlo con su cariño, y con todo lo que me asegura de que soy para él todo el porvenir, toda la esperanza, no quiere realizar inmediatamente este porvenir; él difiere el coronamiento de esta esperanza hasta la hora en que me haya conquistado. Son estas sus propias palabras.

El señor Amart bajó la cabeza.

–Dices eso con tristeza, hija mía. ¿Dudas de la sinceridad del señor de Prébanec?

–No, padre mío. Deploro tan sólo que el amor de un hombre pueda cederle el terreno a su susceptibilidad. Había creído hasta ahora que un corazón verdaderamente enamorado no razona, que está más pronto a las locuras que a los cálculos y el primer entusiasmo lo arrastra hacia el objeto que él persigue, en vez de detenerlo.

El anciano no pudo contener una vaga sonrisa.

–Dices bien mi pequeña Dionisia, y tus reflexiones son muy justas considerando tan sólo la pasión. Pero en este caso ¿de qué nos quejamos? ¿No sería esto mostrarnos soberanamente injustos? ¡Que el señor de Prébanec, acogido por nosotros con los brazos abiertos, aceptado por ti ¿qué digo? elegido por ti, antes que él formulara pregunta alguna, concluye por recibir la confesión que sube de tu corazón a tus labios! Es aquí donde empieza el problema y se despierta el interés. Si hubiese sido una naturaleza vulgar, este joven se habría apresurado a aprovecharse de esta ocasión inesperada; porque, sin hablar de tu belleza, que es tu mas rica dote, una dote casi única, perteneces a esa categoría de jóvenes casaderas de las que se dice que son un buen partido. Y bien este joven se estremece ante tu confesión y a su vez te confiesa que te ama con toda su alma. Sólo que tú eres rica... y él po-

bre. No te quiere recibir de tus propias manos ni de las mías; él quiere merecerte y conquistarte. Ciertamente el caso es raro y merece la pena que se lo examine. Un escéptico diría, con fina burla: «Vuestro héroe se hace valer, o bien quiere darse el tiempo para enamorarse, como pretende estarlo ahora». Y, desgraciadamente, hay que reconocerlo: a los ojos de la prudencia vulgar este escéptico tendría razón en los noventa y nueve por ciento de los casos.

Se interrumpió, y abriendo los brazos a su hija:

-Contéstame, niña. Por cruel que sea la herida que te desgarró, ¿no es cierto que he puesto el dedo en la llaga?

-Papá, papá -exclamó la joven que se arrojó sollozando en los brazos de su padre.

Largo tiempo la tuvo apretada contra su pecho.

-Y bien créele a mi vieja experiencia, hija mía, y él golpe de vista seguro que ella me ha dado. Aunque no hubiera más que una probabilidad en favor de la lealtad y de la sinceridad del señor de Prébanec, esta probabilidad la tenemos para nosotros. No me engaño. En una primera rebelión contra las preocupaciones del mundo, en una primera sumisión a lo que él ha creído ser una orden de su conciencia, te ha hablado de un modo que te ha parecido demasiado medido para emanar de una verdadera ternura. Lo verás dentro de poco arrepentirse de su lenguaje para decirte que se ha equivocado, que ha confiado demasiado en sus fuerzas y que prefiere la felicidad inmediata a la larga expectativa de la esperanza.

-¡Oh! -articuló Dionisia, alzando hacia su padre su semblante tranquilizado, -¡si tú dijeras la verdad! ¡Ay de mí! hace seis semanas que ha partido y ni siquiera ha dado señales de vida!

-Tú no eres paciente, mí querida hija -dijo alegremente el señor Amart para poner término a la conversación, depositando un beso en la frente pálida de su hija.

No habían transcurrido aún veinticuatro horas cuando el silencio de Roberto quedó justificado.

El correo del día siguiente por la mañana trajo a Dionisia una carta cuyo solo sobrescrito hizo dar un salto a su corazón. Venía de Lorient y sus seis páginas, bien aprovechadas, eran de una elocuencia arrebatadora:

Dionisia –escribía Roberto de Prébanec - (no puedo llamarla más señorita), la separación prevista, anunciada, se ha cumplido más pronto de lo que creía. ¿No es esto, además, culpa mía, por haber apresurado el fin del plazo? En mi fiebre por partir, supliqué a mis jefes que apoyaran mi petición; ellos no han hecho sino responder bien a mi confianza. El comandante del Duquesne, designado por el ministro para la estadía en los mares de la China, me ha elegido a su bordo. Dejamos a Lorient dentro de seis días... y por ¡tres años!

Y he aquí que en el momento de abandonar esta tierra de Francia, me asalta el recuerdo adorable y cruel de los instantes de inefable dicha durante los cuales la vi, llené mi corazón, mis ojos, mis oídos, de su imagen de sus palabras, del sonido de su voz. Y no sé resistir más la confesión que se escapa de todo mi ser ó imprime en este papel que usted leerá, el grito angustioso de mi orgullo vencido, la suprema apelación de un cariño que no ha sabido revelarse tal como es.

Dionisia: yo la amo, la amo tanto, que las palabras me parecen heladas en su impotencia de expresar mis sentimientos. Dionisia, he pecado por orgullo, y de rodillas le ruego que me lo perdone. Durante días y semanas, Dios me ha concedido su gracia, al dejarme acercar a usted. La he visto, he oído de sus labios las frases de aliento que me han llenado para siempre de su presencia. No tenía más que inclinarme sobre sus manecitas para recibir una felicidad tal, que la razón se turba ante su solo pensamiento y no he sabido ¡pobre loco! esclavo de una susceptibilidad culpable, tomar esta parte del Paraíso que era mi lote. No he sabido contestarle: Mi vida le proporcionará la prueba de que yo no he visto en usted sino a Dionisia, mi Dionisia, y no a la heredera del millonario Amart. ¿No he sabido apoderarme de ese tesoro que se colocaba por propia voluntad al alcance de mi amor?

«Hoy es demasiado tarde para volver los pasos sobre lo que ya es un hecho. Marino por vocación, pertenezco a mi país y acabo de renovar mis juramentos de fidelidad. No puedo echarme atrás sin cometer un acto inicuo y vergonzoso. Si he vuelto las espaldas a la felicidad, que sólo por ella sea castigado.

«Pero por lo menos no abandonaré Francia sin dirigirle este gemido arrancado a mi dolor, la expresión de este atroz remordimiento que me consume, de este conflicto que no osaría revelar a mi mejor amigo, porque es la prueba evidente de mi debilidad, pero que tal vez será mi disculpa ante sus ojos»

Si esta carta arrancó lágrimas a la señorita Amart, le trajo también el consuelo de poder confirmar las previsiones de su padre, al mismo tiempo que le dio la seguridad del amor en adelante inquebrantable de Roberto.

Se apresuró a comunicar la preciosa misiva al señor Amart. Éste, según costumbre, besó a su hija en la frente.

-¿Sabes tú lo que debemos hacer, hija mía?

-No, papá -contestó Dionisia un tanto conmovida por el aire de misterio que descubrió bajo la sonrisa del anciano.

-Y bien escucha: como Roberto no puede abandonar Lorient para llegarse a nosotros, nosotros dejaremos Niza para llegarnos a él. Me parece que esto no les disgustará, a él ni a ti...

Dionisia lanzó un grito de alegría, saltando al cuello de su padre.

-¡Oh, papá, papá!-decía como una chicuela -¡qué bueno eres!

-Bah -dijo él sonriendo, -te mimo un poquito. Pero... -porque existe un *pero* -esta pobre alegría que te doy, va a concluir, por desgracia, en un mar de lágrimas, pues Prébanec parte dentro de seis días. Por este motivo, para hacer las cosas bien hechas, deberíamos partir hoy mismo, por el tren de las doce y cincuenta, si queremos llegar a tiempo de pasar algunas buenas lloras al lado de nuestro amigo.

Ya la joven no le escuchaba. Había corrido a su cuarto para arrojar en una valija alguna ropa blanca indispensable para un viaje tan rápidamente improvisado.

Durante este tiempo el señor Amart llamó al asombrado cocinero y le expresó el deseo, que era una orden de almorzar a las once en vez de a mediodía.

Así, en el mismo instante que la locomotora lanzaba su primer silbido, padre é hija tomaban posesión del coche que el señor Amart había hecho reservar.

Este viaje a todo vapor distrajo momentáneamente a Dionisia. Iba hacia regiones desconocidas. Si bien pasaba una buena parte de su existencia en París, no conocía el resto de la Francia.

Así es que mientras el tren en su rápida carrera, cruzaba planicies, pasaba por encima de ríos y riachos, serpenteaba por los valles ó por debajo de los bosques, en donde la civilización con las hachas había abierto claros, ella la hija del sol, se sintió llena de un gran amor por esas zonas menos límpidas, por ese cielo mezclado de tonos grises, por esos árboles de alto ramaje que las orillas del Mediterráneo no conocen por esas praderas tornasoladas, por esas corrientes de agua, claras y frescas, bien distintas de las del Paillon y del Var, los cuales se mueren de sed.

La Bretaña, sobre todo, la maravilló.

De Nantes a Lorient, la vía férrea atraviesa los terrenos llanos del Loria, los ribazos ondulantes de Lanvaux, con sus campos revestidos de arbustos y de retamas espinosas, las ricas perspectivas de Vaornes, las inmediaciones arboladas de Amay, los risueños valles de Scorff y de Hennebout.

Dionisia, asomada a la ventanilla del coche, se extasiaba ante los cuadros nuevos que le presentaba la naturaleza. Por lo demás, la proximidad del término del viaje, en cada estación a que llegaban y dejaban, hacía que latiese con más violencia su corazón. Sentía ganar terreno sobre la vuelta, y la vecindad de la alegría la hacía olvidar

provisionalmente la hora inminente y casi también inmediata de la separación.

Al fin los guardas gritaron en las plataformas:

-¡Lorient!

Dionisia bajó del tren temblando, casi desfallecida. El carruaje que condujo a los dos viajeros hasta el Hotel de la Marina, no les dio el tiempo suficiente para admirar la soberbia avenida que precedía a las puertas de la ciudad de guerra. Una vez en su cuarto, y en tanto que el señor Amart le comunicaba que un comisionado esperaba, pronto para llevar una carta de ellos a la prefectura marítima, a fin de que la carta le llegara con más seguridad al oficial, la joven conmovida, tuvo apenas fuerzas para trazar estas palabras sobre el papel:

«Roberto, estamos aquí. Las horas son contadas. Ven enseguida para que estemos más tiempo juntos»

Cuando el teniente de navío recibió esta misiva, terminaba su servicio de inspección antes de partir a bordo del Duquesne. Para emplear la frase popular, el corazón le dio un vuelco. Estaba libre. Entretanto, antes del día fijado para la partida, ninguna tarea oficial lo retenía en tierra ó sobre el puente de mando. Por deferencia previno a su comandante y le explicó la sorpresa que le habían dado.

-¡Por vida de..! querido -dijo alegremente el capitán de navío, -eres un enamorado a quien aman bien. Pero, si yo estuviera en el sitio de tu gentil novia, hubiera preferido no venir sino a la vuelta.

Roberto estrechó la mano a su jefe y corrió al hotel.

Allí encontró al señor Amart triste, pero sonriente. Dionisia, vertiendo lágrimas, trató de hablar, de contestar la querida carta recibida en Niza. Las fuerzas le faltaron, y el joven tan conmovido como ella no tuvo bastante dominio sobre sí mismo para recobrar la calma.

Tuvo que intervenir el señor Amart para dar a ambos un poco de valor y de sangre fría.

-Vamos, hija mía -dijo a Dionisia, -no hemos venido aquí para arrebatarnos a tu novio la calma y la resignación que necesita.

«¡Tu novio!, Estas palabras más que nada, devolvieron a la joven su presencia de ánimo. Quería saborear los momentos supremos de su entrevista. Se mostró casi alegre, y como Roberto les indicara las particularidades de los preparativos:

-Iría a Sasmar -dijo ella-me quedaría sobre la playa para verlo una última vez y mi voz le desearía la vuelta al mismo tiempo que las campanas de la iglesia.

-¡Oh! esos cuatro días ¡cómo fueron aprovechados! ¡Cómo los dos novios cambiaron sus dos almas! ¡Cómo en este cambio estusiasta, puesto que el dolor avivaba el cariño que se profesaban, pudieron leer mutuamente sus pensamientos!

En el momento en que Roberto, pronto para poner el pie sobre la borda de la ballenera que sujetaban respetuosamente los marineros, tomó entre las suyas, por la última vez, la mano de la joven le dijo:

-Dionisia, llevo la más embriagadora esperanza que puede alentar a un hombre, y yo te dejo todo mi corazón. Pero en adelante estoy en manos de Dios. Fuera de ti, no tengo sino un cariño santo: te recomiendo a mi hermano Juan. Si muero, te dejo la carga de velar sobre él, de hacer de él un buen francés y un buen marino y... no me olvides.

Ella encontró fuerzas suficientes para interrumpir su llanto.

-Roberto, en este mundo y en el otro te pertenezco para siempre. Tu deseo es mi ley. Todo lo que te es querido, me es querido solamente de venir... para llevarme al altar o a la tumba.

VI

Seis meses más tarde una noche el señor Amart recibió esta breve y terrible misiva:

«Señor y padre querido, es a usted a quien me dirijo. No quiera destrozar el corazón de Dionisia. Usted se encargará de darle la noticia, usted le transmitirá la última expresión de" mi amor.

«Es debido a un permiso especial de la Providencia que yo pueda enviar estas líneas por medio de un indígena que ha permanecido fiel a la Francia. ¿Lo será él hasta el último y esta carta de despedida le llegará?

«Yo y dos de mis hombres somos prisioneros de los piratas desde hace dos días, después de una lucha de una semana, sin agua, sin municiones, casi sin alimento, después de un combate en el cual liemos resistido uno contra veinte. ¿Vendrán a buscarnos? Seguramente. ¿Llegarán a tiempo para arrancarnos al suplicio a que estamos destinados? ¡Dios solo lo sabe! Por mi parte me preparo a morir. ¡Dionisia! te envío mi último pensamiento: ¡Dionisia, mi Dionisia! mi hermano Juan y tú ocupáis toda mi alma. Vuestros nombres serán los últimos que pronunciarán mis labios»

El señor Amart tuvo que cobrar aliento varias veces para terminar la lectura.

Era un rayo que caía sobre él.

Releyó la carta, le dio vuelta y volvió a darle vuelta en todos sentidos esperando encontrar una posdata o una nota cualquiera que lo tranquilizara acerca de la suerte de Roberto. Nada, absolutamente nada encontró.

Entonces observó los timbres del sobre. Estaban fechados hacía cinco semanas. Por lo tanto hacía ya cinco semanas que el prisionero había confiado esos renglones desesperados a la fidelidad sospechosa de un habitante de Tonkin. En cuanto a esto, había tenido suerte; el hombre no lo había engañado.

Era una misión cruel la que le imponía el oficial.

Y, sin embargo, el anciano se lo agradeció.

-Ha preferido dirigirse al padre, a un hombre. ¡Pobre joven! ¿Estará muerto ó vivo a estas horas? ¿Podrá Dionisia soportar esta atroz pena?

Después de la partida del Duquesne habían recibido dos veces nuevas del ausente, noticias de sus propias manos. Éste representaba el tercer correo, un correo ya con retardo de treinta y cinco días...

Lo cierto es que ¿qué no hubiera dado el pobre padre por prolongar por más tiempo este retardo? Y he aquí que tenía entre sus manos este horrible mensaje de duelo, porque su corazón no se engañaba. Para haber escrito Prébanec en esos términos ¿no era preciso que hubiera juzgado la situación desesperada? Esos piratas amarillos son los bárbaros más crueles. Fatalistas, desafiando estoicamente a la muerte, saben refinarla y hacerla abominable para sus enemigos.

Un temblor se apoderó del cuerpo del señor Amart; sus nervios se estremecieron de horror al pensar en las torturas que debía haber sufrido allá lejos, bajo cielos enemigos, lejos de todos los que lo amaban, el heroico muchacho destinado a ese fin prematuro por el servicio y la gloria de una patria que no sabría, que no podría vengarlo.

¿Centenares de cabezas de *Pabellones-Negros* son una compensación a la cabeza de un francés que cae? Saben bien esos hombres amarillos que en su inmenso bullir, en su hormiguero de vidas prolíficas, no les importa ni tratan de salvar algunas, y se dejan triturar por nuestros obuses y nuestras balas sabiendo bien que la fecundidad de la especie pronto reemplazará esas vidas insignificantes.

El señor Amart corrió a encerrarse en su cuarto. Tenía necesidad de estar solo.

¿Qué haría?

Esa carta era un testamento, era la voluntad de un muerto. Ella le imponía el deber de provenir a Dionisia. El señor Amart temblaba ante esta obligación.

Temblaba, porque, mejor que nadie, mejor que el mismo Roberto, sabía que este amor habíase apoderado de todo el corazón de su hija. a veces su cariño paternal había concebido esos vagos celos que los padres sienten a menudo, pero que, en la serenidad de su sacrificio, saben reducir al silencio.

¡Y he aquí que el muerto tan querido hacía de él el padre, el portador de la mala noticia que lo obligaba a desgarrar el corazón de su hija! Por un instante el anciano se sublevó contra esta implacable fatalidad.

En la noche siniestra de sus indecisiones de pronto brilló-una luz.

Cumpliría el deber. Pero la misiva no le prohibía alguna dilación, no exigía condiciones en cuanto a la hora ni al día. Tomaría su tiempo, acallaría su propio disgusto. En lugar de dar un solo golpe, demasiado violento, tal vez mortal, prepararía poco a poco el espíritu de su hija para recibir la espantosa nueva. ¿No es así, por otra parte, como se procede de ordinario? ¿No es con todas las precauciones posibles, cómo llevemos el duelo a todos los hogares?

Pero, en este caso, un nuevo obstáculo se levantaba.

¿Cuánto tiempo le sería permitido mantener ese sol aplastador?

Entretanto que transcurrían días y semanas, ¿debería él sujetar su semblante a la mentira, su boca a la ironía de una confianza que hacía tiempo había desaparecido? Porque tendría que cargar con todo, con su propio dolor al mismo tiempo que con el dolor que lo ahorraba a su hija. ¿Tendría que sufrir por dos, entretanto que él pobre anciano sentía ya demasiado pesada la carga de su solo dolor?

El final de este horrible debate fue, sin embargo, que él referiría la fatal revelación, que él se acordaría a sí mismo el beneficio de un recurso: informaciones más amplias.

Dejó que concluyese el día y al siguiente, alegando un pretexto cualquiera para hallar excusas a una ausencia inexplicable, tomó el primer tren y se dejó llevar hasta Tolón.

Lo que supo en la prefectura marítima no hizo mas que aumentar su pena. No se sabía, en resumen nada con seguridad.

Habiendo sido prevenido el almirante, y conociendo ya a su visitante, quiso recibirlo en persona. Le aseguró que apurarían los recursos para conocer las noticias, fuera en Lorient, puerto de estación del Duquesne, ó en el ministerio de marina.

El desgraciado padre no se hizo ilusión alguna.

Cuando las noticias tardan en llegar, es que, todo lo contrario de lo que dice el proverbio, son malas.

¡Ay! esta opinión no tardó en confirmarse.

Las contestaciones recibidas de París fueron bien dolorosas.

El comandante del Duquesne había hecho todas las tentativas imaginables para salvar a su joven subordinado. Había registrado las bahías y caletas, guaridas habituales de los piratas, según se suponía. Los marineros, excitados por legítimo furor, habían llevado todo a sangre y fuego. Los cautivos habían sido conducidos por la fuerza, sin duda, y los habían internado porque no se vieron ni rastros de los bandidos. Disgustado al fin, obligado a correr hacia otro sitio amenazado, el comandante, con el corazón henchido de rabia, tuvo que alejarse de la costa, abandonando a su desdichada suerte al teniente de navío y a los dos marineros, sus compañeros de infortunio.

Tales fueron las noticias que transmitieron al señor Amart.

De seguro, esas noticias no mataban del todo el último recurso de la esperanza, pero dejaban subsistir probabilidades casi tan crueles como la certeza de la desgracia.

Hizo un segundo viaje a Tolón. Regresó a Niza con el alma ulcerada, el espíritu inquieto sin saber qué medios podría emplear para dar el golpe terrible a su hija.

Durante el camino se decía aún, retrocediendo sin cesar ante la obligación que se le imponía, que ya que no había sido confirmada la muerte del oficial, no tenía el derecho de suponerla.

Este razonamiento por un lado no hacía sino diferir el sufrimiento, no lo desviaba para siempre. Por lo tanto, el señor Amart adoptó este último partido.

Tenía como un presentimiento que él mismo no tendría que intervenir, que una oportunidad surgiría y que una circunstancia imprevista abriría los ojos a Dionisia. Tampoco tardaría ella en conmoverse, en inquietarse, por el largo silencio de Roberto, de preguntar las causas de ese,

De suerte que entró un poco más sereno. Con todo sus facciones habían conservado las huellas del Combate interior que su alma había sostenido y no pudo disimular los vestigios a los ojos vigilantes de su hija.

En efecto, después de su primer viaje, Dionisia sospechaba la verdad.

Que encierren en un corazón un amor profundo, poderoso, llenando todos los conductos de ese corazón, y tendrán por cierto que encerrar al mismo tiempo todas las todas las perspicacias. El amor tendrá ojos de lince, oír a la distancia. No se sabe qué fibras secretas lo advertirán de la alegría próxima y de la desgracia que llega, de la desgracia sobre todo. Así se explicarán esas raras repercusiones, esos misteriosos avisos que se establecen de un extremo al otro de la distancia que separa los seres que se adoran exclusivamente. Madre ó padre é hijo, esposo y esposa tiernamente unidos, sentirán vibrar a la misma hora ese fluido que los liga sin cesar.

-Papá -dijo una mañana Dionisia al señor Amart, -hace quince días que el correo debería habernos traído una carta de Roberto.

-Es verdad -respondió el anciano, volviéndose para ocultar su turbación.

La joven lo observaba. Se acercó a él y dulcemente, casi amorosamente, le preguntó:

-¿Es que esto no te parece raro?

El tuteo, esa caricia del lenguaje es el gran consuelo de los padres, si bien los amigos del respeto lo proscriben casi invariablemente.

El anciano no se dejó enternecer, dijo algo, mas ó menos lo que sigue:

Que el correo tenía sus retardos, era rutinario. Y, además, a tan grandes distancias no era nada extraño que hubiera ocurrido un incidente, porque el transporte de la correspondencia de toda clase se hace en gran parte por mar. Un pailebote no se gobierna como un ferrocarril o un carruaje, etc., etc.

También formuló una cantidad de aforismos que no satisficieron a Dionisia.

Pero, todo lo contrario de lo que había previsto su padre, ella no insistió; más aun, no volvió a preguntar nada.

Sólo al fin de una semana, el anciano notó que los colores habían desaparecido de las mejillas de su hija, que rara vez hablaba y cuando lo hacía sus palabras eran breves, que su sonrisa era penosa y forzada.

Su primer impulso fue de interrogarla el segundo de no hacer nada. Obedeció al segundo que, dadas las circunstancias, era el mejor. Una pregunta torpe podría provocar la crisis evitada hasta entonces. El señor Amart prefirió eludirla todavía.

¡Ay! él no ganaba obrando de esta suerte sino ahorrarse a sí mismo la pena de la revelación En cuanto a Dionisia, ya lo sabía todo. Un fragmento de un diario que llegó a sus manos, no sabemos debido a qué casualidad, la había informado de su desgracia. Fue ella la que se la hizo saber a su padre.

-Acabo de recibir -dijo, -una carta de Juan. Después que ha vuelto a Bretaña al concluirse las vacaciones, es la segunda que me escribe. El pobre niño está desolado. ¿Sabes, mi buen papá, que Roberto me ha dejado el deber de velar por él? Por esto es mi hermano y en adelante no estará solo en el mundo. ¿Quieres que vayamos a verlo?

Y como el anciano la observaba pálido de emoción, ella le apasionó entre sus brazos.

-¡Oh, papá! -dijo, -tú has querido guardarte todo el dolor para ti. Dios no lo ha permitido. Puesto que ahora soy viuda, tengo también el deber de ser *madre*.

SEGUNDA PARTE

UN ALMA

Dos años, dos largos años han transcurrido desde el día en que Dionisia, inmolando su corazón, dominando su desesperación, se ha impuesto el duelo eterno de su amor, dos años desde que, tomando en serio su papel de madre que ha asumido voluntariamente, ha hecho de Juan su hijo.

Un año aun, y el colegial de los padres del Seyne deberá rendir a su vez los exámenes de entrada a la escuela naval, que su hermano, el glorioso desaparecido, había rendido antes, que él y que le abrirían la carrera de la marina, tan dura para los suyos, puesto que durante dos siglos diez Prébanec habían sido víctimas de las aventuras del mar.

Hubo un momento en que el ánimo del niño desfalleció. Esa muerte prematura y horrible de su hermano lo había descorazonado. ¿Era esa entonces toda la ganancia y el honor que podía esperar un valiente al servicio de la patria y de su gloria? Morir después de haber recorrido la mayor parte del camino, después de haber tomado a la fama todo el lustre que ella puede dar, es un fin normal, mejor todavía, es el término de un admirable sueño, y cuanto más pronto llega la muerte, mejor se puede decir que corona una vida bien aprovechada.

Pero morir en el umbral de la existencia, desaparecer sin dejar huellas borrarse como esos ajusticiados de una naturaleza demasiado cruel que perecen en las lidias del Monte San Miguel ó de la Hogue, morir habiendo sólo entrevisto el sol naciente de las primeras distinciones, apagarse antes de haber brillado, ¿no es la desilusión más amarga chanceándose del más cruel de los sufrimientos?

Todavía si este fin imprevisto viniese de pronto y fulminante a he-
rir a un hombre en pleno ensueño, en medio de sus esperanzas, sin
dejarle el tiempo para llorarse a sí mismo, de conocer las debilidades

de su naturaleza, se le perdonaría de buena gana su injusticia y su traición, le estaríamos casi agradecidos por abatir la víctima evitándole sufrimientos. ¿Cuántos, en efecto, entre aquellos que la guadaña tiende cuerpo a cuerpo en holocausto necesario al servicio de la patria, no caen también en la plenitud de la vida sin finalizar el sueño de ambición que los acariciaba y los hacía sonreír? ¡Ah! Juan de Prébanec no podía ni siquiera detenerse ante este deseo. ¿Era entonces así cómo Roberto había muerto?

Habían recibido noticias, sino muy exactas, por lo menos llenas de esa verosimilitud, de esas probabilidades aplastadoras que sólo el tiempo convierte en certidumbre. En una reciente expedición, una columna francesa había infligido a los *celestes* una derrota de alguna importancia. Los piratas habían dejado trescientos muertos en los arrozales y pantanos del Río Rojo. Tres de sus jefes habían sido tomados y ejecutados inmediatamente. No obstante se había ensayado la influencia que ejercería sobre ellos una promesa que no deja indiferente a ningún hombre aunque sea el más fanático de los budistas. La garantía de salvarles la vida en cambio de hacer entrega de tres cautivos, les había hecho sonreír y uno de ellos contestando por sus compañeros y por él, había dicho, con la sonrisa de la resignación madurada largamente:

-No está en nuestro poder resucitar los muertos.

Interrogado, acosado para que explicara el significado de sus palabras, había contado que pocos días después de ser capturados, los dos marineros franceses y su oficial habían sido llevados a través de las fronteras a territorio chino y que allí habían procedido a torturarlos.

No podía suponerse que gente en artículo de muerte se divirtiera en inventar semejantes historias, si no fuesen exactas. Por otra parte, nada indicaba que esos hombres se hubiesen equivocado.

Era, entonces, pura y simplemente la confirmación de los temores, el certificado del fallecimiento de las víctimas. Por otra parte, aunque hubieran querido esperar contra toda esperanza, solo el tiempo trans-

currido hubiera bastado para confirmar lo dicho por los bandidos ejecutados en virtud de justas represalias.

Todo esto, Juan lo había sabido, como también Dionisia.

Pero, en tanto que la joven acostumbrada hacía algún tiempo a sufrir, no había encontrado en esas noticias sino un refinamiento del sufrimiento, el colegial de quince años había recibido una conmoción formidable.

Desde luego el amor fraternal que lo unía a Roberto había sufrido un golpe tan cruel que el pobre niño había caído en cama, y durante semanas enteras permaneció entre la vida y la muerte.

La abnegación de su «hermana» adoptiva había hecho más que los cuidados de los buenos médicos. Dionisia se decía, para sus adentros, que había realizado un verdadero milagro.

Era ella después de Dios, la que había salvado a Juan.

Y ahí no había terminado su papel de bienhechora, de ángel tutelar.

Había sido indispensable, después de la parte física, curar el espíritu del joven enfermo.

La convalecencia fue larga, por lo cual Juan perdió un año de sus estudios. Esta interrupción, que podía reparar, había ejercido sobre su voluntad una influencia funesta.

Un descorazonamiento melancólico, silencioso, se había apoderado de él.

Y ese descorazonamiento ejercía su devastación a manera de esas fiebres perniciosas que minan la constitución sin aparentarlo, desorganizan la síntesis de las funciones, atrofian el poder de la voluntad y de la inteligencia, paralizando la actividad general.

Á favor de ese reposo forzado la imaginación de Juan de Prébanec había trabajado, y era un trabajo de destrucción, reduciendo a la nada, desde luego, los entusiasmos del primer arrebato, después, las resoluciones de sangre fría, por último, la voluntad robusta que no se embota con otro contacto.

Juan ya no quería ser marino. Se callaba avergonzado de esa cobardía súbita que lo invadía a pesar suyo y que él no había conocido jamás. Disimulaba su confusión, no sintiéndose aún con las fuerzas necesarias para participar a Dionisia, su consejera y amiga, su cambio de decisión.

Fue Dionisia la que penetró su secreto y se hizo dueña de él, a pesar del esfuerzo del joven para ocultarlo a su perspicaz mirada.

Un día, a eso de las cinco, el sol declinaba en el horizonte; la joven se acercó al enfermo, al que había sorprendido con los ojos fijos en el mar que por la ventana abierta podía verse palidecer bajo el fuego del sol poniente, en el admirable decorado de casas y colinas.

Dos lágrimas prontas a caer pendían de las pestañas del colegial.

-¿Lloras Juan? -preguntó la señorita Amart sin preámbulos.

Él se puso muy encendido, como si sus lágrimas encerrasen una confesión de debilidad, el indicio de una falta sin cometerse, pero de la que se sentía ya culpable.

Contestó evasivamente.

-Mi querida Dionisa, a medida que recobro la memoria, pienso más en la desgracia que me ha herido y la pena de la pérdida de mi hermano es más acerba todavía que en los primeros días que recibí la fatal noticia.

La joven puso la mano sobre el hombro del convaleciente.

-Mi querido Juan -dijo, -nadie comprende mejor que yo, ni respeta mejor que yo, tu dolor, y no sé cuál es la pena más cruel la más profunda, si la que tú sientes ó la que, durante tantos meses, oculto en lo más profundo de mi corazón.

Juan sonrió tristemente.

-Sí, sí -exclamó, -sé que has sufrido atrocemente por el mismo golpe que me ha herido; sé que mi pobre Roberto ocupaba todo tu pensamiento y que has tomado para siempre el duelo de tu perdido amor. Pero tu pena no hace menos grande la mía.

-Sin duda -respondió ella -pero puede sostenerla y tal vez dulcificarla. Cuando son dos los que lloran, ¡pobre niño! las lágrimas son menos ardientes.

Y atacando directamente ese descorazonamiento que ella leía en el fondo del alma de Juan, se esforzó por consolar su angustia.

Le hizo ver la vida tal cual es, no triste y árida como se la hacía ver su imaginación prevenida por el momento contra ella no tan sólo llena de sufrimientos, abandonos y decepciones, sino iluminada de vez en cuando por rayos de felicidad y de gloria, Felicidad relativa, gloria efímera tal vez, pero que debía juzgarse por su intensidad, no por duración

Le hizo recordar los votos que había formulado su hermano, los sueños que había acariciado, los deseos que había alimentado su hermano desaparecido. Dios había dispuesto de otra manera y la sabiduría del Todopoderoso, a quien uno acusa con demasiada facilidad de preferencias y de favores, sabe más que todo cálculo humano de un simple golpe de vista, lo que conviene ventajosamente al hombre. A estas lloras la muerte de Roberto no era sino una apoteosis. Por más sufrimiento que hubiese atravesado para alcanzarla no era menos cierto su destino. Su nombre pertenecía en lo sucesivo a la historia. Tenía su puesto en la larga y gloriosa lista de héroes y de mártires, y es con glorias y mártires semejantes cómo se forma la historia de la patria.

El convaleciente la escuchaba indeciso, incrédulo todavía. Todas esas palabras que confirmaban el valor, no lo impresionaban, le eran indiferentes.

Dionisia se daba cuenta de ese resultado infructuoso. Veía bien que la sacudida recibida por el joven había sido demasiado fuerte para que el efecto pudiese ser reparado así de pronto Ella experimentó esa sensación de impotencia de poder hacer entrar en razón a esa voluntad refractaria a sus deseos.

Pero se decía que la perseverancia es la condición esencial de tales esfuerzos, que la gota de agua repetida concluye por perforar la piedra

más dura. Sobre todo, se acordaba de la voluntad suprema de Roberto de Prébanec, de ese último pensamiento por el cual le había dado, transmitido la carga de velar sobre Juan, de mantenerlo en el buen camino, de guiarlo siempre en la carrera que había sido en todo tiempo la de los Prébanec. Y eso le daba fuerzas, levantaba su ánimo y su confianza.

A medida que la salud volvía al convaleciente el amor a la vida, que era su signo más característico, lo apegaba a la naturaleza, le hacía tomar interés por todo lo que pasaba a su alrededor.

Un día, bajo esta influencia, el joven dejó escapar una exclamación que a los ojos de Dionisia traducía el estado secreto de su corazón.

-¡Ah!-exclamó,- ¡cómo son de estúpidos los hombres! ¡sacrificar su existencia, el goce de la felicidad que pueden obtener, para correr en pos de las quimeras de la gloria, bajo el pretexto de yo no sé qué falso concepto del deber!

La joven no le dejó continuar. Había comprendido.

-¿Es que ya no quieres ser marino, Juan?-preguntóle.

Él se sonrojó, porque su alma era ingenua y esa renuncia de sus primeros deseos le parecía una sublevación. Ahora bien una sublevación es siempre una cobardía, y Juan de Prébanec, no siendo cobarde se horrorizaba de parecerlo.

Pero era sincero. La mentira jamás había mancillado sus labios.

-Querida hermanita-contestó dulcemente, -me veo obligado a confesarte que la muerte de mi hermano ha modificado singularmente mis ideas y cambiado mis resoluciones.

-Lo que quiere decir-exclamó Dionisia tristemente, -que la suerte de Roberto no te parece envidiable y que tú hubieras preferido para él una carrera menos peligrosa...

Juan inclinó la cabeza. Era eso justamente lo que pensaba. No trató de defenderse; no alegó excusa alguna.

-Sí, reconozco que tienes razón, que soy débil y que, en vez de darme ánimo esta desgracia, me doblego bajo su peso. Pero ¿qué quie-

res que haga, di? Hasta aquí he creído obedecer a una vocación, y me doy cuenta de que ni siquiera he obedecido a un placer.

Dionisia lo reprendió dulcemente.

-¡Ten cuidado, Juan! Para permanecer en la realidad, en la medida justa de las cosas, no hay que tocar los extremos. ¿Estás seguro de que tus ideas de hoy son las verdaderas y que mañana, cuando las brumas de la enfermedad se hayan enteramente disipado, verás aún de la misma manera lo que te parece despreciable en este momento?

Vaciló antes de contestar.

-Así es que no me pronunciaré con demasiada ligereza Dionisia. Esperaré. Quiero consultarme, conocerme, quiero saber a donde me arrastran mis inclinaciones ó mis instintos. Sobre todo, no quiero obedecer a la impresión del momento, a una influencia pasajera. Si te he confesado lo que siento, es para que me ayudes a leerme a mí mismo, para que me animes si desfallezco, para que me sirvas de sostén, -y continuó con los ojos llenos de lágrimas:

-Mi buena hermana, Roberto me ha dicho muchas veces que él me dejaba en tus manos. No puedo hacer nada mejor que confirmar su elección, de abandonarme a tu dirección. Él ha elegido bien y soy feliz de obedecerlo en esto.

Dionisia no pudo preguntar más.

Se inclinó sobre el niño y lo besó en las dos mejillas.

Y bien Juan -dijo ella -acabas de confortarme enteramente. Al aceptarme por consejera y amiga, me das el derecho de decirte todo lo que pienso. No te liaré reproches; me limitaré a hacerte volver si es posible, a tu primera determinación.

Ahí concluyó su conversación por aquel día, Del mismo modo se decidió el debate. Juan comprendió que Dionisia se mantendría siempre firme a los consejos de Roberto. No se reveló contra esa especie de voluntad testamentaria que imponía sus decisiones. Con la obstinación que tenía en el fondo de su naturaleza y que heredaba de su raza tanto como de su origen bretón, se entregó valerosamente al trabajo.

La enfermedad lo había atrasado un año. Pero sus primeros estudios habían sido muy sólidos, no tenía sino que redoblar sus esfuerzos para volver a ganar el tiempo perdido; esa enfermedad le había dejado en el alma ese desencanto que daña el vuelo de la actividad y del que no podía aún librarse. Contaba con que el tiempo lo atenuaría, ahora y más adelante, para borrar las impresiones. Tenía razón al calcular así.

Poco a poco las malas ideas que habían embotado su energía, perdieron su fuerza; con el entusiasmo decaído, el joven se encontró más fácilmente dispuesto a hacer frente al obstáculo, a abordarlo y a vencerlo, y cuando, en Noviembre, en ocasión de una licencia de veinticuatro horas, vino, según costumbre, a abrazar a Dionisia y al señor Amart, los puntos que él entregó a su «directora de conciencia» fueron enteramente satisfactorios para ella.

-Muy bien Juan, -le dijo estrechándole la mano, -eres digno de tu hermano, eres como él te había deseado. Está seguro que su pensamiento te sigue y que su influencia te sostiene. Entretanto, no hay más que perseverar.

Y Juan perseveró tal cual se lo había aconsejado Dionisia.

Desde ese día en adelante, la prometida del muerto estaba tranquila. Sentía que Dios la ayudaba, que «el último pensamiento» de Roberto se llevaba a cabo poco a poco, y que el alma del querido desaparecido asistía a la realización de su deseo, a la ascensión de su hermano por la cuesta dolorosa pero fecunda del deber, que debía conducirlo a la cima donde lo esperaba la dilatación del alma.

II

Al través de esa tristeza pasible, Dionisia trató de reconcentrarse en su pena o más bien dicho, ya lo había hecho, mas, hubiese deseado hacer de ello el estado permanente de su alma. La desgracia acababa de mostrarle una nueva faz de la vida, que ella ni siquiera había sospechado hasta entonces: la posibilidad de una existencia uniforme, sin sacudidas, como habiendo agotado en una sola pena el poder de conmoverse en lo sucesivo, de una existencia para siempre indiferente a todo lo que la rodea, a las impresiones exteriores, monótona pero escapando, sin embargo, al fastidio por su misma regularidad, ó, más exactamente, por su regularización voluntaria y preordenada.

En semejante disposición de ánimo, el espíritu se acostumbra a los renunciamientos, y para las naturalezas débiles o sin empuje esta resignación se convierte a la larga en una nefasta indiferencia que atrofia, una después de otra, todas las energías de la voluntad.

Dionisia vio el peligro y quiso precaverse de él.

No se asustó, sin embargo. La herida de su corazón era incurable, el vacío que ella sentía, nada en el mundo podía llenarlo y eso solo la ponía al abrigo de caer en una completa indiferencia.

No obstante, la prudencia le aconsejaba tomar todas las precauciones. Hizo la resolución de interesar a la vez su espíritu y su corazón ligándolos a objetos susceptibles de mantenerlos; a la altura de lo bello, de lo verdadero, a la natural elevación de su corazón y de su espíritu. Primeramente, ella designó la caridad como blanco y norma de conducta, y como segunda ocupación buscaría las obras de ingenio que pudieran elevar sus sentimientos.

Y con todo, al término de su pesquisa, si su dolor estaba, aun vivo, los objetos adquiridos con tanto esfuerzo le parecían insuficientes, no solamente para distraerla sino sobre todo para desviar de ella esa fatiga a la que temía, ese desaliento de una existencia vacía, a la cual le parecía más que nunca imposible de asignarlo un objeto.

Un acontecimiento imprevisto vino de golpe a avivar la pena amortiguada por la acción del tiempo y a darle por el momento un nuevo giro a su actividad, a esa necesidad que tenía de desahogar el exceso de vida de su naturaleza llena de savia, la superabundancia de su corazón, nacido para abrirse a toda clase de expansiones.

Todos los años, en la misma fecha, tenían el padre y la hija el mismo motivo para hacer su peregrinación a Cimiès. Había allí, en el viejo recinto fúnebre, dependiente del convento, una tumba de piedra bajo la cual reposaba una mujer, una madre, cuya muerte había dejado a una hija desolada a quien las lágrimas de un padre cariñoso, habían pedido consolar de no haber gozado por más largo tiempo sobre la tierra de las caricias de una madre.

Y era a esa tumba donde volvía cada año en la proximidad del carnaval, como por una amarga ironía, el señor Amart acompañado por Dionisia. Y sobre esa tumba, conservada con piadoso cuidado, había aún un amontonamiento de flores parecidas a aquellas que se arrojan a manos llenas en el torneo mundano de los cinco días de fiesta.

Su piedad afectuosa, combinada con el arte, había hecho construir el monumento con gracia exquisita, combinando con tocante esmero todo aquello que podía contribuir a darle un aspecto melancólico.

La cruz que dominaba la losa de mármol del sepulcro, era también de mármol, de mármol blanco, que brillaba bajo ese sol acariciador, calado y recortado como encaje. La losa misma sostenía cuatro figuras de ángeles sujetando sobre sus hombros una plancha de mármol negro sobre la cual había grabado en letras de oro un nombre, esperando que nuevos muertos vinieran para grabar otros nombres a su lado.

Alrededor, a pesar de lo exiguo del espacio acordado a las sepulturas en este recinto donde los muertos yacen codo con codo, habían formado un verdadero jardincito. Enredaderas de rosas se enlazaban al pedestal de la cruz y trepaban hasta sus extendidos brazos. Otras se inclinaban sobre la piedra dejando caer una lluvia de pétalos embalsamados. Y, como si aquella presencia perpetua de flores no fuera

suficiente, como si faltase un complemento a esa profusión de perfumes, cada invierno, el aniversario de la muerte conducía al padre y a la hija llevando nuevas ofrendas de cariño. Aquel día la tumba desaparecía bajo esa florescencia nueva y las lágrimas del pesar se mezclaban al llanto que el rocío dejaba sobre las corolas amontonadas.

Aquella mañana, en el momento que iban a abandonar el recinto, el señor Amart y Dionisia se detuvieron sobre el umbral, conmovidos por un cuadro que los transportó bruscamente a tres años atrás.

Una religiosa acababa de entrar, conduciendo a dos niños.

No le costó mucho tiempo a la joven reconocerlos. Sus facciones habían tomado ya ese tinte tostado que da el sol de las regiones cálidas; pero no habían perdido los contornos y era fácil encontrar en ellos el recuerdo de pasadas lágrimas.

Por su parte, los niños habíanse estremecido a la vista de los dos visitantes del cementerio. Estaban en la edad en que la memoria guarda por más tiempo las impresiones.

Fue la niña la primera en manifestar su alegría.

-¡Renzó! –exclamó -¡el señor y la señorita! Y antes que la religiosa pudiese impedirlo, dando el ejemplo a su hermano se acercó a Dionisia con los brazos abiertos.

A su vez, la joven viendo el entusiasmo de la pequeñita, le había tendido los suyos. En un instante los dos niños se arrojaron en ellos afectuosos y tiernos, respondiendo a las caricias de esa amiga tan joven y ya una conocida tan vieja para ellos y que cubría de besos sus mejillas inundadas por sus propias lágrimas.

La hermana se había detenido muda de sorpresa, no sabiendo que partido tomar en presencia de un acontecimiento del cual no podía comprender el significado.

El antiguo recaudador general dio un paso, y descubriéndose respetuosamente:

-Hermana, -dijo, -usted reemplaza sin duda a la hermana María Teresa y tal vez se asombra usted de lo que pasa en este momento.

-En efecto, - señor -le contestó ella sin haberse repuesto de su turbación, -veo que estos niños conocen a la señorita, ó más bien la reconocen pero de ningún modo puedo explicarme lo que motiva este reconocimiento.

Una sonrisa dulce y triste se deslizó por los labios del anciano.

-Hermana, algunas palabras bastarán para explicárselo todo. Usted conduce a estos dos huerfanitos a visitar la tumba de su madre, ¿no es cierto?

-Sí, señor, pero...

-Hace tres años que aquí vinieron en otra fecha más dolorosa. Era entonces el día siguiente del carnaval. Hoy el carnaval aun no ha venido, pero los días del mes se corresponden. Vinieron escoltando el ataúd de su madre, conducidos por la hermana María Teresa. Estábamos allí mi hija y yo como estamos hoy. Parece que sólo la caridad pública se había ocupado de ellos y aun bendigo al cielo que pos permitió en ese momento intervenir en aquello que creímos sería lo mejor para estos dos niños.

-¡Ah, señor! -interrumpió la religiosa, -no tenéis necesidad de proseguir vuestro relato, pues ya sé vuestros nombres ahora: sois...

-El señor Amart y su hija Dionisia, -dijo noblemente el anciano.

La hermana se acercó a los pequeñuelos que permanecían cerca de Dionisia.

-Niños, -dominada por verdadera emoción -esta bien en vosotros haber reconocido a vuestros bienhechores. Agradecedles de todo corazón el bien que os hacen y del que no podréis apreciar todo el valor hasta más adelante.

Los dos chicuelos obedecieron espontáneamente a la religiosa.

Dionisia se enjugó los ojos, pero era visible que otras lágrimas contenidas estaban prontas a seguir a las primeras.

-Hermana, -dijo ella -créame usted que este cariño entusiasta me ha sido más sensible que todo testimonio premeditado de gratitud. Porque, vea usted, aquí es el corazón el que ha hablado espontáneamente en ellos sin tomar en cuenta las obligaciones que la razón les

impondrá más tarde. No les pido sino que nos amen siempre así. Dicen que la gratitud para ciertas almas es una carga pesada. Yo no se las exijo, y les suplico esperen a que ella se despierte naturalmente en sus corazones, sólo que sea necesario recordarles la gratitud para que no olviden el cariño.

-Señorita- dijo la religiosa cada vez más conmovida, -esas palabras hacen el más grande honor a vuestro corazón. Dejadme os diga que vuestra generosidad no sabrá imponer a los que han sido los testigos y los ejecutores del bien que vos y vuestro padre habéis llevado a cabo, de callar a vuestros agradecidos el relato de este beneficio.

-Yo no se lo impongo, hermana, -exclamó la joven -no le pido sino que lo haga lo más tarde posible. La gratitud es una planta de invernáculo, la ternura nace de ella misma como las flores de los campos. Prefiero las flores del campo.

En ese momento, la niña interrumpió el diálogo con un recuerdo.

-Y los «señores», diga, señorita, ¿dónde los ha dejado usted?

Era una exclamación de criatura y de criatura pequeña.

Dionisia prorrumpió en sollozos. Sin quererlo, la pequeñita acababa de arrancar las vendas ficticias que la religión y la resignación pacientemente invocadas, habían colocado sobre esa herida mal cicatrizada. La llaga se había vuelto a abrir y sangraba como en el primer momento.

Á la vista del llanto de su amiga grande Reparata había hecho coro. Ella también lloraba con toda la violencia que la pena da a su edad.

La señorita Amart pronto se dio cuenta de esta influencia de su dolor sobre la ingenua simpatía de la pobrecita criatura. Consiguió refrenar la violencia de sus sentimientos, a fin de enjugar mejor las lágrimas que rodaban por las mejillas de la huerfanita.

La religiosa había vuelto a tomar de la mano a los niños y los condujo dulcemente hacia el otro lado de la necrópolis donde se encontraba la tumba de su madre. Dionisia siguió maquinalmente ese movimiento.

La tumba estaba poco más ó menos en el mismo estado que el día en que habían levantado la piedra del sepulcro para depositar la última muerta.

Era natural que sobre esta piedra no se encontrara el lujo de florescencia que decoraba la de la familia Amart. La pesada losa parecía que descansaba ya bajo el peso de los años que habían dejado allí su huella. Entre las gradas que la formaban, en los ángulos de la mampostería, las hendiduras se agrandaban revelando la usura del tiempo por la destrucción del cemento que las unía.

De en medio de las grietas surgían acá un puñado de hierbas, allá un montón de grama o de verdolaga de flores amarillas que parecían protestar a nombre de la vida, contra ese abandono de la muerte.

Cerraba la especie de nicho, en el cual túmulo estaba como embutida, una reja de hierro enmohecida por todas partes donde la capa de pintura roída no protegía ya el hierro. Sin duda, así situada en medio de destrozos análogos, ese montón vetusto conservaba un no sé qué majestuoso de ruina sagrada; pero reflexionando, su vista oprimía el corazón y provocaba pensamientos amargos.

Y en ese momento, precisamente, el espectáculo era sumamente triste. Pero esos dos niños, con sus vestidos de pobres, en la uniformidad de sus trajes de reglamento de la beneficencia, hacían resaltar más el lamentable aspecto de esa tumba que, al menos, conservaba todavía sus contornos de monumento gastado; pero ¿qué mirada dirigida sobre esos dos huerfanitos podía sugerir al espíritu el pensamiento de una analogía cualquiera que uniese esos pequeños indigentes sostenidos por la caridad pública, con los muertos que descansaban bajo esas losas cuyas inscripciones recordaban una nobleza, un rango, una fortuna perdida? La primera idea que podía nacer, era que un agradecimiento oficial y piadoso reunía dos recuerdos en esta piedra, bajo la cual debía reposar algún bienhechor, olvidado tal vez por su familia, pero honrado por el recuerdo aun vivo de una acción benéfica.

Los pequeñitos se habían arrodillado. Con voz lenta y monótona repetían las palabras de una oración que la religiosa les decía. Su

acento traducía el respeto, el recogimiento, la simpatía misma, pero nada más ¡ay! vibraba del dolor primitivo, de aquel que les había hecho derramar raudales de lágrimas sobre el miserable ataúd de pino en el que habían visto acostar a su madre muerta.

Dionisia, inmóvil, había absorbido en la contemplación de ese cuadro. Por un momento tomó en él tanto interés, que olvidó su propia pena. Arrodillada varios pasos más atrás sobre la hierba florida que formaba fresco tapiz alrededor de ese abandono tétrico, trató de unirse a los rezos de los dos niños. Su boca pronunció las palabras que balbucían los dos inocentes.

Pero cuando hubieron concluido, cuando los huerfanitos se levantaron para dejar el cementerio, el dolor volvió a apoderarse con violencia de la joven. Una comparación tan rápida como punzante le perforó el corazón y de nuevo los sollozos la ahogaron.

La chicuela se volvió hacia ella repitiéndolo afectuosamente.

-No hay que llorar, señora, no hay que llorar.

Dionisia se inclinó sobre ella la tomó en sus brazos y la oprimió tiernamente contra su corazón. Luego con voz entrecortada por el llanto, murmuró:

-¡Pobrecitas y queridas criaturas! Ustedes al menos tienen todos sus muertos descansando bajo una lápida que los guarda y recibe sus plegarias. Yo tengo el corazón lleno de lágrimas y ni siquiera sé en que lugar del mundo está cavada la fosa sobre la cual quisiera derramarlas.

-Señorita, -dijo entonces la religiosa alzando la mano, -¿por qué miráis hacia la tierra donde no reposan sino nuestros cuerpos? ¿Creéis entonces que las almas de los que lloráis tienen necesidad de daros cita sobre una piedra para leer el dolor que su pérdida os ha causado y que vuestras lágrimas y ruegos no encuentran por sí solos el camino del infinito?

Y señaló el firmamento de un azul clarísimo. Tenía la inspiración de los pensamientos santos en los ojos y en la faz. Y al verla así, con-

solada y reconfortada, Dionisia sintió cómo una caricia tranquilizadora pasar por sobre la herida de su corazón.

-Tiene usted razón, hermana, -exclamó. -Soy cobarde y mi queja es una ofensa a la justicia de Dios.

Una vez más abrazó a los dos niños, que renovaron al señor Amart sus protestas de agradecimiento. Luego, tomando el brazo de su padre, abandonó el cementerio y descendió hacia la ciudad. Ambos soñaban.

La palabra de la hermana, tan simple en sí, haciendo alusión a una verdad tan trivial, los había ensimismado en pensamientos graves y melancólicos. Ambos soñaban en ese encuentro sublime que la fe promete a los corazones rectos y nobles.

Al llegar a la casa, Dionisia encontró una carta de Juan de Prébanec.

El joven se desahogaba largamente. Contaba a su «hermana mayor» que sus primeros esfuerzos para volver al trabajo le habían costado bastante, pero que hoy en día el obstáculo estaba vencido y que adelantaba en la vía de la carrera habitual, casi hereditaria, de los Prébanec. Renovaba a la joven su agradecimiento sincero por la parte que ella había tomado en su rehabilitación. Asegurábale que se lo debía todo, puesto que sin ella sin las palabras dulces y animosas que le habla prodigado, no hubiera tomado iniciativa alguna, tal vez jamás se hubiera decidido.

-¡Cuántas voluntades se encuentran en el mismo caso!

Y Dionisia, contentísima del bien que había podido hacer, no sintió al menos esa especie de desfallecimiento que debemos a menudo a las excesivas complacencias del egoísmo. Pensaba que todo eso era la felicidad de otro, al cual sólo reemplazaba por una especie de repercusión.

La suya, aquella que había entrevisto un instante, que se había disipado de tal modo, como la trama de un miraje, sólo Dios podía devolvérsela.

Entonces volvían a su memoria las palabras de la religiosa escuchadas allá arriba, sobre la cumbre del Cimiès. Se decía que la vida del cuerpo se arrastra sobre la tierra, donde termina un día en una fosa, pero que las almas tienen un último sitio al que todos aspiran, un centro común hacia el que se dirigen y que para alcanzarlo, hay que morir antes...

III

Todo aquello era para Dionisia la austera satisfacción de la misión cumplida. Pero, para ella misma, para la muda concentración de su alma, para esas expansiones íntimas del corazón que reclaman la presencia y el apoyo de otra alma ¿qué había obtenido?

Después de más de dos años que la desgracia la había afligido, el luto que se había impuesto siendo aún tan joven lentamente se había extendido hasta su corazón, envolviéndolo poco a poco, a manera de una red mística. Al presente, ya no sentía esos sufrimientos amargos esos dolores desgarradores que acompañan los primeros tiempos de la desgracia, pero de la herida manaba sangre aún y sus ojos no veían ya el mundo sino a través del crespón de su vestido negro.

Durante los dos inviernos que siguieron a su «viudez», Dionisia había suplicado a su padre que la llevara lejos, bien lejos de Niza. No le hubiera sido posible soportar las fiestas del carnaval, las alegrías estrepitosas que ellas provocan. Todo esto le hubiese hecho recordar con demasiada crueldad ese año en que, proclamada «reina de la batalla floral», había atravesado el trayecto entre las aclamaciones del pueblo, indiferente a todo, exceptuando el sentimiento de su amor, la alegría interna, casi egoísta de su felicidad aun inconfesa, tal vez sintiendo ya angustiado el corazón por ese temor de lo desconocido que se mezcla a todo nuevo sentimiento.

El señor Amart, siempre lleno de ternura para con su hija, le concedió solícito ese deseo. Habían pues viajado: la primera vez por Italia, la segunda por España; luego, vuelta la primavera, habíanse detenido en París antes de volver a Niza.

Dionisia no había podido soportar el cielo y las flores sino durante el estío, cuando todo el mundo huye de esa costa del Mediterráneo abrasada por los ardores de los trópicos. Era entonces solamente cuando Niza perdía a sus ojos las imágenes de alegrías desaparecidas, entonces cuando la casa silenciosa con sus celosías bajas, llena de

sombra fresca y calmante, le permitía aislarse en sus meditaciones, sus contemplaciones y sus ensueños benéficos.

Era su mayor placer por entonces, pues no ambicionaba más que la soledad.

En la sociedad se había hablado mucho de ese «casamiento romántico»; luego, cuando se supo el terrible fin de Roberto de Prébanec, con sincera piedad por ese gran infortunio, habían admirado, aunque suspirando, el voluntario encierro de esa joven que, en la flor de la edad, linda y opulenta, se amurallaba viva en una tumba separándose del resto de la humanidad.

Algunos -los escépticos nunca faltan -aseguraban que sería asunto de un año, a lo más; que la historia de la viuda de Mausole era una bonita fábula antigua, completamente irrealizable en una sociedad «fin de siglo», como la nuestra, y que se vería a la señorita Amart más bella más seductora que nunca, salir de su silencio y de su luto, para hacer la desdicha de muchos, al mismo tiempo que la felicidad de uno solo; el elegido de sus próximas afecciones.

Sin embargo, había sido indispensable cambiar de parecer cuando un segundo año había seguido al primero sin traer el resultado profetizado. Y he aquí que por la tercera vez la encantadora heredera, esperanza de tantos pretendientes «serios», se encerraba en su duelo y privaba a la sociedad nizarda de su brillante reaparición.

Era verdad: Dionisia había cambiado totalmente sus costumbres y su modo de ver las cosas.

La casa misma estaba transformada.

Toda un ala del edificio que la munificencia del padre había abandonado al capricho de su hija; todo ese lujo exquisito de chucherías, de futilidades que componen lo que podríamos llamar el adorno del «feminismo», había sufrido una verdadera metamorfosis.

Dionisia había sido siempre religiosa, pero a la manera de las mujeres de mundo, que es más ó menos una especie de coquetería con el buen Dios. Convencida y militante, por cierto, lo había sido por ella misma con toda la sinceridad de su alma elevada y noble. Pero las

alegrías de este mundo, el cuidado de las relaciones, las obligaciones sociales, la habían a menudo desviado de una continuidad rigurosa. Ella había tenido que repartirse entre las exigencias de los preceptos religiosos y las exigencias mucho más complaciente de la vida mundana.

Ahora no era así.

Lo que en otro tiempo formaba el departamento privado de la joven que consistía en tres piezas: un saloncito, una biblioteca y un tocador cerrados por cortinas oscuras, amueblados con divanes preparados para las siestas lánguidas, para los suaves olvidos del ensueño, habíanse transformado en una especie de oratorio.

Dionisia había hecho como una capilla de la última de las tres piezas, a la que al presente dedicaba todos sus cuidados.

Allí, suspendido al muro revestido de una tapicería de terciopelo rojo, alzabase un gran crucifijo, reproducción en marfil del Cristo de Bauchardor, obra de arte admirable que debía haber costado muy caro. Sobre la izquierda, enfrente de la ventana, una virgen de Lourdes, de plata, reposaba sobre una repisa. Bajo el crucifijo ardía perpetuamente una lámpara cuyo aceite, cuidadosamente vertido todos los días por la mano de la joven esparcía un perfume penetrante en la capilla. En contorno estaban colocados reclinatorios esperando a los fieles. Había ocho, tanto para los patrones, como para los criados. Delante de ellos aparecía un noveno reclinatorio cubierto por una especie de funda de crespón, que oprimía el corazón a primera vista para reconfortarlo enseguida. Porque era fácil ver que estaba allí esperando a alguien y sus revestidas negras decían todo un poema. El recuerdo lo conservaba; el piadoso apego de la novia inconsolable había lo colocado allí con una intención dulce, designándole una cita al ausente para que se uniera en las plegarias, complaciéndose en ese sueño hermoso de las almas creyentes, que el muerto venía todas las tardes a arrodillarse en medio de los que lo amaban y mezclaba sus invocaciones a las de ellos.

No era que el gusto por todas las cosas del arte se hubiese apagado en las preferencias de Dionisia, lejos de eso. ¿No había ella dado la prueba en la elección que había hecho de efigies preciosas colocadas por ella en el marco suntuoso de su oratorio? Algunas veces, con la pálida sonrisa que en lo sucesivo, se uniría a la tristeza velada de su mirada, decía:

-Roberto no me ha dejado sino a Dios para consolarme. Al abandonarme él, me ha obligado a comprender mejor y a amar mejor a Dios. ¡Nada es demasiado lindo para Dios!

Antes de entrar en la capilla como si fuese una antecámara lujosa, la joven había conservado su antigua salita. Era allí donde se refugiaba antes o después de sus frecuentes estaciones al pie del crucifijo, en horas en que quería bajo la mirada del Salvador abandonarse a pensamientos más profanos, sin duda, pero más personales, de su amor siempre vivo. Porque la muerte de Roberto no había muerto el corazón de Dionisia. Es este el feliz privilegio de aquellos que creen que tienen algo más que la inmortalidad: tienen el sentido, casi la percepción directa.

En ninguna parte encontraba la joven goces más puros.

Allí, en efecto, en esa contemplación invariable, nada terrestre venía a alterar la limpidez de su cariño. Aquel a quien amaba no era más que un alma, y a esa alma Dionisia entregaba todos los días la suya.

Podía, como en otro tiempo, cambiar su pensamiento con el ausente, mejor aun que en otro tiempo, porque entonces el pudor femenino, la natural reserva, le hacían que permaneciesen secretas ciertas partes de su corazón.

Hoy en día se sentía penetrada, comprendida, leída enteramente por la mirada del muerto adorado. ¿Qué no puede la ilusión consoladora de los amores santos que sobreviven en Dios, a la espera de encuentros eternos? A veces Dionisia perdía la noción, hasta la sensación del mundo exterior. Adivinaba cerca de ella una presencia

querida. No era ella sola la que hablaba: alguien contestaba al fervor de sus recuerdos, mecía sus quimeras y sonreía a sus expansiones.

Ella lo conocía muy bien o mejor dicho, lo reconocía.

Y cuando abandonaba ese sitio donde para ella las horas se deslizaban dulcemente embalsamadas con místicos perfumes, la fisonomía que presentaba a aquellos que respetaban piadosamente su culto de ternura, era radiante de no sé que resplandor sobrenatural.

Tal era la vida de Dionisia en Niza, y muchos amigos la encontraban inexplicable, extravagante. Hasta una dama, una gran mundana, de las que creen que la risa es indispensable hasta el día en que la caída del cabello y de los dientes, las arrugas de las mejillas y de la frente, la imposición de la peluca y de la dentadura, de los afeites y de la velutina, vienen bruscamente a notificarles que la risa ha concluido, porque la risa no es más que una mueca, una de esas criaturas indefinibles cuyo hábito de lenguaje les hace creer en los cumplimientos triviales a su belleza, se propuso morigerar a «la pequeña», como decía con desenvoltura y le reprochaba esa fidelidad digna de un curso de moral practica.

En otros tiempos ya lejanos, ella había conocido al señor Amart cuando frisaba en los treinta, es decir, en los bellos días de las solemnidades imperiales. El tesorero, pagador general del departamento nuevo de los Alpes Marítimos, había recibido frecuentemente esa conquistadora en los bailes renombrados de la residencia. Y como la señora Amart, dulce y cariñosa, había sido indulgente con las extravagancias de esa aturdida, ésta había creído poder apropiarse los derechos que da la amistad.

El señor Amart debía a la más exquisita educación la tradición del respeto hacia las mujeres. El no acogía las reflexiones ridículas de la dama sino con esa plácida sonrisa del hombre bien educado que no toma en cuenta las conversaciones de una mujer tonta y parlanchina, pero que la deja charlar todo lo que quiera, sólo por cortesía.

Dionisia no tenía las mismas razones para mostrarse tolerante.

A la primera demostración sería que le hizo la predicadora, convertida, de moral mundana, la joven se acordó de que la amable persona tenía un hijo casadero.

-Señora, -replicó con una dureza de tono que n le era habitual pero que afectaba divinamente, -no ignoro que para muchas personas toda la política consiste en la práctica del cambio; pero cada cual obra a su gusto. Yo tengo por divisa la de la hiedra: «Donde me adhiero, muero»

La respuesta podía aplicarse tan bien a las mejillas esmaltadas de la ex bella que, de un golpe, rompió la máscara, y a través de sus grietas reveláronse una fisonomía y un alma horrorosas y sórdidas. Dionisia no hizo más que reír; practicaba más bien la indiferencia que el desdén.

La infame mujer se fue a charlar a los salones donde aun la recibían. Los salones de Niza son un poco... cosmopolitas y de ello resulta que las lenguas peores son aquellas que se comprenden mejor. La señora de Bay, (ese era el nombre de esa persona), obtuvo un éxito pasajero, que finalmente se volvió contra ella desde que sus calumnias hubieron cesado de agradar.

Todo esto no impidió ni poco ni mucho a Dionisia seguir el camino recto que tenía delante de ella de desatender más y más un mundo que aprendió a conocer mejor a medida que más huía de él.

Y asimismo, ella llegó a ese grado de desdén tranquilo hacia las mentiras en el seno de las cuales había por tanto tiempo vivido, que no podía comprender cómo había podido tardar tanto en conocerlas. Se preguntaba con la mejor buena fe si era ella realmente la misma, si su visual no había cambiado de intensidad, si era posible que le hubiera gustado vivir en ese centro de puerilidades más ó menos sentimentales que encubrían abominables ardides y abismos de perversidad.

¡Cosa más sorprendente aun! Por grande que fuese la amargura de su pena, podía creer que había alcanzado esa paz profunda que dan los sentimientos religiosos unidos a las convicciones sólidas y a las meditaciones tranquilas.

Por la primera vez, ella afrontó, sin turbarse, la perspectiva de pasar todo el invierno en Niza, a fin de evitar a su padre la fatiga, siempre considerable para un anciano, de viajes inútiles y contrarios a sus gustos. Se tachó de egoísta y razonó tan bien que la venida del Carnaval y sus fiestas no la espantaban ya. Se sentía bastante fuerte para afrontar, desde el fondo de su retiro, los alegres tumultos de la multitud, los festejos populares y, lo peor de todo, el rumor de las diversiones mundanas.

Pero ahora en esa alma que se creía asegurada en el reposo, nació un terror nuevo, que poco a poco se volvió obsesión, luego sufrimiento.

Dionisia se reprochaba el haberse vuelto indiferente en su calma.

Se preguntaba: con amargura si a pesar suyo la acción lenitiva del tiempo realmente iba cicatrizando su herida, tuvo miedo de ser menos sensible al recuerdo del querido desaparecido, temblaba al pensar que tal vez llegaría un día en que no amaría ya la memoria de Roberto de Prébanec.

El vacío inmenso que descubrió en su corazón al examinarse, fue la mejor contestación a ese terror debido al escrúpulo.

¡No! el muerto al partir había dejado en ella un sitio que ya nada podría llenar. Si las lágrimas se habían endulzado, si podía con serena melancolía acordarse de las escasas y cortas horas de felicidad, ello no probaba que hubiese perdido la facultad de amar, pero sí solamente que había recibido el consuelo que da la certidumbre de la inmortalidad, la esperanza de un encuentro seguro en una región superior donde las lágrimas no existen donde el pensamiento mismo de la separación sería un contrasentido.

Al examinarse más a fondo, con una idea más neta, más exacta de su estado Psicológico, advirtió que su resignación nacida de la esperanza, no era debida tan sólo a la ciencia de un más allá de la vida. Mezclábanse muchos consuelos que hubiese podido llamar terrestres, pues la parte que tomaba la esperanza indefinida de encontrarse con Roberto era, en efecto, un sentimiento sin límites precisos en el cual

ella no osaba desembrollar ese fondo de ilusión inherente a la naturaleza humana que no creo ninguna desgracia irreparable, en tanto que la terrible confirmación de la muerte de los seres queridos no haya quebrado de un solo golpe los lazos mismos de la credulidad.

Y he aquí que Dionisia se sentía invadida por un espanto y una alegría mezclados en dosis iguales; espanto, porque creía ser víctima de una perturbación mental; alegría, porque veía renacer en su corazón, después de dos años, esa ilusión inverosímil de una duda respecto a la muerte de Roberto.

Sí; así era. Dionisia no osaba confesarlo a los que se le acercaban, ni siquiera a su padre; un invencible deseo de unirse a la vida la hacía imaginarse a pesar suyo, que una especie de milagro se llevaría a cabo, que cual un nuevo Lázaro, el adorado muerto rompería la lápida de su sepulcro ó la tierra cubierta de césped de su fosa, si sus restos reposaban en tierra cristiana; que su cadáver, reanimado como en las fantásticas leyendas de las orillas del Rhin, surgiría de un lejano barranco, de un campo cubierto de verde hierba, y se presentaría ante ella para decirle:

-Dionisia, Dios se ha compadecido de nuestro amor, de nuestros largos y crueles momentos de desesperación, me ha devuelto a la vida terrestre para permitirme saborear una felicidad que tú me habías prometido; la duración asignada a mi residencia terrestre no será larga. Volvamos a llenar de embriaguez la copa que nos tienden y juntos posemos en ella nuestros labios.

Y entonces temblaba; creía volverse loca, sintiendo el vértigo de esa alucinación.

Se refugiaba entonces en el silencio de su oratorio, y aturdida, abismada en su angustia, dirigía llorando al cielo una plegarla jadeante.

-Santa Madre de Dios, te suplico de rodillas que apartes de mí esta tentación horrible. Haz que no dude más de mi razón. ¿Por qué, después de transcurrido tanto tiempo, soy el juguete de confusión semejante? Los que duermen su último sueño bajo la cruz, en cualquier

sitio que sea, no se alzan más de su fúnebre, lecho y es ofender a Dios desear un milagro inútil.

Así sollozaba ante la santa imagen bajo el dulce y suave resplandor de la lámpara del santuario. Pero la plegaria, con la crueldad de la prueba, no alejaba la tentación, no hacía cesar el vértigo. Todo lo contrario. Parecía a Dionisia, que después de cada súplica, después, de cada grito de angustia ardiente, apremiante, salía de la capilla más acompañada, como si Dios se hiciese cómplice de la misteriosa fascinación de su pensamiento.

Un día la obsesión tomó un carácter particularmente extraño.

Declinaba el día, un día de Enero tan claro, tan luminoso, tan amoroso como un crepúsculo primaveral. Un postrer rayo de sol tras pasando las cortinas con su flecha de oro, llenó de alegría el pequeño oratorio. El crucifijo de marfil, la virgen de plata, devolvían el resplandor de esa llama. Los clavos dorados de los reclinatorios, el lustre tornasolado de los terciopelos y de las felpas, retenían el reflejo. Se sentía como una efusión de vida, como un estremecimiento de promesa en ese recinto de la oración. Al penetrar en él, Dionisia quedó impresionada, deslumbrada. Arrodillóse para rezar; la oración no quiso venir.

Más bien fue un verdadero canto de alegría que se elevó, sin palabras, de todo su ser dilatado, bendiciendo al Dios que crea, que rejuvenece, que renueva, que resucita. Extrañas reminiscencias hicieron la luz en el cerebro de la joven; a su memoria vino uno de los más lindos versos de Lamartine:

«¡El que puede crear, desdeña destruir!»

Perdida, desconfiando de sí misma, juzgando profanas todas esas reminiscencias que la embargaban, todos esos estremecimientos que la reanimaban, tomó por casualidad un libro religioso de sobre un banco.

Era la «Imitación de Cristo». Lo abrió y leyó:

-«¿Por qué llamas tú muertos a los que viven?»

El libro se le cayó de las manos, sintió un violento estremecimiento; su cabeza vaciló y sus labios se agitaron convulsivamente.

¿Por qué se había abierto el libro santo en esa página? ¿Por qué la primera línea que encontraron sus ojos, había tenido esa extraordinaria correspondencia con su preocupación del momento? Se dice que no existen las casualidades. Todo está ordenado de antemano por una orden de la Sabiduría Eterna. Si no había en ese suceso perturbador una coincidencia permitida por Dios, ¿no era un ser maléfico, un demonio especial que jugaba con el espíritu de la pobre niña infligiéndole esa forma de prueba?

Por suerte esos pensamientos no fueron de larga duración.

La embriaguez de ese poniente de efecto mágico apoderóse de nuevo de la joven.

El abandono de un minuto se transformó en un éxtasis encantado.

Y entonces, así, siguiendo el pensamiento su curso, su idea fija tal vez, dejó vagar su mirada sobre los objetos diversos que decoraban el oratorio. Después de haberse posado respetuosamente ante el Cristo y la Madona, los ojos de la señorita Amart volviéronse al altar, a la lámpara de cristal rojo de Bohemia contenida en un florero de oro, a la repisa de la estatua, a las colgaduras, a las tapicerías, a los asientos.

De súbito Dionisia irguióse rígida y sumamente pálida.

¿Qué era lo que la había hecho palidecer?

En esa exuberancia de luz consoladora, sólo el reclinatorio reservado para el ausente, el reclinatorio del «muerto», era un lunar. Destacaba su lúgubre tristeza envuelto en gasa negra en medio de esa claridad deslumbradora.

Parecióle a Dionisia que lo veía allí por la primera vez. La impresión que recibió fue extraña y espantosa.

¿Por qué le pareció siniestra aquella silla? ¿Qué significaba ese crespón que la envolvía? ¿Se lloraba entonces a alguien en esa casa?

¿Podía uno llorar sin que nada hablase a la muerte, entretanto que todo lo contrario hacía estallar la vida alrededor, en tanto que se alzaba un canto mudo al que la fuerza de la materia misma prestaba sus acordes, bajo el contacto de ese rayo de sol que se extendía en una aureola de gloria?

Entonces, sin reflexionar, bajo el impulso de un sentimiento inexplicable, la joven dirigióse hacia el reclinatorio. Con rapidez, sus manos febriles arrancaron el hilo de las costuras y la funda negra, violentamente apartada, devolvió a la luz del día la silla. Era la más linda de todas. Su ropaje negro la había preservado del polvo. Ninguna rodilla había chafado el terciopelo destinado a las oraciones. Y a medida que la sombría colgadura desaparecía, toda esa hermosura del pequeño mueble apareció destacándose como se destacan las líneas y los contornos de los objetos en la luz progresiva del alba.

Pasó ese hecho tan natural que el rayo de sol, después de haber iluminado todo el resto, por una especie de coquetería postrera, vino a enrollarse a la madera del reclinatorio que diseñó, que esculpió de todos modos tan bien que el mueble resplandeció como nuevo al abandonar su luto de dos años.

Y Dionisia, con los ojos llenos de lágrimas, el espíritu y el corazón embargados por una exaltación desconocida, inexplicable, alzó de pronto ambas manos hacia la Virgen que la dominaba, y arrodillada al lado de la silla que acababa de despojar de los atributos de la muerte, dijo en alta voz esta plegaria en acción de gracias:

-¡Bendita seas, oh, madre mía, por el milagro que me presagias!

IV

La noche de ese mismo día él, correo trajo una sorpresa. Era una carta de Marsella trazada en letra indecisa y temblorosa que delataba una mano avejentada o fatigada.

Estaba dirigida a la señorita Amart, Niza. Después de las primeras palabras, la joven lanzó un grito.

La autora de la carta, a la que había puesto al pie su firma, era la hermana María Teresa de las Hijas de San Vicente de Paúl, la misina que tres años antes había recibo del señor Amart, en el cementerio de Cimiès, los mil francos necesarios para la educación de los dos pequeños huermanitos, Lorenzo y Reparata.

Desde esa fecha, el padre y la hija, abismados en su dolor, no volvieron a ver ni a los niños ni a la santa mujer que los había recogido. Esto no había impedido al señor Amart enviar con regularidad todos los años la suma prometida. Pero, tanto para él como para Dionisia, la vista de los huermanitos hubiese sido una causa de dolor demasiado viva. No habían, pues osado volver a verlos.

Ahora, he aquí que la hermana María Teresa se adelantaba y escribía la primera. Estaba en

Marsella en una casa de su Orden retenida por las consecuencias de una enfermedad contraída en Tonkin, y que había motivado su repatriación.

Comunicaba a sus amigos de Niza que había partido para el Extremo Oriente menos de seis meses después del encuentro providencial del cementerio. No había podido resistir la nostalgia del hospital, pues era allí, en medio de los heridos y enfermos, la mejor en su papel.

Una hermana más joven había quedado al cuidado de los dos niños.

La misiva terminaba con estas palabras:

-Querida señorita, quisiera volver a veros, pues no soy ya sino una inválida. La vejez, agravada por mi última enfermedad, me ha dado

días muy precarios y que creo contados. Me inclino ante la voluntad de Dios, pero no pudiendo ir a Niza, os ruego vengáis a Marsella.

«No he cesado de pedir a Dios que me concediese de pagaros yo misma, a *ambos*, el bien que habéis derramado sobre los pequeños abandonados. Creo que Dios me ha concedido esta gracia, y por este motivo os suplico apurar vuestra visita»

El señor Amart, después de su hija, habíase enterado de la carta.

Él también sintió sus ojos velados por las lágrimas. -¡Voto, á!... -exclamó, -partiremos mañana por el primer tren ¿no es cierto, hija mía? Si alguien merece ser venerado, es esta santa.

-¡Oh! sí, papá -exclamó la joven abrazando al anciano.

Ese ¡oh sí! fue pronunciado de un modo tal, que el señor Amart quedó sorprendido. Se volvió bruscamente y escudriñó a su hija con curiosidad.

Desde que la desgracia se había cernido sobre la casa, desde que Dionisia había vestido el luto de su amor, jamás hasta entonces le había visto esa expresión alegre, esa fisonomía regularmente reveladora de una felicidad íntima é inexplicable.

-¿Y? -preguntó, en tanto que sus ojos traicionaban su estupor.

Dionisia se echó a reír y lo abrazó de nuevo y con más fuerza.

-Papá ¿estás sorprendido, no es cierto, de mi cambio de ánimo y pronto a preguntarme el motivo? Y bien; no me lo preguntes, te lo suplico, porque no podría contestarte. Yo misma no me lo explico. Todo lo que puedo decir, es que he experimentado esta tarde una alegría rara, sin motivo, como también sin anuncio, ella casi me ha asustado y en este momento, después de haber leído esta carta, la siento redoblar siempre, sin que pueda adivinar la causa.

Sea dicho de paso que esta era una de esas explicaciones que complican el problema en lugar de resolverlo.

Pero el señor Amart era hombre de un espíritu demasiado fino, demasiado superior, para tratar de resolver lo que se le presentaba. Una vez todavía, aunque con menos irresolución dejó al tiempo y a los acontecimientos el cuidado de aclarar este enigma.

Así, al día siguiente a primera hora, como habían convenido, el padre y la hija tomaron el tren para Marsella.

La casa de retiro de las religiosas de San Vicente de Paúl estaba situada en una especie de callejuela deliciosamente hundida y perdida entre los árboles del Prado. Despojados de sus hojas, en esta época del año, estos árboles formaban como una avenida en los contornos del edificio.

Para llegar hasta él, se caminaba sobre una alfombra de hojas de plátanos, amarillas y crujientes, que formaban un tapiz bajo los pies que amortiguaban las pisadas y esto las hacía mas suaves.

En el fondo del callejón alzabase una portada de hierro. Los visitantes entraban por una pequeña puertecita. Esta entrada no tenía el aire de mística prudencia que caracteriza en general los conventos. Las Hermanas de la Caridad son las hermanas de los enfermos y de los pobres. Es preciso pues, que a toda hora, pobres y enfermos puedan recurrir a ellas sin hacer antecámara.

Y luego, en esta Orden admirable, jóvenes y viejas conocen la vida, la verdadera vida, la que padece o gime, que grita ó llora, que murmura o que blasfema, más aun, que no ríe ni canta, que no reza ni contempla. Acostumbradas a las miserias y a los sufrimientos de la condición humana, no se espantan de lo que podría alarmar a las conciencias más timoratas, al pudor que ignora la realidad.

De esto tal vez les viene esa inefable mansedumbre que puede leerse en sus facciones, siempre de una belleza serena. ¡Oh! ¡las buenas, las queridas enfermeras, las dulces consoladoras lo mismo a través de las rudezas de su frecuentación militar, las alegres compañeras que hacen sonreír a los moribundos sobre sus lechos de agonía y ríen a los heridos en el momento mismo en que la sierra del cirujano acaba de tronchar un hueso o amputar un miembro! ¡Oh! ¡el claro resplandor de luz que arroja sobre los pacientes doloridos esa cofia de alas blancas, atravesando por la noche a la claridad de lúgubres lámparas, las largas salas de hospital con sus triples hileras de cortinas cerradas!

Una vez franqueada la puertita, se encuentra uno en un gran patio de arena en cuyo extremo se alza el cuerpo principal del edificio. a derecha é izquierda los árboles recomenzaban extendiendo sus ramas sobre avenidas que serpenteaban entre arbustos de toda especie. En verano aquello debía ser un paraíso, y la paz profunda que envolvía esta mansión de santas, daba un goce anticipado de las alegrías celestes que forman todo el objeto de sus votos.

La vieja portera, una conversa encorvada por los años, preguntó con voz cascada, al señor Amart y a Dionisia el motivo de su visita.

Éstos por toda, contestación mostráronle la carta de la hermana María Teresa.

Este nombre era la llave que abría todo lo que hubiese podido permanecer aún cerrado, no solamente las puertas de la casa sino también el corazón de la portera, la que corrió para decir:

—¡Ah! mi hermana María Teresa no es tan vieja como yo, pero tan poco es muy joven. Le vais a dar un gran placer.

Y precediendo a los visitantes, trepó los cuatro escalones de la gradería, empujó una puerta de cristales siempre abierta, —tan es cierto que las hermanas de caridad viven en el seno de nuestras ciudades, en medio de los pobres, en familia, sin cuidarse, sin tener necesidad de tomar precauciones, —y entregó a Dionisia y al señor Amart a una hermana jovencita que les renovó la pregunta.

Era casi una niña su cara aristocrática de líneas finas y armoniosas, hacía la impresión de alguna visión seráfica encarnada en un habitante de la tierra. No era una resignada ó una desencantada, de seguro; no había llevado a Dios un corazón herido ya, sangrando tal vez de una llaga terrenal. No, ésta había pertenecido siempre al Maestro, no había vivido sino en el Cielo en compañía de los ángeles, y la sola pena de su demasiado joven existencia la debería haber sentido el día en que un padre desolado, una madre deshecha en lágrimas, tal vez hermanos y hermanas más jóvenes, la habían estrechado en el momento supremo del último beso y del último adiós, cuando, atavia-

da con el vestido nupcial, no había llevado aún al Esposo eterno la ofrenda de su cabellera.

La pequeña hermana ruborizóse al introducir al señor y la señorita Amart, como si se hubiese encontrado con alguna reminiscencia tentadora de ese mundo que había abandonado para entregarse a la vida de las santas.

Pero pronto, volviendo en sí, con exquisita gracia, a los modales de otros tiempos, siempre vivaces de una educación no olvidada, añadió:

-Si deseáis seguirme, os conduciré al lado de mi hermana María Teresa.

Avanzaron por un largo corredor entre muros blanqueados con cal, perforados por puertas pintadas de gris, al extremo del cual se veía una escalera en espiral que conducía al primer piso.

Á medida que Dionisia y su padre se internaban en el asilo, el recogimiento los embargaba más y más. Los impregnaba a manera de un fresco y dulce rocío que se hubiese desprendido de las murallas y llenara toda la morada librada al silencio, y se sorprendieron al considerar el ruido de sus pasos sobre el suelo como una profanación al reposo de ese sitio.

Acá y allá, en la penumbra del pasillo, alumbrado simplemente por las impostas de vidrio, aparecían imágenes piadosas, estatuitas de yeso blanco o de color representando tal ó cual bienaventurado honrado en particular por tal ó cuál religiosa.

En el centro de la escalera, cuyo nicho tenía una lámpara de adoración perpetua, alzábase una estatua del Sagrado Corazón. Más alto, en un nicho, estaba la Virgen celeste y blanca de Lourdes, más arriba aun un San José llevando al niño Jesús en su brazo izquierdo y un lirio en su mano derecha.

Subieron dos pisos. El segundo estaba provisto de un corredor más espacioso que el primero y el piso bajo, y este corredor mismo se desprendía de una especie de plazoleta reservada en su centro. En el centro de esta plazoleta rodeada por una balaustrada de hierro, elevá-

base la imagen tradicional del glorioso fundador, de ese incomparable San Vicente de Paúl, protector de todas las miserias, amigo de todos los desheredados. La hermana, al pasar por delante de la estatua, arrodillóse y pronunció una corta plegaria. Esto debía ser un reglamento de la casa.

Luego, dirigióse hasta el extremo del pasillo y abrió una puerta que daba acceso a una gran pieza amueblada con una mesa de madera blanca, cubierta con una carpetita de reps verde y de veinticinco sillas de guindo barnizado. Sobre una chimenea, cuyo hogar estaba tan bien tendido, como si jamás se prendiese fuego, otra Virgen la que más se venera, con las manos extendidas que derraman gracias, erguía en sus vestiduras de yeso inmaculado. De los muros pendían cuadros piadosos, cromos y acuarelas de Epiral representando santos y santas. En fin, sobre la testera central, en frente de la chimenea, una docena de retratos de «Madres» que habían sucesivamente gobernado la casa, resumían su historia.

Por todas partes, entre los cuadros, la pared se mostraba blanca, sin tapicerías, apenas separada del techo y del piso por un listón de madera negra.

Era el locutorio, el «salón» de todas esas esposas de Dios, que habían apartado de su vida el lujo y el confort de las más sencillas existencias.

-Tened la bondad de sentaros -dijo ella indicando dos sillas a los visitantes. -Nuestra querida hermana está tan enferma, que necesita mucho tiempo para venir.

-Pero, hermana -protestó el señor Amart, no queremos ser un motivo de fatiga para vuestra querida enferma. Volveremos si es necesario.

La pequeña hermana dio las gracias y sonrió.

-¡Oh, no! -dijo, -mi hermana no me perdonaría jamás que os hubiese dejado partir antes de haberos visto. Tened la bondad de excusarme por un instante, voy a prevenirla y vuelvo.

Saludó y salió.

Una vez solos el señor Amart y su hija se miraron. Dionisia estaba conmovida hasta verter lágrimas.

-¡Oh, papá! -preguntó ella -¿te has fijado bien en esa hermana?

-Seguramente -contestó el anciano.

-Es tan bonita y tan encantadora...

-Sí, y lo que es mejor, lo que produce una impresión indecible, es que es tan angelical, me parecía que iba a volar de pronto.

Pasearon la vista a su alrededor.

-¡Dios mío! -exclamó Dionisia, -¡que sencillez!

-Quieres decir ¡qué pobreza!, mi hijita. ¡Verdaderamente el voto es observado con toda rigurosidad, y quedo estupefacto al pensar que criaturas humanas, mujeres sobre todo, puedan vivir en el seno de semejante desnudez!

-¡Silencio, papá! -dijo Dionisia poniendo un dedo sobre sus labios, -vas a despertar en mí escrúpulos; me vas a hacer avergonzar del lujo de mi capilla.

Y añadió suspirando:

-¡Creía, sin embargo, que no había nada demasiado lindo para Dios!

Y tienes razón -volvió a decir el señor Amart, -la mejor prueba que te puedo dar de ello, será pedir permiso ahora mismo, para visitar la capilla de estas hermanas. Verás cómo en sus relaciones con Nuestro Señor, estas queridas despojadas son igualmente modestas y renunciadoras de la riqueza.

Él se apoyó en el marco de la ventana que estaba abierta, pues la temperatura era extraordinariamente suave.

Un golpe de vista maravilloso le estaba reservado.

Todo alrededor de la casa, los árboles se amontonaban sobre una extensión de dos a cuatro hectáreas de parque. El Prado, del otro lado de la pared divisoria, desplegaba su cinta blanca, y en el horizonte sur, el mar azul brillaba bajo el sol, en tanto que en el horizonte noroeste, sobre su colina de calizo, Nuestra Señora de la Guardia retenía la luz en los pliegues de su vestidura de oro.

-En verdad -dijo el anciano con entusiasmo, el lugar de retiro está bien elegido. ¡Ni un rumor de la tierra, y el infinito siempre presente!

No pudo prolongar sus reflexiones.

No se había oído ruido alguno de pasos sobre el piso del corredor, y, sin embargo, la puerta se abrió y la joven hermana volvió a entrar.

-Señor y señorita -dijo, -nuestra hermana María Teresa no puede venir hasta aquí, pero, si consentís hacer un paseíto más, podéis verla en su celda donde os espera.

Dionisia ya se había levantado pronta a seguirla.

Recorrieron de nuevo el corredor, volvieron a descender las escaleras, después la gradería. Siguieron por una de las avenidas laterales del jardín, que conducía a la capilla.

Arrimado a la capilla había un segundo cuerpo de edificio. Era la enfermería de la casa de reclusión.

Aquí reinaba un poco más de bienestar. Las hermanas probablemente habían pensado, por el consejo de los médicos, y, la autorización de su superior espiritual, que deben acordarse a los enfermos algunas comodidades. Los cuidados bien entendidos exigen ciertas atenciones, esas satisfacciones a los pequeños caprichos, y el régimen de la mortificación se endulzaba de derecho para aquellas a quienes la prueba física hubiera ya debilitado según las leyes de la naturaleza.

Esta vez no tuvieron que esperar.

La celda de la hermana María Teresa estaba entreabierta.

Desde el umbral, Dionisia lanzó un grito.

-¡Mi hermana, mi buena hermana!

Y vino a caer de rodillas a la cabecera de la rústica camita de hierro, sobre la cual estaba tendida, completamente vestida, pero descansando por razón de su estado sobre un colchón y un jergón, la santa criatura cuya vida entera había sido dedicada al servicio de Dios y, a calmar el sufrimiento del prójimo.

Estaba muy enferma. Sus mejillas secas, su boca hundida, sus ojos cavernosos, revelaban que la obra destructora se llevaba a cabo con espantosa prontitud. Sólo en el fondo de sus pupilas aun brillantes, y

sobre sus labios descoloridos, vagaba una hermosa sonrisa de resignación y de esperanza.

Y como Dionisia, muy conmovida, besara piadosamente la mano descarnada que estaba tendida hacia ella en tanto que el señor Amart se inclinaba respetuosamente a la extremidad del lecho, la moribunda dijo con voz silbante y cavernosa:

-Habéis hecho bien de venir hoy, hija mía: mañana hubiese sido tal vez demasiado tarde porque las fuerzas me abandonarán rápidamente.

Cayó sin aliento sobre las almohadas, como agotada por el esfuerzo que acababa de hacer.

Por un instante, sus párpados se cerraron. Por costumbre, juntó las manos. Luego, llamando en su ayuda a su joven compañera, dijo:

-Hermana mía, ¿queréis tener la bondad de soliviarme un poco?

-Permítame hacerme cargo de eso -interrumpió el señor Amart.

Piadosamente, con infinitas precauciones, tomó entre sus brazos, aun robustos, la almohada y el busto de la enferma, y la puso de espaldas contra la cabecera de hierro del pequeño lecho.

Una pálida sonrisa vino a jugar sobre los labios de la enferma.

-¡Estoy mejor así! ¡Ali, señor, qué buen enfermero hubiese sido!

Luego volvió a fijarse en Dionisia, siempre arrodillada y de cuyas pestañas pendían aún lágrimas, prontas a seguir a las que brillaban sobre sus mejillas.

-No lloréis, hija mía. Me voy por mi voluntad, ó más bien por la voluntad de Dios. He vivido bastante. Él me ha acordado sus bendiciones y siempre he sentido su presencia a mi lado. Tengo, sobre todo, que agradecerle el haberme permitido cumplir mi deseo.

La señorita Amart la escuchaba religiosamente, sintiendo que invadía su corazón y su cabeza como una certidumbre de que la palabra de la moribunda le devolvería su felicidad perdida.

-Sentáos -dijo aún la enferma-Tal vez tomaré mucho tiempo para hablaros.

Dionisia fuç a tomar al pie del lecho un escabel de madera, que servía de asiento y de reclinatorio.

-¿Os acordáis -empezó a decir la hermana María Teresa, -de esa mañana de Cuaresma en que os encontró en compañía, del señor Amart en el cementerio de Cimiès? Había ido conduciendo dos huerfanitos que acompañaban a su madre a la última morada.

-No hablemos más de eso, mi hermana -interrumpió dulcemente el anciano. -Dios me ha suministrado la ocasión de hacer un poco de bien. ¡Loado sea su santo nombre!

-Por el contrario, señor, hablemos de ello. Modesto como verdadero cristiano, os apresuráis a olvidar los beneficios que siembra vuestra mano. Yo pedí en ese momento al Divino Maestro me concediera servir de intermediaria a su gracia, el día que ella os centuplicara la acción generosa que vos hacíais. Dios me ha escuchado.

El padre y la hija guardaron silencio.

Una misma angustia los oprimía. Por la segunda vez, la religiosa volvió a hablar de esa declaración contenida en su carta. ¿Qué les iba a revelar?

-No estábais solos -prosiguió la moribunda. a vuestro lado estaban dos jóvenes, dos hermanas, el uno oficial de marina, el otro aun un colegial; y mi reconocimiento los unía a vosotros en mi deseo, pues ellos habían tenido, se puede decir, la iniciativa de la generosidad de la que vosotros fuisteis los ejecutores.

Dionisia habíase cubierto la cara con las manos. Sollozaba.

-Ellos tuvieron, en efecto, la iniciativa -dijo gravemente el señor Amart.

La hermana respondió después de tomar aliento.

-No debía saber sino mucho después, hija querida, vuestro compromiso con el noble y desgraciado joven que había admirado aquel día. Y es así, que por su voluntad, Dios ha querido dar a mi cuádruple agradecimiento una sola y misma satisfacción, y es por esta satisfacción por lo que os he rogado que viniéseis.

Entretanto, los dos interesados estaban jadeantes. Esa mujer que volvía de tan lejos, esa santa que la voluntad de un ser Supremo hacía volver a su patria para morir en ella ¿era una mensajera de tristeza ó de consuelo?

Que había visto a Roberto allá, en el Tonkín, era manifiesto. Ella debía haber recogido su último suspiro y era el adiós supremo del muerto lo que traía a los vivos.

La enferma descansó algunos minutos reconcentrada en sí misma, como si quisiese reunir sus recuerdos.

Luego, reabriendo los ojos, siguió su narración.

-Hace más ó menos diez meses, el señor obispo nos eligió a dos hermanas para seguir una columna expedicionaria que remontaba el río Rojo. La ausencia de todo medio de comunicación, la necesidad de encontrar un albergue bastante grande para los heridos y los enfermos que vendrían, nos obligó a detenernos a corta distancia de Lao-Kaï.

Habríamos estado allí como cuatro ó cinco días, cuando una noche, más o menos a las diez, cuando ya nos habíamos acostado, no teniendo aún soldados para cuidar, golpearon casi violentamente nuestra puerta.

Yo fui la primera en oír. Pregunté sin separar la estera que cerraba la ventana, quién era y qué quería de nosotras.

Una voz, de la cual conservo aún el timbre en mis oídos, me respondió:

-¡Abrid, abrid, por amor de Dios!

Era un francés. Abrí.

Lo que vi entonces, no lo podré contar sino muy mal.

Sobre el umbral de la puerta estaban dos hombres, uno llevando al otro sobre sus espaldas. ¡En qué estado, gran Dios! Medio desnudos, pues no estaban vestidos sino de andrajos ensangrentados; lívidos, la barba crecida, los cabellos largos, tenían el aspecto de salvajes. Pero al momento vi quienes eran.

Apenas hubieron entrado, el que llevaba a su compañero, lo acostó sobre una estera que cubría el suelo; él mismo se rindió desvanecido

entre los brazos de nuestra hermana, que había venido enseguida a prestarme ayuda.

¡Pobres criaturas! Estaban extenuados. Lo menos tenían una docena de heridas por todo el cuerpo y cayeron completamente inanimados. Hubo que acostarlos. Eran los primeros que nos enviaba la Providencia. Ella prosiguió y cumplió su obra. Nosotras no hicimos más que cuidarlos.

Dionisia lanzó un grito. Pálida, el pecho agitado, tomó las manos de la vieja religiosa y las oprimió con ardiente impaciencia.

-¿Y esos dos hombres, hermana, esos dos, murieron ó viven?..

Volvióse la enferma hacia la joven. Leyó en sus ojos una angustia tan punzante, vio aparecer tantas gotas de sudor en la frente del padre, que se apresuró a poner término a su incertidumbre.

-Esos dos hombres vencieron, hija mía. Viven todavía. Prisioneros durante diez y ocho meses de los piratas y de los habitantes salvajes de Laos, habíanse fugado por un milagro. El uno, el que había llevado a su compañero durante los últimos kilómetros de camino, es el maestre de cuartel Gavieso Ives Kérilion, el otro, el teniente de navío, Roberto de Prébanec.

Dionisia había adivinado el nombre, no lo había escuchado.

Su cabeza se inclinó hacia atrás y se deslizó entre los brazos de su padre, desatinada de emoción.

-Querida niña –dijo la moribunda, que lloraba, -es por vos por quien Dios ha hecho el milagro. La desgracia os ha dejado vivir, la felicidad no os matará.

Ya Dionisia habíase reanimado, y lanzó esta exclamación.

-¡Vivo, papá! ¡Roberto vive! ¡Oh, Dios es bueno!

V

¡Qué viaje tan extraño fue para la señorita Amart la vuelta de Marsella a Niza!

La sacudida había sido demasiado fuerte para que pudiese recuperar la salud en tan poco tiempo. El espíritu estaba conmovido, el cuerpo había sufrido el resultado de la conmoción del espíritu. De vuelta al hotel donde había parado con su padre, sentíase poseída de una inquietante somnolencia.

Un médico llamado al instante, después de oír el relato y las explicaciones de las causas que habían provocado ese estado comatoso, había tenido que recurrir a revulsivos y al hielo, a fin de conjurar las consecuencias de la congestión cerebral. Dos horas más tarde pudo felizmente tranquilizar por completo al señor Amart. El accidente no debía tener graves consecuencias, y el hombre de ciencia aconsejó al padre afligido que condujera lo más pronto posible a la joven enferma a Niza. El movimiento, el viaje mismo, luego la vuelta a su vida habitual, devolverían a Dionisia el equilibrio de sus funciones.

Sin embargo, prescribió un absoluto reposo de dos días en Marsella.

Asimismo, sólo el cuarto día después de haber el milagro, pudo la joven pensar en la vuelta.

Pero ya había pasado la turbación mental, las brumas, un instante amontonadas sobre esa inteligencia, habíanse disipado. El peligro estaba conjurado, y la encantadora niña, muda por el solo deseo de saborear mejor la posesión de su felicidad, alegraba los ojos de su padre con la caricia de su sonrisa.

Así, en tanto que se encontraba en el coche que la llevaba a Niza, no tuvo ella más que abandonarse a la cadencia y a la trepidación del tren para engolfarse en un ensueño lánguido poblado de quimeras embriagadoras.

¡Él no había muerto! ¡Estaba vivo!

¡Vivo!..

Por un instante, Dionisia había sentido ese atroz sufrimiento de dudar de su razón, creerse en adelante perdida en una locura donde los presentimientos experimentados antes de la partida, allá lejos, en el crepúsculo del santuario en tanto que arrancaba el crespón que velaba el reclinatorio, no eran tal vez sino los amenazadores presentimientos. Esta súbita concepción había estado a punto de convertirse en una siniestra realidad, tanto el miedo de la locura había conducido a la pobre niña a ese extremo parecido a la locura.

Pero, lentamente es verdad, había recobrado el sentido, la visión clara del mundo que la rodeaba. Había visto bien que no era la única perseguida por aquella idea fija. Algunas palabras cambiadas con su padre habíanle probado que el señor Amart participaba de su extravío puesto que, como ella hablaba de esa resurrección prodigiosa, insospechada, imprevista, que acaecía después de dos años de desaparición.

Y ahora, segura de no ser el juguete de una alucinación, se entregó por completo a su felicidad, dejando exhalar por todas las fibras de su ser, el cántico de acción de gracias que vibraba en ella y cuya poesía nacía espontáneamente bajo el choque de cada imagen.

¡Oh, no! ¡Ella no odiaba ya el invierno! ¡No, ella no sentía ya la necesidad de huir de Niza! Podía volver el carnaval, lo recibiría con festejos.

Y todos los recuerdos del pasado breve y dichoso se reanimaron en ella. Hacía revivir todas las fases de su existencia anterior al duelo, las peripecias de ese simulacro de bombardeo por la escuadra, el desembarco, la toma y ocupación de Niza y ante ella bajo sus miradas, a la cabeza de sus marineros inmóviles con las armas descansadas, ese hermoso joven que la había mirado con tanto respeto y ternura a la vez.

El luto mismo había huido, los pájaros tristes, las mariposas negras, habían volado. He aquí que, al mirar su vestido sombrío, Dionisia experimentó como un temblor de horror. ¡Dios mío! ¿es que todo esto ha tenido lugar? ¿Era cierto que había llorado, sufrido? ¿Habían

transcurrido cerca de tres años reuniendo toda esa felicidad y toda esa desesperación?

Cuando volvió a entrar en su casa, su corazón desbordaba de alegría. Corrió a los sitios favoritos; su primera visita fue para el oratorio, y allí, cayendo de rodillas su hermosa frente contra el polvo de la alfombra, desahogó largamente su corazón.

¡Oh, sí, todo había existido, ¡alegrías y dolores! y ella bendecía lo segundo más que lo primero, y por ello estaba agradecida al Salvador y a la Virgen María Dolorosa. Porque, conociendo esos sufrimientos, era que había podido apreciar las alegrías, dominarse, tomar gusto a las primeras, de comprender la inmortalidad del amor, juntando dos almas, a pesar de la muerte, uniéndolas para siempre bajo la vista de Dios. Ella tenía que saborear más inefablemente a esta hora las alegrías del milagro realizado.

Cuando se levantó, sus ojos se fijaron en el reclinatorio, despojado de su crespón y tuvo un placer infantil, sonrió al objeto inerte casi felicitándolo por su aspecto menos triste, demostrándole cuánto le agradaba que hubiese dejado tan fácilmente sus vestiduras negras. El presentimiento había resultado cierto, el rayo del poniente no la había engañado.

De la capilla Dionisia corrió al jardín. Se fue derecho a la glorieta, bajo la cual había alentado, ó más bien ayudado la primera declaración de Roberto, esa declaración que casi habrías hecho sufrir, porque el joven no había dado allí pruebas más que de orgullo. Apoyó sus mejillas en los desnudos troncos de los árboles, quería volver a encontrar en sus ramas sin hojas el perfume de esa primavera lejana.

Luego volvió a la casa donde la esperaba su padre más tranquilo, más dueño de sí mismo.

Ya, con algunas palabras rápidas había contado el prodigio inverosímil, y alrededor de ella se manifestaba sincera ó fingida la alegría.

-¡Ah! -exclamó en el lirismo de su felicidad, -se pueden dejar todas las puertas abiertas. Es preciso que no encuentre una barrera ante él cuando vuelva.

Al instante se puso a dar órdenes a diestra y siniestra.

El señor Amart la contemplaba, y no la censuraba. Esta locura risueña valía más que la otra, aquella que durante dos días, la había amenazado en Marsella.

De pronto, intervino alegremente;

-Dionisia –preguntó –¿no te olvidas de alguna cosa?

Ella abrió tamaños ojos sin comprender.

-¿Qué cosa?

-Vamos, reflexiona bien. Me parece que descuidas un punto... importante.

Ella estaba a cien millas de la pregunta. La felicidad nos hace egoístas, tanto como la desgracia nos vuelve malévolos.

Entonces, acariciando los cabellos de su hija, el señor Amart, dijo:

-¿No te parece que debíamos avisar a Juan y que su sitio está entre nosotros para abrir los brazos a su hermano? Yo lo juzgo así.

-¡Oh! -exclamó Dionisia roja de vergüenza,¿es posible que no haya pensado en ello?

-Felizmente yo lo he pensado en tu lugar, y hace cerca de una hora que telegrafíé yo mismo al superior del Seyne, para que nos enviara al niño por un motivo muy urgente. Por lo demás, le he hecho conocer el motivo en una carta subsiguiente.

La joven se arrojó al cuello de su padre y besándolo repetidas veces:

-¡Cómo piensas tú en todo! -dijo con sinceridad.

Como estaban ya prevenidos, hacían el arreglo de la casa con una vivacidad, una oficiosidad febriles.

Á decir verdad, la hermana María Teresa no había hablado de la fecha del regreso de Roberto. a una pregunta hecha por el señor Amart a este respecto, había ella respondido sencillamente que el joven debería haber abandonado la Indochina cerca de un mes después de su propia partida, porque, atacada de una especie de cólera, la vieja religiosa había dejado a sus compañeras el cuidado y la asistencia de los heridos. Habíanlos enviado a Hanoi, y de allí a Saïgon, donde debían

recibir asistencia más completa. Afirmaba que la permanencia en la capital de la Cochinchina francesa no podía prolongarse.

En la época presente, hacía ya más de tres semanas que la hermana había vuelto a Francia. Añadiendo a esto un mes más, tardanza máxima del viaje, uno podía estar casi seguro de que Roberto y su compañero debían encontrarse al presente, a la entrada del canal de Suez. Eran esos más ó menos los cálculos más probables.

Una sola cosa asombraba al padre y a la hija: la falta de cartas de Roberto.

¿Había vuelto a enfermarse? ¿Qué nueva causa de pena había venido a incorporarse a todas las que hasta entonces habían sufrido? Y el terror de volver a empezar con las alarmas y las penas hizo que la imaginación hallara gran campo de acción en el capítulo de los sucesos.

¡Oh! si tuvieran que volver a estar de duelo, la prueba sería demasiado fuerte. Esta vez la razón, la vida misma de Dionisia, no resistirían el golpe.

Por suerte, la incertidumbre no fue de larga duración. El octavo día después del viaje a Marsella un sobre largo y grande llevando el encabezamiento administrativo de la Colonia, llegó a la casa. La dirección estaba trazada con escritura desigual, temblona, casi la de un principiante, como si las letras fuesen formadas por los dedos fatigados y vacilantes de un enfermo. Estaba dirigida al señor Amart, pero no contenía sino algunas palabras para éste, un grito del corazón, un testimonio de cariño sincero. El resto, dos páginas penosamente llenas, era dedicado a Dionisia.

Roberto se explayaba en su fervor amoroso, mezclado con agradecimientos hacia Dios que lo había conservado la vida y que lo devolvía vivo al seno de los que quería. Entregado a su primera embriaguez, no hablaba sino de los seres queridos y olvidaba por completo relatar su terrible odisea. Esto lo contaría en las conversaciones encantadoras cuando estuvieran juntos.

Dionisia tuvo que interrumpir la lectura más de veinte veces, pues las lágrimas velaban sus ojos.

-¡Oh! -dijo por fin a su padre, -¡hay, una cosa que me lo haría más querido todavía, si fuera posible amarlo más!

-¿Cuál es? -preguntó el señor Amart.

-Papá -explicó la joven -ni por un instante Roberto ha dudado de mí, ni por un instante ha creído que lo he olvidado, que después de tres años de separación, hubiera juzgado mi luto suficiente y soñado tal vez en algún otro porvenir.

-Es verdad -dijo gravemente el anciano, -y tú tienes razón, hija mía, en agradecer a tu novio su confianza en ti. Ello prueba que te conoce bien y que es digno de ti.

La querida misiva terminaba con algunas líneas llenas de tristeza.

«Dionisia, escribía el oficial, cantan en mi país una romanza popular que se llama: «La vuelta del marino». Es la vuelta de un marinero olvidado, que regresa a su país muchos años después que lo han creído muerto; y la canción tiene este estribillo:

El que vuelve del otro mundo

Haría mejor en no volver.

«Sé muy bien que este no es mi caso. Pero cuando, algunas veces, me considero arruinado, deteriorada mi salud, que contemplo mi cara lívida y enjuta, me pregunto ¡qué contraste no haré con el resplandor de tu hermosura! y si tengo el derecho de creermé aún en los hermosos días de hace tres años. Y como la buena hermana María Teresa, que me ha salvado, que ha debido anunciarte la primera mi resurrección, ha salido garante de tu corazón, el mío grita con todas sus fuerzas. «¡Id, id con confianza, pobre herido, que amas a un ángel!»

La joven dejó caer sus lágrimas, una por una, sobre el frágil papel de arroz. Cuando hubo concluido de leer, lo acercó a sus labios.

-¡Vamos!- interpuso el señor Amart, no es esto todo. Calculemos las fechas.

-Tienes razón -dijo Dionisia alegremente, calculemos.

-¡Y bien! en las cuatro líneas que consagra indulgentemente al viejo padre, en tanto que envía un centenar a la hija, le comunica que partirán ocho días después de este correo.

-No llegará hasta dentro de ocho días-suspiró Dionisia.

-Contemos bien -insistió otra vez el anciano, porque, actualmente, contamos sobre las demoras regulares. -Ahora bien el paquebote de las mensajerías que ha traído la presente carta, ha llegado no sin alguna sospecha de epidemia a bordo, y los diarios nos han hecho saber que ha hecho una cuarentena de seis días en Friul. Añade veinticuatro horas para el despacho del correo, y serán siete. Pero suprimamos cuatro por el motivo de que la correspondencia es menos sospechada que los hombres y que son suficientes tres días para la vigilancia y desinfección.

-Restan cinco -concluyó Dionisia. -Dentro de cinco días, Roberto estará en Marsella.

-Además de esto -continuó el señor Amart, recorriendo el semáforo de Marsella podemos enterarnos pronto.

Sus ojos, ejercitados en la lectura, recorrieron enseguida las columnas de los puentes. Leyó en alta voz:

-Brindísi. El paquebote de las Mensajerías Marítimas Iraonaddy, ha sido avistado en viaje para Alejandría, donde ha debido hacer escala. Trae a su bordo funcionarios y oficiales enfermos ó heridos. Entre éstos últimos, notamos el nombre del teniente de navío Prébanec, reportado como desaparecido hace ya tres años, y tenido por muerto después.

-¡Vamos! -concluyó él con entusiasmo, -henos aquí con indicios definitivos. Dentro de dos días partimos, recogemos de paso a Juan, nos instalamos cómodamente en el hotel y después que nos hayan entregado el enfermo, volveremos a casa. a este respecto, Dionisia ¿no crees como yo, que tenemos algo más que hacer?

La joven estaba de tan buen humor, que respondió, chanceándose:

-Querido papá, tu hija ¿Podría no creer lo que tú crees?

El señor Amart batió palmas, de alegría.

-¡Bravo, bravo! Al momento que dices eso, estarás a punto para alegrar a nuestro pobre viajero. Pero te expongo mis ideas. Tengo grandes deseos de hacer un valioso regalo a ese valiente muchacho que nos ha llevado a Roberto sobre sus espaldas.

-¡Ives Kérilion! ¡Oh! sí Papá, tienes razón.

Me suscribo de todo corazón a tu idea y exijo al mismo tiempo que venga a pasar algunos días a casa.

-¡Muy bien! Cosa convenida -terminó el viejo recaudador general.

Cinco días, más tarde el *Iraonaddy* entraba majestuosamente, bajo poca presión, en el puerto de la Joliette. La visita de sanidad no había dado sino resultados satisfactorios. Ni un muerto, ni una enfermedad grave ni un caso sospechoso había acaecido durante la soberbia travesía del vapor, efectuada en 28 días.

Así como la nave entraba gallardamente, el populacho marsellés tenía razón de decir con su acento peculiar:

-¡Miren si es altivo el lindo barco y cómo se desprende su humo, para mostrar que sus pulmones son siempre sólidos!

Y efectivamente, el navío tenía un porte tan majestuoso que justificaba ese dicho.

Podría jurarse que tenía conciencia de su gloriosa travesía.

No marchaba, parecía deslizarse sobre las aguas, que cortaba regularmente con su rueda derecha, levantando apenas sobre sus flancos y en su estela ese cabrilleo acariciador que las bellas aguas amorosas dejan como besos en las mejillas de los favoritos de la mar.

El Mediterráneo estaba de fiesta, revestido de un color más claro, tomado, es verdad, del vestuario de un firmamento pródigo en azul. Y nadie al contemplar esa mar sonriente, ese cielo sin nubes, ese sol radiante, hubiese podido sospechar que era el rigor del invierno, de ese invierno, caprichoso que, algunos grados más al norte, llenaba de témpanos el lecho del Loira y del Sena.

En el momento en que el magnífico paquebote, atravesando la línea compacta y el enjambre de buques de poco tonelaje, vino a atracar

al muelle de desembarco, una prolongada aclamación se elevó del seno de la multitud, siempre movible, siempre entusiasta. Porque lo que caracteriza los impulsos y las emociones del pueblo, son las ingenuidades y las puerilidades de la infancia.

Detrás del gentío tumultuoso, un grupo inmóvil se destacaba. Abandonados a sus diversos sentimientos, el señor Amart, Dionisia y Juan de Prébanec, esperaban con una impaciencia mezclada de pavor. Dionisia, muy pálida, los ojos secos, desfallecía por momentos, había Juan sostenido varias veces. Finalmente, la había hecho sentar sobre uno de los extremos del muelle.

El señor Amart estaba tal, conmovido como su hija. Pero en sus facciones, en las que los años habían dejado sus huellas impresas, era menos fácil leer la agitación de que estaba poseído.

En cuanto a Juan, el más joven y moralmente el menos fuerte, lloraba. Los tres a la vez se hacían la misma pregunta. ¿Cómo lo volverían a ver a este hijo, este hermano, este novio que tres años antes había partido lleno de vida y de salud? La carta del joven les hacía adivinar el espectáculo que sin duda les esperaba: el de un joven siempre hermoso, pero destruido por la enfermedad, por la sangre derramada, por el rigor del clima, por las privaciones de todo género, por las penas sufridas.

El desembarco se efectuó por una doble planchada. Por una se desembarcaban los equipajes, que descargadores y mozos de cordel levantaban con asombrosa presteza y llevaban a los coches alineados sobre el malecón del otro lado del hall.

Por la otra desembarcaban los pasajeros; y era en esa donde Dionisia, su padre y Juan, tenían los ojos fijos.

Entretanto, como por respeto, el grupo de indiferentes y curiosos estaba silencioso. No se oían sino gritos de alegría, preguntas impacientes, hasta el ruido de sollozos confundidos, de besos dados y recibidos hasta la saciedad y exclamaciones redobladas.

-¡Hijo mío! ¡mi niño! -¡Oh, mamá, mamá!

Y a los nombres propios se mezclaban sobrenombres dichos en alta voz ó suspirados en la efusión de un abrazo.

De pronto, un rumor se alzó alrededor del grupo; se produjo un movimiento.

Una voz, una voz varonil, acababa de decir con un acento lleno de dulzura:

-¡Dionisia!

Ésta se volvió. Un desvanecimiento se apoderó de ella su vista se nubló, sus labios pronunciaron una sílaba. Balbució: «Rob... Eso fue todo, y cayó inerte en los brazos y sobre el corazón de aquel que Dios había hecho revivir para ella.

VI

El señor Amart había hecho bien en retener por varios días un departamento en el hotel. Después de pasadas las primeras efusiones, le pidieron a Roberto que les contase su historia. La refirió con toda su aterradora verdad, arrancando lágrimas aun a los ojos de los que lo escuchaban.

Los rumores que habían corrido sobre su muerte y la de sus compañeros, habían sido falsos: eran debidos a una venganza particular de los piratas hechos prisioneros y que a todo trance creían que habían sido entregados por el jefe de todas las tropas esparcidas en las fronteras de Tonkin. Esta mentira había dado sus frutos, pues había impedido a las autoridades francesas proseguir sus investigaciones y al jefe de los bandidos empezar las negociaciones que quería entablar para el rescate de los cautivos.

Éste, enfurecido, había vacilado algún tiempo entre la clase de suplicio y la ganancia diferida para otra fecha. Entonces llevó a los cautivos al interior. Allí, una rivalidad, resultando en una lucha sangrienta, le había quitado el poder y la vida, y los prisioneros pasaron a manos de nuevos déspotas.

Felizmente, éstos pertenecían a la categoría de pillos errantes que profesan un respeto relativo a la vida humana. Habían respetado a sus víctimas hasta el día en que la orden de un mandarín, que era casi independiente por la distancia en que estaba situada su prefectura, se los había quitado para devolverles su libertad.

Era entonces cuando desde las fronteras del imperio Birmano, de donde no creían estar tan cerca, los tres compañeros habían concebido la difícil empresa de volver a las posesiones francesas. Sin dinero, sin víveres, sin armas y casi sin ropas, habían recorrido ese camino espantoso de 1500 kilómetros, caminando solamente de noche, no durmiendo jamás bajo techo, viviendo de saqueos cuando la caridad de algún habitante no venía en su ayuda.

Uno de ellos un bayonés a quien nada abatía y que siempre tenía una frase jocosas en los labios, no había tenido suerte. En la región montañosa donde nacen las pequeñas corrientes de agua del litoral, había sido mortalmente herido en un combate épico sostenido por los tres fugitivos, armados de palos contra un tigre. No habían podido llevárselo y el pobre muchacho murió en la choza de un Anamita, en una pequeña villa cristiana, cuyo padre de almas había sufrido, hacía tres meses, con cuarenta de sus feligreses, el martirio de la degollación ó de la estaca.

Roberto de Prébanec é Ives Hérilion, desesperados, habían continuado su camino. Cubiertos heridas mal curadas, extenuados por el calor, Y la enfermedad, casi no habían podido concluir la última jornada. El resto lo sabían Dionisia y su padre de boca de la hermana.

Tal era la narración palpitante, narración que hizo participar al auditorio, de los sufrimientos físicos y morales de los héroes.

-Y, sin embargo -dijo al concluir Roberto, -me parece haber sido el juguete de una pesadilla abominable, ó más bien si me, atreviera a usar una metáfora, tomaría al pie de la letra esta palabra «resucitado»; diría que soy un muerto y que la Bondad Divina me ha conducido a los umbrales del Paraíso. Querida Dionisia, ¿no eres tú, en efecto, el buen ángel de mi destino? En otro tiempo, en un arranque de orgullo, culpable sin duda, pretendí «conquistarte». Ya ves a qué precio he comprado mi felicidad actual.

-Espero-contestó la joven sonriendo,-que no pensarás por ahora abandonar tu conquista.

-No -respondió el oficial con voz profunda, -¡no ciertamente! Además -concluyó diciendo, -aunque fuese tan loco para pensarlo, no podría hacerlo.

Hizo alusión, exhalando un suspiro, al estado de fatiga y de ruina a que se veía al presente reducido.

La joven le estrechó la mano con cariño.

-¡Oh! amigo mío, la felicidad te devolverá todo lo que has perdido. Y después, ¿no era preciso que te conociera bastante para admirar más aún a mi héroe?

Se disponían a volver a Niza, cuando Ives Kérilion, que había aceptado con tanta alegría la invitación para pasar algunos días en la quinta, se presentó de golpe, el rostro descompuesto y el dolor pintado en sus facciones; y como Roberto, asustado por su aspecto, lo acosara a preguntas:

-Lo que hay es, capitán -respondió el valiente bretón, -que vengo de pasar por el convento de las religiosas. Tenía ganas de volver a ver a la buena hermana, a quien yo amo ¡pardiez! pero ha sido como si no la hubiese visto, porque no me ha reconocido, y creo que si ustedes la quieren ver todavía viva, no tienen más tiempo que correr en seguida hacia allá.

Dionisia felicitó calurosamente al valeroso joven.

-Tienes razón, Kérilion; vamos allá inmediatamente. Nunca me perdonaría haber salido de Marsella sin recibir la última bendición de esa santa.

¡Ay! por más prisa que se dieron, llegaron demasiado tarde.

La enferma había entrado en la agonía, se encontraron con el inconveniente del reglamento severo que impedía la aproximación de las personas de afuera en ese momento de la hora suprema de la muerte.

Pero los amigos de la religiosa pudieron entrar en la capilla donde anhelantes de angustia, esperaron en medio de las plegarias, que viniesen a anunciarles la catástrofe.

¡Catástrofe! ¡vaya una palabra profana! Para seres elegidos la muerte no es sino el complemento de la vida. La santa mujer por la que lloraban los sobrevivientes, se iba del mundo en una verdadera apoteosis. Tomaba posesión de su herencia y entraba en la eterna felicidad, en la gloria sin mancha.

Un favor especial permitió asistir a los funerales a las cinco personas del drama, donde ella había tenido el último y el más noble papel.

La tumba de las hermanas de caridad es un sitio de reunión, una necrópolis de familia. Una vasta losa la cubre y bajo la cruz de piedra no se ve sino esta inscripción colectiva, borrando los nombres, como la vida de heroísmo común ha borrado las individualidades:

«Las Hermanas de la Caridad, de San Vicente de Paúl»

No les fue permitido ni a Dionisia ni a Roberto depositar sobre ese granito un distintivo cualquiera, un recuerdo de cariño. No dejaron allí más que lágrimas y plegarias.

Pero cinco meses más tarde una joven pareja en plena luna de miel penetró en la capillita del convento.

-Hermana -dijo Dionisia, -nada es demasiado lindo para Dios ¿no es cierto? Le ruego substituya ese crucifijo un poco primitivo por este que es de marfil y a los pies del cual se ha llorado mucho.

-Y yo -dijo Roberto, desprendiendo de su pecho la Cruz de la Legión de Honor que lucía allí desde la víspera, -entrego a Dios, lo que he recibido de Él. Él da al hombre la -vida, el amor, la felicidad, ¿no es justo que el hombre le retribuya con su gloria?

Junio brillaba en los cielos. Al salir del asilo, Roberto fue a comprar el periódico El Oficial, que tenía la lista de los candidatos admitidos para pasar el examen de ingreso a la Escuela Naval. En primer término se leía el nombre de Juan de Prébanec.

Habíale contado Dionisia toda la historia de las indecisiones de esa joven voluntad.

-¡Ah! -murmuró el teniente de navío llevando a sus labios la mano de su esposa, -es a ti, compañera querida de mi vida, querida protectora de mi felicidad, a quien debo hoy la realización de mi último pensamiento.

ABEJA

CAPÍTULO I

Que trata de la configuración del terreno, y sirve de introducción.

El mar cubre hoy el suelo donde estuvo el ducado de las Clarides.

No queda vestigio alguno de la ciudad y del castillo. Pero se dice que hasta la distancia de una legua se ven en días serenos, enormes troncos de árboles, erguidos en el fondo del agua.

Á un sitio de la ribera --puesto de los aduaneros --lo nombran aún, en esta época, «La Tienda del Sastre». Es muy posible que el nombre sea en recuerdo de cierto maese Juan, de quien hablaremos en nuestra historia.

El mar avanza año por año sobre la costa, y anegará pronto ese paraje tan singularmente nombrado.

Tales cambios están en la naturaleza de las cosas. Las montañas desaparecen en el curso de los siglos y al contrario, el fondo del mar se levanta y eleva hasta la región de las nubes y los hielos sus conchas y madrêporas.

Nada dura. La configuración de las tierras y de los mares sin cesar cambia. Sólo el recuerdo de las almas y de las formas atraviesa las edades y nos hace presente lo extinguido en tiempos lejanos.

Al hablaros del ducado de las Clarides, os quiero conducir a un pasado muy remoto.

Comienzo:

La condesa de Blanchelande cubiertos los cabellos de oro con una capucha negra bordada de perlas...

Pero antes les ruego a las personas graves que no me lean. No escribo esto para ellas. No lo escribo para los espíritus razonadores, que desprecian las nimiedades y desean se les instruya siempre.

No me atrevo a ofrecer esta narración sino a quienes quieren que se les divierta y cuya alma es joven y a veces retozona. Sólo los a quienes bastan los divertimientos llenos de invenciones me Locrán hasta el fin. Y les suplico hagan conocer mi «Abeja» a sus hijos, si los tienen pequeños. Deseo que esta historia guste a los muchachos y a las niñas; pero, a decir verdad, no lo espero. Es demasiado trivial para ellos y buena únicamente para los niños del tiempo antiguo.

Tengo una linda vecinita, de nueve años, cuya biblioteca particular examiné días pasados. Encontré allí muchos libros sobre el microscopio y los zoófitos, así como varias novelas científicas. Abrí una de éstas y mis ojos leyeron: «La jibia, *sepia officinalis*, es un molusco cefalopoide cuyo cuerpo contiene un órgano esponjoso, de trama quílica, asociado al carbonato de car»... Mi linda vecinita halla esa novela muy interesante. Le ruego -si no quiero hacerme morir de vergüenza -no Locr jamás la historia de Abeja.

CAPÍTULO II

Donde se ve lo que la rosa blanca anuncia a la
condesa de Blanchelande.

La condesa de Blanchelande cubiertos los cabellos de oro por una capucha negra, bordada de perlas y anudada al talle con los cordones de las viudas, entró en el oratorio, donde acostumbraba rezar todos los días por el alma de su marido, muerto en combate singular por un gigante de Irlanda.

Esa mañana encontró una rosa blanca sobre el cojín de su reclinatorio. Al verla palideció, velándosele la mirada; volvió a otro lado la cabeza y se retorció las manos.

Pues sabía que, cuando una condesa de Blanchelande va a morir, halla una rosa blanca en su reclinatorio.

Y conociendo por esto que le llegaba la hora de abandonar el mundo, donde fue en tan cortos días esposa, madre y viuda, dirigióse a la alcoba. Allí su hijo Jorge dormía bajo la guarda de los criados. Contaba tres años; sus espesas pestañas le proyectaban una sombra encantadora sobre las mejillas y su boca asemejábase a una flor. Y al verlo tan pequeño y tan hermoso, la condesa lloró.

-Niñito mío -lo dijo con voz ahogada -niñito querido, no me conocerás y mi imagen va a borrarse para siempre de tus dulces ojos. Sin embargo, te he alimentado con la leche de mi seno, para ser tu verdadera madre, y rehusé por amor a ti la mano de los mejores caballeros.

Esto diciendo, besó un medallón donde estaba el retrato de ella y un rizo de sus cabellos y lo puso en el cuello del niño. Entonces una lágrima de la madre cayó sobre la mejilla del hijo, que se agitó en su cuna, frotándose con sus puñitos los párpados.

La condesa apartó de él la vista y huyó de la cámara. ¿Cómo podrían soportar dos ojos próximos a extinguirse el brillo de dos ojos adorados, donde ya comenzaba a asomar el espíritu?

Hizo ensillar un caballo, y seguida de su escudero Corazón-Leal, se trasladó al castillo de las Clarides.

La duquesa de las Clarides abrazó a la condesa de Blanchelande.

-Hermosa mía ¿qué buena suerte os trae?

-La suerte que me trae no es buena. Escuchadme, amiga. Nos casamos con pocos años de diferencia y quedamos viudas por igual aventura. Pues en esta época de caballería los mejores son los primeros en perecer, y es preciso ser monje para vivir largo tiempo. Cuando fuisteis madre, yo lo era hacía dos años. Vuestra hija Abeja es bella como el día y mi pequeño Jorge carece de maldad. Os amo y me amáis. Ahora bien sabed que he encontrado una rosa blanca sobre el cojín de mi reclinatorio. Voy a morir: os dejo a mi hijo.

La duquesa sabía lo que la rosa blanca anunciaba a las damas de Blanchelande. La invadieron las lágrimas y prometió educar a Jorge y a Abeja como hermano y hermana, y no dar nada al uno sin que el otro participara de la mitad.

Entonces, siempre abrazadas, las dos mujeres se acercaron a la cuija, donde bajo leves cortinas, azules como el cielo, dormía la pequeña Abeja, agitando, con los ojos cerrados, los bracitos.

Y como la niña abriera los dedos, viéronse surgir de cada manga cinco diminutos rayos róseos.

-El la defenderá -dijo la madre de Jorge.

--Y ella lo amaré -respondió la madre de Abeja.

-Lo amaré -repitió una vocecita clara, en la cual la duquesa reconoció la de un Espíritu alojado desde hacía tiempo debajo de una piedra del hogar.

De vuelta a su mansión, la señora de Blanchelande distribuyó sus dijes entre la servidumbre de mujeres, y haciéndose ungir de esencias fragantes y vestir con sus más bellas ropas –para honrar aquel cuerpo que debía resucitar el día del juicio final -acostóse en su lecho, durmiéndose para no despertar nunca más.

CAPÍTULO III

Donde comienzan los amores de Jorge de Bauchelande y de Abeja de las Clarides.

Contrariando la regla general, que consiste en tener más bondad que belleza, ó más belleza que bondad, la duquesa de las Clarides era tan buena como bella y su belleza era tanta, que por haber visto sólo su retrato, los príncipes la pedían en matrimonio.

Pero a todas las peticiones contestaba:

-No tendré sino un marido, porque no tengo sino un alma.

Sin embargo, a los cinco años de su luto, se quitó el largo velo y los vestidos negros, a fin de no dañar la alegría de los que la rodeaban, y para que pudieran sonreír y divertirse libremente en su presencia.

Su ducado constaba de una gran superficie de tierra, con landas cuya extensión desolada la cubría la maleza, y lagos donde los pescadores pescaban a veces peces mágicos, y montañas que se elevaban en soledades horribles, encima de regiones subterráneas habitadas por los Enanos.

Gobernaba las Clarides oyendo los consejos de un viejo monje escapado de Constantinopla; por haber visto muchas violencias y perfidias, creía poco en la cordura de los hombres,

Vivía encerrado en una torre, con sus pájaros y sus libros, y desde allí cumplía su oficio de consejero, con un corto número de máximas.

Sus reglas eran: «No poner jamás en vigencia ninguna ley caduca; ceder a los votos de los pueblos en el temor de las insurrecciones, pero ceder lo más lentamente posible, porque desde que una reforma se acuerda, el pueblo reclama otra, y si es derrotado por haber cedido muy pronto, como por haber resistido demasiado».

La duquesa le dejaba hacer, pues ella no entendía nada de política. Era compasiva, y no pudiendo estimar a todos los hombres, compadecía a quienes tenían la desgracia de ser malos. Ayudaba a los infortu-

nados de todas maneras: visitando los enfermos, consolando a las viudas y amparando a los pobres huérfanos.

Educaba a su hija Abeja con una cordura encantadora. Consiguió formar en la niña el gusto único del bien y así no le rehusaba ningún placer. Y la excelente dama cumplió la promesa hecha a la pobre condesa y no hizo diferencia alguna entre Abeja y Jorge. Crecían juntos, y Jorge encontraba a Abeja a su gusto, aunque muy pequeña.

Un día, cuando aun estaban en la primera infancia, él se aproximó a ella y le dijo:

-¿Quieres jugar conmigo?

-Sí, quiero -contestó Abeja.

-Haremos pastas con la tierra -indicó Jorge.

Y las hicieron. Pero, como Abeja no elaboraba bien las suyas, Jorge le pegó en los dedos con su paleta. Abeja lanzó gritos espantosos, y el escudero Corazón-Leal, que se paseaba en el jardín, dijo a su joven amo:

-Pegarles a las niñas no es propio de un conde de Blanchelande monseñor.

Jorge tuvo primero ganas de pasar la paleta al través del cuerpo del escudero. Pero la empresa presentaba obstáculos insuperables, y se resignó a cumplir un acto más fácil, el cual consistió en poner la nariz contra un árbol y llorar copiosamente.

Entretanto, Abeja trataba de distraer sus lágrimas, hundiéndose los puños en los ojos, y en su desesperación se frotaba la nariz contra el tronco de un árbol vecino.

Cuando llegó la noche a envolver la tierra, todavía Abeja y Jorge lloraban, cada uno ante su árbol.

Fue preciso que la duquesa de las Clarides tomara a su hija de una mano y a Jorge de la otra, para reconducirlos al castillo.

Tenían los ojos rojos, rojiza la nariz, las mejillas lucientes. Suspiraban y sollozaban al punto de partir el alma.

Y comieron con buen apetito, después de lo cual se les metió a cada uno en su lecho. Pero de allí surgieron como pequeños fantasmas

tan pronto como el fuego se apagó, y en camisas de noche, se abrazaron con grandes, carcajadas.

Así empezaron los amores de Abeja de las clarides y Jorge de Blanchelande.

CAPÍTULO IV

Que trata de la educación en general y de la Jorge en particular.

Jorge creció en aquel castillo, al lado de Abeja, a quien llamaba hermana, manera de amistad, aunque sabía que no lo era.

Tuvo maestros de esgrima, de equitación, de natación, de gimnasia, de baile, de montería, de cetrería, de pelota, y en general, de todas las artes. Tuvo también un maestro de escritura.

Era éste un viejo clérigo, de modales humildes y muy altivo interiormente, quien le enseñó varias clases de letras, tanto menos legibles cuanto más hermosas eran.

Gustó poco Jorge, y por tanto obtuvo poco provecho, de las lecciones del viejo clérigo... lo mismo que de las de un fraile que le enseñaba la gramática con términos bárbaros.

Pues Jorge no concebía que se tomase uno la pena de aprender una lengua que se habla naturalmente y a la cuál se la nombra materna.

No se regocijaba sino con el escudero Corazón-Leal, quien por haber galopado mucho por el mundo, conocía las costumbres de los hombres de los animales; describía todos los países, y componía canciones que no sabía escribir.

Corazón-Leal fue de todos los maestros de Jorge el único que le enseñó algo, porque era el único que lo quería de veras, y porque no hay buenas lecciones sino cuando se dan con cariño.

Pero los dos porta-anteojos -el maestro de escritura y el de gramática, los cuales se odiaban entre sí cordialmente -reuniéronse no obstante en un común odio contra el viejo escudero, a quien acusaron de embriaguez.

En verdad, Corazón-Leal frecuentaba algo más de lo natural la taberna del «Vaso de Estaño».

Era allí donde olvidaba sus penas y componía sus canciones. Procedía mal, seguramente. Homero hacía versos aun mejores que los de Corazón-Leal, y Homero no bebía sino agua de las fuentes.

En cuanto a las penas, todo el inundo las tiene, y lo que puede hacerlas olvidar, no es el vino que, se bebe, sino la dicha que se da a los otros.

Pero Corazón-Leal era un viejo encanecido bajo los arneses, fiel lleno de mérito, y los dos maestros de escritura y de gramática debieron ocultar las debilidades de él, en vez de delalárselas a la duquesa, exagerándolas.

-Corazón-Leal es un ebrio -dijo el maestro de escritura -y cuando regresa de la taberna del

Vaso de Estaño», su andar es en forma de S.

Por lo demás, es la única letra que en su vida ha escrito; pues ese ebrio es un asno, señora duquesa.

El maestro de gramática agregó:

-Corazón-Leal canta, tambaleando, canciones pecaminosas, y que no están en ningún modelo. Ignora la sinécdoque, señora duquesa.

La duquesa sentía un natural disgusto por los pedantes y los delatores. Hizo lo que cada cual de nosotros haría en su lugar: al principio no les escuchó; pero, como le repetían ellos sin cesar sus informes, acabó por creerles y resolvió alejar a Corazón-Leal.

Desde luego, para darlo un honroso destierro, enviólo a Roma en busca de la bendición del Papa.

Aquel viaje iba a ser tanto más largo para el escudero Corazón-Leal, cuanto que eran muchas las tabernas intermediarias entre el ducado de las Clarides y la Sede Apostólica.

Se verá en la continuación de esta historia cómo la duquesa se arrepintió muy pronto de haber privado a sus dos niños de su guardián más seguro.

CAPÍTULO V

De cómo la duquesa llevó a Abeja y Jorge a la Ermita y del encuentro que tuvieron allí con una horrorosa vieja.

Aquella mañana –la del primer domingo después de Pascuas –la duquesa salió del castillo en su gran alazán, llevando a la izquierda a Jorge de Blanchelande caballero en un caballo negro con un lucero en la frente, y a la derecha a Abeja, que regía con riendas color de rosa su caballo bayo.

Iban a oír misa a la Ermita.

Soldados armados de lanzas los escoltaban, y la multitud apiñábase a su paso para admirarlos.

Y, en verdad, eran muy hermosos los tres.

Bajo el velo de flores argénteas y con el manto flotante, la duquesa tenía un aire de majestad encantadora. Y las perlas que recamaban su peinado, despedían un destello lleno de dulzura concordes con el alma y la figura de tan linda mujer.

Junto a ella los cabellos flotantes y los ojos vivaces, Jorge ofrecía un gallardo aspecto. Abeja, cabalgando al otro lado, dejaba ver un rostro, cuyos colores tenues y puros eran para los ojos una deliciosa caricia pero nada más admirable que su rubia cabellera, ceñida por una cinta con tres florones de oro y desplegada por su espalda como el resplandeciente manto de su juventud y de su belleza.

–«¡Ved ahí a una gentil niña!»

Maese Juan, el viejo sastre, tomó a su nieto Pedro en los brazos para mostrarlo a Abeja. Y Pedro le preguntó si era ella un ser viviente, ó si no era más bien una imagen de cera.

No concebía se pudiese ser tan blanca y tan menuda perteneciendo a la misma especie que él, de gruesas mejillas curtidas, de camiseta basta, anudada al dorso de una rústica manera.

Mientras la duquesa recibía los homenajes benevolentes, los dos niños dejaban ver el contentamiento de su orgullo: Jorge por su rubor, Abeja por sus sonrisas.

Por esto la duquesa les dijo:

-Estas buenas gentes nos saludan con todo corazón. ¿Qué pensáis de eso, Jorge? ¿Y vos, Abeja?

-Que hacen bien -contestó Abeja que es su deber, -agregó Jorge.

-¿Y por qué es su deber? -les preguntó la duquesa.

Viendo que no respondían, repuso:

-Os lo voy a decir. De padres a hijos, desde hace más de trescientos años, los duques de las Clarides, defienden con su lanza a estas buenas gentes, quienes pueden así cultivar sus campos. Desde hace más de trescientos años las duquesas de las Clarides hilan lana para los pobres, visitan a los enfermos y llevan a la pila bautismal a los recién nacidos. Ved por qué os saludan, niños míos.

Jorge pensó...

«Será preciso proteger a los labradores»

Y Abeja:

«Será menester hilar lana para los pobres»

Y entreteniéndose y pensando de esta suerte, cabalgaban por entre las praderas consteladas de flores. Montañas azules mordían el horizonte.

Jorge extendió la mano hacia el Oriente:

-Aquello que miro allá lejos ¿no es un gran escudo de acero? -preguntó.

-Es más bien un broche de plata, grande como la luna -dijo Abeja.

-Ni es un escudo de acero, ni es un broche de plata, niños -contestó la duquesa, -sino un lago resplandeciente al sol. La superficie de las aguas parece a la distancia tersa como un espejo; sin embargo, está agitada por innumerables olas. Los bordes de ese lago, que creéis tan netos como tallados en metal, en realidad están cubiertos por juncos de airones ligeros y por iris, cuya flor es como una mirada humana entre espadas. Todas las mañanas un blanquecino vapor reviste el

lago, el cual, bajo el sol de mediodía, chispea como una armadura. Pero no debe uno aproximarse a él, pues está habitado por las Ondinas, que arrastran a los pasantes a su morada de cristal.

En aquel instante escucharon la esquila de la Ermita.

-Deseen damos -dijo la duquesa, -y vamos a pie hasta la capilla. No fue sobre su elefante ni sobre su camello como los reyes magos se acercaron al Pesebre.

Oyeron la misa de la Ermita.

Una vieja odiosa y cubierta de harapos se arrodilló al lado de la duquesa. Y al salir de la iglesia, la duquesa le ofreció a la vieja agua bendita, diciéndole:

-Tomad, madre mía.

Jorge se asombró.

-¿Ignoráis acaso -le dijo la duquesa -que es preciso honrar en los pobres a los preferidos de Jesucristo? Una mendiga semejante a ésta os llevó, con el buen duque de Rochesnoires, a las fuentes del bautismo, y vuestra hermanita Abeja tuvo igualmente a un pobre por padrino.

La vieja, adivinando los sentimientos del niño, se inclinó hacia él y le dijo riendo con ironía:

-Os deseo, bello príncipe, la conquista de tantos reinos como yo he perdido. Era reina de la Isla de las Perlas y de las Montañas de Oro. Tenía diariamente catorce clases de pescados en mi mesa, y un negrito me llevaba la cola.

-¿Y por qué desgracia perdisteis vuestras islas buena mujer? -le preguntó la duquesa. Descontenté a los Enanos, quienes me han transportado lejos de mis dominios.

-¿Tienen tanto poder los Enanos? -preguntó Jorge.

-Viven bajo la tierra y conocen las virtudes de las piedras, trabajan los metales y descubren las fuentes.

La duquesa interrogó:

-¿Y qué hicisteis para enojarlos así, madre?

La vieja:

-Uno de ellos fue, en una noche de Diciembre, a pedirme permiso para preparar una gran cena en las cocinas del castillo, más vastas que una sala capitular y amuebladas de cacerolas calderas, pailas pailones, escolfadores, hornillos parrillas asadores, graseras, cazos, moldes para pastas, cántaros de cobre, cacharros de oro, de plata y de jaspe, sin contar el aparato para el asador de hierro artísticamente forjado y la marmita amplia y negra... El Enano me prometió no dañar ni extrañar nada. Sin embargo, rehusé lo que me pedía, y se retiró murmurando obscuras amenazas. a la tercera noche, la de Navidad, el mismo Enano volvió a la cámara donde yo dormía. Iba acompañado por una infinidad de otros, y me arrancaron del lecho y me transportaron, en camisa, a una tierra desconocida... «Ahí tenéis -me dijeron al abandonarme -el castigo de los ricos que no quieren conceder una parte de sus tesoros al pueblo laborioso y dulce de los Enanos, quienes trabajan el oro y hacen brotar las fuentes»

Así habló la desdichada vieja, y la duquesa, habiéndola consolado con palabras y dinero, regresó con los dos niños al castillo.

CAPÍTULO VI

Que trata de lo que se ve desde el torreón de
las Clarides.

Al poco tiempo de esto, un día, Abeja y Jorge subieron sin ser vistos al torreón que se elevaba en medio del castillo de las Clarides.

Ya en la plataforma, lanzaron gritos sonoros y batieron palmas.

Su mirada se extendía sobre collados divididos en pequeños cuadros, oscuros o verdes, de campos cultivados. Bosques y montañas azulábanse en el horizonte.

-Hermanita- exclamó Jorge, -hermanita, ¡mira la tierra entera!

-Es muy grande -repuso Abeja.

-Mis maestros -agregó Jorge -me habían enseñado que era muy grande; pero, como dice, Gertrudis, nuestra aya, es preciso verlo para crearlo.

Dieron la vuelta por la plataforma.

-Ve una cosa maravillosa, hermanito -exclamó Abeja. -El castillo está situado en medio de la tierra, y como nosotros estamos en el torreón que está en el medio del castillo, nos hallamos en medio del mundo... ¡Ja, ja, ja!

En efecto, el horizonte formaba en torno de los niños un círculo, del cual era el torreón centro.

-Estamos en medio del mundo. ¡Ja, ja, ja! -repitió Jorge.

Luego ambos quedaron pensativos.

-¡Qué desgracia que el mundo sea tan grande! -dijo Abeja. -Puede uno perderse y ser separado de sus amigos.

Jorge se encogió de hombros, replicando:

-¡Es una dicha! Puede uno buscar aventuras. Abeja, quiero, cuando sea grande conquistar esas montañas que están al fin de la tierra. Es allí por donde se eleva la luna: la agarraré al pasar y te la daré, hermanita.

-¡Eso es! -exclamó Abeja. Me la darás y me la pondré en los cabellos.

Después se ocuparon en buscar, como sobre un mapa, los sitios que les eran familiares.

-Me conozco muy bien -dijo Abeja, que no se conocía absolutamente -pero no adivino lo que pueden ser todas esas piedrecitas cuadradas sembradas en el collado.

-¡Casas! -le respondió Jorge. -Son casas. ¿No conoces, hermanita, la capital del ducado de las Clarides? Es, sin embargo, una gran villa: tiene tres calles, de las cuales una es carretera. La atravesamos la semana pasada para ir a la Ermita, ¿te acuerdas?

-¿Y ese arroyo que serpea?

-Es el río. Mira, allá lejos, el viejo puente de piedra.

-¿El puente desde donde pescamos camarones?

-El mismo, y que tiene en un nicho la estatua de la «Mujer sin cabeza». Pero no se la ve de aquí, porque es muy pequeña.

-Me acuerdo. ¿Por qué está sin cabeza?

-Probablemente porque la ha perdido.

Sin decir si esta explicación la satisfacía, Abeja contempló el horizonte.

-Hermanito, Hermanito, ¿ves aquello que brilla al lado, de las montañas azules? ¡Es el lago!

Recordaron entonces lo que la duquesa les dijera de esas aguas peligrosas y bellas donde las Ondinas tenían su morada.

-¡Vamos allá! -insinuó Abeja.

Esta resolución alteró a Jorge, quien abriendo toda la boca, exclamó:

-La duquesa nos ha prohibido salir solos ¿Y cómo iremos a ese lago que está al fin del mundo?

-¿Cómo iremos? No lo sé: pero debes saberlo tú, que eres un hombre y que tienes un maestro de gramática.

Jorge, herido, contestó que se podía ser un hombre, y hasta un hombre bravo, sin conocer todos los caminos del mundo. Abeja tomo

un airecito desdeñoso, que le hizo a Jorge enrojecer hasta las orejas, y le dijo con tono seco:

-Yo no he prometido conquistar las montañas azules ni desprender la luna. ¡No sé el camino del lago, pero lo encontraré... yo!

-¡Oh! ... –exclamó Jorge, esforzándose en reír.

-Reís como un bolonio, señor mío.

-Abeja, los bolonios no ríen ni lloran.

-Si los bolonios rieran, reirían como vos, señor. Iré sola al lago. Y mientras yo descubriré las lindas aguas que habitan las Ondinas, vos os quedaréis en el castillo como una niña. Os dejaré mi labor y mí muñeca. Tendréis de ellas gran necesidad, Jorge, gran necesidad.

Jorge tenía amor propio. Fue sensible a la vergüenza que le infería Abeja. Con la cabeza baja, muy sombrío, dijo con voz sorda:

-¡Pues bien, iremos al lago!

CAPÍTULO VII

Donde se dice cómo Abeja y Jorge fueron al lago.

Al día siguiente después del almuerzo, mientras la duquesa se hallaba retirada en su cámara, Jorge tomó a Abeja por las manos.

-¡Vamos! -le dijo.

-¿Á dónde?

-¡Chito!

Descendieron la escalera y atravesaron los patios.

Cuando pasaron la poterna, Abeja le preguntó a Jorge por segunda vez a dónde iban.

-¡Al lago! -contestó resueltamente Jorge.

La señorita Abeja abrió toda la boca y se detuvo asustada. ¡Ir tan lejos sin permiso, con zapatos de satín! (Porque tenía zapatos de satín)... ¿Era eso razonable?

-Es preciso ir y no es el momento de ser razonable.

Tal fue la sublime respuesta de Jorge a Abeja. Lo había avergonzado y ahora se hacía la asombrada... Y fue él quien esta vez la mandó desdeñosamente a cuidar la muñeca. «Niñas que impulsan hacia las aventuras y luego se substraen... ¡oh que feo carácter; ¡Pues bien que se quede ella! ¡Iré solo!»

Abeja le tomó el brazo; él la rechazó. Entonces se le colgó del cuello. -¡Hermanito! -le dijo sollozando -te seguiré.

Jorge se dejó conmovido por tan hermoso arrepentimiento:

-Ven. Pero no pasemos por la villa pues nos podrían ver. Es mejor seguir por los bastiones y llegar al camino grande por el sendero transversal.

Y partieron, cogidos de las manos. Jorge explicó su proyecto:

-Seguiremos -dijo -por la ruta que tomamos para ir a la Ermita. Así, es imposible que no columbremos el lago, como lo miramos la

otra vez, y entonces nos dirigiremos a él a través de los campos, en «línea de abeja»

En *línea de abeja* es una agreste, y linda manera de decir en línea recta. Pero la frase les causó a ambos risa, por el nombre de la niña, que aparecía allí extravagante.

Abeja recogía flores al borde del foso. Eran flores de malva, crisantemas, solanáceas blancas, y con ellas hizo un ramo. En sus pequeñas manos los cálices se marchitaban visiblemente y estaban ya lamentables cuando Abeja pasó el viejo puente de piedra.

Como no sabía qué hacer con su ramo, tuvo la idea de arrojarlo al agua para que se refrescara; Pero luego pensó mejor: darlo a la «Mujer sin cabeza»

Le pidió a Jorge que la levantara en los brazos, y depositó su manojo de flores silvestres entre las manos juntas de la vieja figura de piedra.

Ya lejos, volvió la cabeza, y vio una paloma sobre el hombro de la estatua.

Caminaban hacía tiempo. Abeja dijo:

---Tengo sed.

-Yo también -agregó Jorge, -pero el río, detrás de nosotros, está muy distante, y no diviso arroyo ni fuente alguna.

-El sol es tan ardiente, que se los habrá bebido. ¿Qué hacemos?

Así hablaban y se lamentaban, cuando vieron venir una campesina que traía frutas en un cesto.

-¡Cerezas! -exclamó Jorge. -¡Qué desgracia no tener yo dinero para comprarlas!

-¡Yo tengo! -dijo Abeja.

Sacó del bolsillo una bolsa guarnecida de cinco monedas de oro, y dirigiéndose a la campesina:

-Buena mujer -le dijo -¿queréis darme tantas cerezas como quepan en mí falda?

Y alzó la falda con las dos manos. La campesina arrojó en ella dos ó tres puñados de cerezas. Abeja sujetó la falda con una sola mano y le tendió con la otra una moneda de oro a la mujer, preguntándole:

-¿Es bastante?

La campesina cogió la moneda, que habría pagado ampliamente todas las cerezas del cesto con el árbol que las produjo y el terreno donde ese árbol estaba plantado. Y la muy astuta contestó:

-No os pido más por no molestaros, princesita mía.

-Entonces -repuso Abeja -poned otras cerezas en el sombrero de mi hermano y os daré otra moneda de oro.

Fue hecho así. La campesina prosiguió su camino, preguntándose en qué media de lana, en el fondo de qué almohada de paja, ocultaría aquellas dos monedas de oro. Y los dos niños continuaron su ruta, comiendo cerezas y arrojando los huesos a derecha é izquierda.

Jorge escogió cerezas unidas en el extremo, para ponerle aretes a su hermana, y rió viendo esas hermosas frutas gemelas de carne bermeja, balancearse sobre las mejillas de Abeja.

Un guijarro les interrumpió su marcha gozosa. Se había metido dentro del zapato de Abeja, que se puso a cojear. a cada brinco los rizos rubios se agitaban sobre su rostro, y fue, así cojeando, a sentarse en el linde de la ruta.

Y allí su hermano, arrodillado a los pies de ella le quitó el zapato de satín; lo sacudió, y una piedrecita blanca saltó de adentro.

Entonces, mirándose los pies, Abeja dijo:

-Hermanito, cuando volvamos al lago nos pondremos botas.

El sol declinaba ya en el firmamento radioso. Un soplo de brisa acariciaba las mejillas y el cuello de los infantiles viajeros, y refrescados, reanimados, prosiguieron su viaje.

Para andar mejor, cantaban, enlazados de las manos, y reían al ver delante de ellos agitarse sus dos sombras unidas.

Cantaban:

Mariana montó temprano

*Sobre Martín, su pollino,
Para ir a moler el grano
En el distante molino.*

*Mariana montó temprano
Sobre Martín, su pollino...*

Pero Abeja se detuvo, exclamando:

-He perdido mi zapato de satín.

Y era como lo decía. El zapatito, cuyos cordones de seda se soltaron en la marcha, yacía, todo polvoriento, en el camino.

Entonces miró hacia atrás, y viendo las torres del Castillo de las Clarides, desvanecidas en la bruma lejana, sintió oprimírsele el corazón y las lágrimas le inundaron los ojos.

-Nos comerán los lobos -dijo, -y mamá no nos verá jamás: morirá de pena.

Pero Jorge le trajo el zapato, diciéndole:

-Cuando la campana del castillo llame a comer, estaremos de retorno en las Clarides. ¡Adelante! Y cantaron:

*A Mariana, el molinero
Le dijo, al verla llegar:
«Debéis allí, lo primero,
Vuestro pollino amarrar»...*

*A Mariana, el molinero
Le dijo, al verla llegar.*

¡El lago! Abeja, mira: ¡el lago, el lago, el lago!

-Sí, Jorge, ¡el lago!

Jorge lanzó un hurra, y arrojó al aire el sombrero. Abeja era demasiado recatada para arrojar igualmente su cofia. Pero, quitándose el

zapato, que apenas se sujetaba en el pie, lo tiró por encima de su cabeza, en señal de regocijo.

Estaba allí el lago, en el fondo del valle, cuyas pendientes circulares les formaban a las ondas argentadas una gran cúpula de hojas y flores. Estaba allí, tranquilo y puro, y veíase pasar un estremecimiento sobre la verdura aun confusa de sus orillas.

Pero los dos niños no descubrían en la arboleda ningún camino que condujera hasta las bellas aguas.

Mientras lo buscaban, sintiéronse mordidos en las piernas por unos patos que una chicuela vestida de piel de oveja, guiaba con su cayado.

Jorge le preguntó cómo se llamaba.

-Gilberta.

-Y bien Gilberta, ¿como se va al lago?

-No se va.

-¿Por qué?

-Porque...

-¿Pero si uno fuera?

-Si uno fuera, habría un camino, y se tomaría ese camino.

Nada había que contestar a la cuidadora de Patos.

-Vamos -dijo Jorge; -sin duda hallaremos más lejos algún sendero, bajo el bosque.

-Y recogeremos avellanas -dijo Abeja -y las comeremos, pues tengo hambre... Será preciso, cuando volvamos al lago, traer una valija llena de cosas buenas para comer.

Jorge repuso:

-Haremos lo que quieras, hermanita. Apruebo ahora al escudero Corazón-Leal, quien al partir para Roma, se llevó un jamón para el hambre y una damajuana para la sed... Pero apresurémonos, pues creo que el día avanza, aunque no sé la hora.

-Las pastoras la saben mirando el sol-dijo Abeja;-mas yo no soy pastora. Me parece, sin embargo, que el sol estaba sobre nuestras cabezas cuando salimos, y ahora está allá abajo, lejos, detrás de la villa y

el castillo de las Clarides. Será conveniente saber si esto sucede todos los días, y lo que significa.

Mientras observaban de esta suerte el sol, una nube de polvo se alzó en el camino, y vieron a unos caballeros que avanzaban, sueltas las bridas, y cuyas armas relucían.

Los niños tuvieron un miedo grande y se ocultaron en el pasto... «Son ladrones, ó más bien ogros», pensaban. En realidad, eran guardias que la duquesa de las Clarides había enviado en busca de los pequeños aventureros.

Y los pequeños aventureros encontraron en el pasto un sendero, que no era para enamorados, pues no podían andar por él dos de frente, tomados de las manos, a la manera de los novios. Tampoco se hallaba allí ninguna huella humana. Veíase tan sólo el rastro dejado por una infinidad de patitas hendidas.

-Son pies de diablitos -dijo Abeja.

-ó de corzas -dijo Jorge.

El caso no era claro. Pero lo que había de cierto, era que el sendero descendía en pendiente suave hasta el borde del lago, que apareció ante los dos niños en su lánguida y silenciosa belleza.

En la orilla del lago, los sauces inclinaban sus hojas tiernas. Los juncos balanceaban sobre las aguas sus flexibles estoques y sus delicados airones. Formaban islas estremecidas, en torno de las cuales los nenúfares descogían sus grandes hojas y sus flores de carne blanca. Sobre esas islas floridas, las libélulas de petos de esmeralda ó de zafiro y de alas de flama, trazaban un vuelo estridente, de curvas bruscamente rotas.

Y los dos niños hundían con delicia sus pies ardientes en la arenilla húmeda, en donde esparcíanse los abetos copudos y las macetas de largos dardos. En torno de ellos el llantén desplegaba su encaje al borde de las aguas durmientes, que el epílogo constelaba con sus flores violetas...

CAPÍTULO VIII

Donde se ve lo que le costó a Jorge de Blanchelande el haberse aproximado al lago de las Ondinas.

Abeja avanzó sobre la arena, entre dos boscajes de sauces, y ante ella el pequeño Genio del lugar saltó al agua, dejando en la superficie círculos que engrandecieron y se borraron. El Genio era una ramita verde de vientre blanco. Todo callaba; un hálito fresco pasaba sobre el lago claro, cuyas olas tenían el pliegue gracioso de una sonrisa.

--El lago es muy lindo -dijo Abeja; -pero los pies me sangran dentro de los zapatos destrozados, y tengo mucha hambre. Quisiera estar en el castillo.

-Hermanita -repuso Jorge: -siéntate sobre la hierba. Para refrescartos te envolveré los pies en hojas: luego iré a buscarte algo para que comas. Vi arriba, junto al camino, zarzamoras renegridas de maduras. Te traeré en mi sombrero las más hermosas y las más dulces. Dame tu pañuelo; pondré en él fresas, pues hay fresales cerca, al borde del sendero, a la sombra de los árboles. Y me llenaré los bolsillos de avellanas.

Arregló a la orilla del lago, bajo un sauce, un lecho de musgo para Abeja, y partió.

Extendida sobre el lecho de musgo, las manos juntas, Abeja contempló las estrellas encendiéndose temblorosas sobre el cielo pálido. Luego entornó los ojos; no obstante, creyó ver en el aire a un Enanito montado sobre un cuervo,

No era ilusión suya. El Enano tiró de las riendas que mordía el pájaro negro, y se detuvo encima de la niña, mirándola con sus ojos redondos. Después espoleó al cuervo y partió a gran vuelo.

Abeja vio confusamente estas cosas y se durmió.

Dormía cuando regresó Jorge con su recolección, que depositó al lado de ella. Descendió al borde del lago, aguardando a que desperta-

ra. El lago dormía bajo su delicada corona de follaje. Un vapor ligero se arrastraba blandamente sobre el agua. Súbito, la luna surgió sobre las ramas. Enseguida chispearon las ondas...

Jorge vio que esos fulgores que iluminaban la linfa, no eran todos el reflejo de la luna, pues notó flamas azules que avanzaban girando con ondulaciones y balanceos como si danzaran en rondas. Reconoció pronto que esas flamas temblaban sobre frentes blancas, sobre frentes de mujeres. En breve tiempo, bellas cabezas coronadas de algas y de pechinas, hombros en los cuales se extendían cabelleras verdes, pechos brillantes de perlas y sobre los que desplegábanse velos emergieron encima de las ondas.

El niño reconoció a las Ondinas y quiso huir. Pero ya brazos pálidos y fríos lo habían apresado y lo transportaron, a pesar de su resistencia y sus gritos, a través de las aguas, hasta galerías de cristal y de pórfido.

CAPÍTULO IX

Donde se ve cómo Abeja fue llevada por los Enanos.

La luna se había elevado sobre el lago, y las aguas sólo reflejaban ya el disco desmenuzado del astro.

Abeja dormía aún. El Enano que la observara regresó en su cuervo. Venía seguido de un ejército de hombrecitos. Eran hombrecitos pequeñísimos. Una barba blanca les bajaba hasta las rodillas. Tenían el aspecto de ancianos con estatura de niños. Por sus delantales de cuero y el martillo que les colgaba de la cintura, reconocíase que eran obreros trabajadores en metal. Su andar era extraño. Saltaban a grandes alturas, y dando asombrosas volteretas, mostraban una inconcebible agilidad; y en esto eran menos parecidos a hombres que a espíritus. Pero, haciendo las más locas cabriolas conservaban una inalterable gravedad, de manera que era imposible discernir su verdadero carácter.

Colocáronse en círculo alrededor de la dormida.

-Y bien -dijo desde lo alto de su cabalgadura emplumada él más pequeño de los Enanos -y bien ¿os engañó al comunicaros que una princesa sin par dormía al borde del lago? ¿No me agradecéis el habérselo demostrado?

-Te damos las gracias, Bob -contestó uno de los Enanos, con el aspecto de un viejo poeta. En efecto, no hay en el mundo nada tan lindo como esa señorita. Su cutis es más rozado que la aurora que se levanta sobre la montaña, y el oro que nosotros forjamos no es tan luciente como el de su cabellera.

-Es cierto, Pic; ¡Pic, nada es más cierto! -respondieron los Enanos. -¿Pero qué haremos de esta hermosa señorita?

Pie, semejante a un poeta muy anciano, no contestó una palabra a la pregunta de los Enanos, puesto que tampoco sabía lo que podría hacerse de la bella señorita.

Un Enano, llamado Rug, propuso:

-Construyamos una caja grande y encerrémosla en ella.

Otro Enano, de nombre Dig, combatió la proposición de Rug.

Según la opinión de Dig, no se metía en cajas sino a los animales salvajes, y nada dejaba todavía adivinar que la linda señorita lo fuera.

Pero Rug se mantenía en su idea, por no tener otra con que reemplazarla. Y la defendió con sutileza:

-Si esta persona –dijo –no es salvaje, lo será por causa de la caja, y en consecuencia, la caja se convertirá en algo útil, y hasta indispensable.

Tal razonamiento disgustó a los Enanos, y uno de ellos llamado Tad, lo condenó con indignación.

Era un Enano lleno de virtud. Propuso llevar a la hermosa niña a sus padres, a quienes suponía poderosos señores.

La opinión del virtuoso Tad fue rechazada como contraria a la costumbre de los Enanos.

-Es la justicia y no la costumbre -decía Tad -lo que se debe seguir.

No se le escuchaba ya, y la asamblea agitábase tumultuosa, cuando un Enano, que se llamaba Pau, al parecer de espíritu sencillo, pero justo, dio su opinión en estos términos:

-Es preciso, ante todo, despertar a esta señorita, puesto que no despierta por sí misma. Si pasa la noche así, mañana tendrá los párpados hinchados y su belleza desmejorará, porque es malsano dormir en un bosque, a la orilla de un lago.

La opinión fue generalmente aprobada, pues no contrariaba ninguna otra.

Pie, semejante a un viejo poeta abrumado de males, se aproximó a la niña y la contempló gravemente, pensando que una sola de las miradas de él bastaría para sacar a la durmiente del fondo del más profundo sueño.

Pero Pie se ilusionaba respecto del poder de sus ojos, y Abeja continuó durmiendo con las manos juntas.

Viendo esto, el venturoso Tad le tiró dulcemente de la manga.

Entonces ella entreabrió los ojos y se incorporó sobre el codo.

Al mirarse en un lecho de musgo, rodeada de Enanos, creyó que soñaba, y se frotó los ojos para despabilarlos y a fin de que entrara en ellos en vez de la visión fantástica, la pura luz de la mañana, visitadora de su cuarto azul, donde creía estar.

Pues su espíritu, entorpecido por el sueño, no recordaba la aventura del lago.

Pero en vano se frotó los ojos; los Enanos no desaparecían, y tuvo que convencerse de que eran verdaderos. Entonces, paseando sus pupilas inquietas, vio la floresta; evocó sus recuerdos, y gritó angustiada:

-¡Jorge! ¡hermano, Jorge!

Los Enanos se estrecharon en torno de ella y para no verlos Abeja se tapó el rostro con las manos.

--¡Jorge! ¡Jorge!.. ¿ Dónde está mi hermano Jorge? -gritaba sollozando.

Los Enanos nada le contestaron, por la sencilla razón de que no lo sabían. Y ella lloraba lágrimas cálidas, llamando a su madre y a su hermano.

Pau tuvo ganas de llorar también, y deseando consolarla le dirigió algunas palabras vagas.

-No os torturéis -le dijo. -Es impropio que tan bella señorita se dañe los ojos llorando. Contadnos más bien vuestra historia: debe de ser divertida; nos complacerá en extremo.

Abeja no lo escuchó. Se puso en pie y quiso huir. Pero sus Pies, hinchados y desnudos, le produjeron tan vivo dolor, que cayó de rodillas sollozando más fuerte.

Tad la sostuvo en sus brazos y Pau le besó dulcemente la mano. Abeja se atrevió entonces a mirar y vio que ellos tenían un aire lleno de piedad.

Pie le pareció un ser inspirado, pero inocente, y notando que todos aquellos hombrecitos le demostraban benevolencia, les dijo:

-Hombrecitos, es lástima que seáis tan feos; más os querré, a pesar de ello, si me dais que comer, pues tengo hambre.

-¡Bob! -exclamaron a una todos los Enanos: -Id en busca de comida.

Y Bob partió en su cuervo. Desde luego, los Enanos se resintieron por la injusticia que les infiriera aquella niña, al encontrarlos feos. Rug estaba colérico. Pie se decía: «No es sino una chicuela y no ve el fuego del genio que brilla en mis ojos y les da, a la vez, la fuerza que abate y la gracia que encanta». Pau pensaba: «Yo habría hecho mejor no despertando a esta niña que nos halla tan feos»

Pero Tad el justo, dijo, sonriendo:

-Señorita, os pareceremos menos feos cuando nos queráis más.

Á este tiempo, regresó Bob en su cuervo. Traía, en un plato de oro, una perdiz asada, un pan de centeno y una botella de vino de Burdeos. Depositó estos manjares a los pies de Abeja, dando un número incalculable de saltos.

Abeja comió y dijo:

-Hombrecitos: vuestra comida es muy buena. Me llamo Abeja; busquemos a mi hermano, y vamos todos al castillo de las Clarides, donde mama nos espera con gran inquietud.

Pero Dig, que era un buen Enano, le hizo presente que ella estaba en incapacidad para andar; que su hermano era bastante grande y se encontraría por sí mismo; que no le podía acontecer ninguna desgracia en aquel paraje, pues todos los animales feroces habían sido destruidos. Y agregó:

Construiremos una camilla la cubriremos con hojas y musgo; os acostaremos en ella y así os llevaremos a la montaña para presentarnos al rey de los Enanos, como lo manda la usanza de nuestro pueblo.

Todos los Enanos aplaudieron. Abeja miró sus pies doloridos y calló.

Quedó más tranquila al saber que no habla animales feroces en la comarca. Por lo demás, se confió a la amistad de los Enanos.

Ya ellos estaban construyendo la camilla. Los que tenían hachas cortaban, a grandes golpes, el pie de dos pinos. Esta faena convirtió a Rug a su primera idea.

-¿Si en lugar de una camilla –dijo –construyéramos una caja.

Pero levantó una reprobación unánime. Tad, mirándolo con desprecio, exclamó:

-Rug, eres más semejante a un hombre que a un Enano. Pero si quiera hay esto a favor de nuestra especie, es a saber: que el más maligno de los Enanos es también el más bruto.

Entretanto la obra adelantaba. Los Enanos saltaban en el aire para alcanzar las ramas, las cuales cortaban al vuelo, y con ellas formaban hábilmente una silla de manos.

Habiéndola recubierto de musgo y follaje, hicieron sentar a Abeja. Luego tomaron las dos lanzas... ¡ohé!... se las pusieron sobre los hombros, «¡hop!» y emprendieron la carrera hacia la montaña.

CAPÍTULO X

Que relata fielmente la acogida que el rey Loc hizo a Abeja de las Clarides.

Subían por un camino sinuoso la región arbolada.

En la verdura gris de encinas pequeñas se erguían bloques de granito, aquí y allá, estériles y mohosos, y la montaña rubicunda con sus gargantas azules cerraba el áspero paisaje.

El cortejo, que Bob precedía en su caballo alado, se soterró, metiéndose por una excavadura tapizada de pinos. Abeja, con sus cabellos de oro esparcidos por las espaldas, semejava la aurora surgiendo en la montaña, si es cierto que a veces la aurora se asusta, llama a su mamá y quiere huir, pues la chicuela hizo estas tres cosas tan pronto como vislumbró a Enanos terriblemente armados, emboscados, en todas las tortuosidades del peñascos.

Con el arco terciado ó la lanza en descanso, permanecían inmóviles. Sus túnicas, de pieles de animales, y sus largos cuchillos colgantes de la cintura, les daban un temible aspecto.

Piezas de caza, de pelo y de pluma, yacían a sus flancos. Pero aquellos cazadores, no mirándoles sino solamente el rostro, no tenían aire feroz; al contrario, parecían dulces y graves como los Enanos de la floresta, a los cuales asemejábanse mucho.

De pie, en medio de ellos había un Enano llano de majestad.

Llevaba en la oreja una pluma de gallo y en la frente una diadema floreada de piedras enormes. Su manto, alzado sobre un hombro, le descubría el brazo robusto, cargado de aros de oro. Un olifante de marfil y de plata cincelada, le pendía de la cintura. Apoyábase con la mano izquierda en la lanza, en la actitud de la fuerza en reposo, y tenía la derecha sobre los ojos, para mirar hacia el lado de Abeja y de la luz.

-Rey Loc -dijéronle los Enanos de la floresta -te traemos la bella niña que hemos encontrado: se llama Abeja.

-Hacéis bien -contestó el rey Loc. -Ella vivirá entre nosotros como lo prescribe la usanza de los Enanos.

Luego, acercándose a Abeja:

-Abeja -le dijo, -sed la bienvenida.

Le hablaba con dulzura, pues ya se sentía amigo de ella. Se empuñó para besarle la mano que ella le dejó tomar, y le aseguró que, no sólo no se le haría ningún mal, sino que se la contentaría en todos sus deseos, aun cuando anhelara collares, espejos, lanas de Cachemira y sedas de la China.

-Quisiera unos zapatos -insinuó Abeja.

Entonces el rey Loc golpeó con su lanza un disco de bronce suspendido del muro del peñasco, y acto continuo vióse avanzar algo desde el fondo de la caverna, rebotando como una bala. Aquello creció y adquirió la figura de un Enano, cuyo rostro hacía recordar los rasgos que los pintores dan al ilustre Belisario; pero cuyo mandil de cuero indicaba un zapatero.

Era, en efecto, el jefe de los zapateros.

-Truc -le dijo el rey, -escoge en nuestros almacenes el cuero más flexible, toma paño de oro y plata, pide al guardián de mi tesoro mil perlas del más bello Oriente, y construye con ese cuero y esas telas y esas perlas un par de zapatos para la joven Abeja.

Á estas palabras, Truc se inclinó sobre los pies de Abeja y los midió.

Pero ella dijo:

-Reyecito Loc, es preciso que me des en seguida los lindos zapatos que me has prometido, y cuando los tenga regresaré a las Clarides, a donde mi madre...

-Tendréis vuestros zapatos, Abeja -respondió el rey Loc; -los tendréis para pasearos en la montaña y no para regresar a las Clarides, pues ya no saldréis de este reino, donde vais a conocer secretos maravillosos que nunca imaginasteis en la tierra. Los Enanos son superiores a los- hombres, y es para vuestra dicha para lo que ellos os han recogido.

-Es para mi desdicha -repuso Abeja. -Reyecito Loc, dame unos zuecos iguales a los de las campesinas y déjame volver a las Clarides.

Pero el rey Loc hizo un signo con la cabeza para expresar que eso era imposible.

Abeja entonces juntó las manos y adquirió un acento acariciante:

-Reyecito Loc, déjame partir y te querré mucho.

-Me olvidaréis, Abeja, en la tierra luminosa.

-Reyecito Loc, no te olvidaré, y te querré tanto como a Sopla-los-Aires.

-¿Y quién es Sopla-los-Aires?

-Mi caballo bayo; tiene bridas rosas y come en mi mano. Cuando era pequeño, el escudero Corazón-Leal lo traía por la mañana a mi cuarto y yo lo besaba. Pero ahora Corazón-Leal está en Roma y Sopla-los-Aires es muy grande para subir las escaleras.

El rey Loc sonrió.

-Abeja, ¿consentís en quererme más aún que a Sopla-los-Aires?

-Sí, lo deseo.

-Perfectamente.

-Lo deseo, pero no puedo; os detesto, reyecito Loc, porque me impedís volver a ver mi madre y a Jorge.

-¿Quién es Jorge?

-¿Jorge? Es Jorge, y yo lo quiero.

La amistad del rey Loc por Abeja había crecido mucho en pocos instantes, y como ya abrigaba la esperanza de casarse con ella cuando estuviera en edad, reconciliando así a los hombres con los Enanos, temió que Jorge se convirtiera más tarde en su rival y le trastornara sus proyectos.

Por esto frunció las cejas y se alejó con la cabeza baja, como un hombre caviloso.

Abeja, viendo que lo había enojado, le tiró dulcemente de un extremo del manto.

-Reyecito Loc -dijo con voz triste y tierna ¿por qué nos hacemos uno a otro desgraciados?

-Abeja, la culpa la tienen las cosas-le respondió el rey Loc; -no puedo llevaros a donde está vuestra madre; pero le enviaré, un sueño que la instruirá respecto de vuestra suerte y la consolará.

-Reyecito Loc -repuso Abeja, -tienes una buena idea; pero voy a decirte lo que es necesario hacer. Debes enviarle todas las noches a mi madre un sueño en el cual me vea, y darme a mí todas las noches uno en el cual vea yo a mi madre.

El rey Loc prometió hacerlo así. Y como lo dijo lo hizo. Cada noche Abeja veía a su madre, y cada noche la duquesa veía a su hija.

Esto las contentó un poco en su cariño,

CAPÍTULO XI.

Donde se describen minuciosamente las curiosidades del reino de los Enanos, así como las muñecas que se le dieron a Abeja.

El reino de los Enanos era profundo y se extendía bajo una gran parte de la tierra. Aunque allí no se veía el cielo, sino aquí y allá, a través de algunas grietas del peñasco, las plazas, las avenidas, los palacios y las salas de aquella región subterránea, no estaban envueltos en densas tinieblas. Sólo unas cuantas cámaras y varias cavernas permanecían en la oscuridad. Lo restante estaba alumbrado, no por lámparas ó antorchas, sino por astros y meteoros que difundían una claridad extraña y fantástica, y esa claridad reflejábese sobre pasmosas maravillas.

Edificios inmensos erguíanse, tallados en la roca, y palacios cortados en el granito, y eran tan altos, que sus encajes de piedra perdíanse bajo las bóvedas de la vasta caverna, en una bruma atravesada por la luz anaranjada de astros diminutos, menos luminosos que la luna.

Había en esos reinos fortalezas de una masa aplastante, anfiteatros cuyas gradas pétreas formaban hemiciclos; la mirada era incapaz de abarcar su extensión. Pozos profundos, de paredes esculpidas, abríanse, y en ellos no se hallaba fondo. Todas aquellas construcciones, poco apropiadas en la apariencia para la estatura de los habitantes, convenían perfectamente a su genio curioso y fantástico.

Los Enanos, cubiertos de capuchones donde hojas de helecho estaban prendidas, circulaban en torno de los edificios con una agilidad espiritual.

No era raro ver que saltaban a la altura de dos ó tres pisos sobre la calzada de lava y de allí rebotaban como balas. Sus rostros conservaban durante este tiempo esa gravedad augusta que la estatuaria da a la fisonomía de los grandes hombres de la antigüedad.

Ninguno estaba ocioso y todos se afanaban en su trabajo. Barrios enteros retumbaban al ruido de sus martillos. Las voces desgarrantes de las máquinas se rompían contra las bóvedas de las cavernas, y era un curioso espectáculo ver la multitud de mineros, forjadores, batidores de oro, cavadores y batidores de diamantes, manejar con la destreza de monos la azada, el martillo, la tenaza, la lima.

Pero había una región más tranquila.

Allí, figuras groseras y potentes, pilares informes, surgían confusos de la roca bruta y parecían datar de una venerable antigüedad. Allí, un palacio de puertas bajas desplegaba sus formas rechonchas. Era el palacio del rey Loc.

Todo lo contrario era la casa de Abeja, casa ó más bien casita, que no contenía más que un solo cuarto, tapizado de muselina blanca. El mueblaje de pino se adaptaba bien a esta cámara. Una desgarradura de la roca dejaba allí pasar la luz del cielo, y en las noches serenas veíanse las estrellas.

Abeja no tenía sirvientes titulados; lo era todo el pueblo de los Enanos, que se apresuraba a satisfacerla en todas sus necesidades y todos sus deseos, excepto el de subir a la tierra.

Los más sabios Enanos, poseedores de grandes secretos, complacíanse en instruirla no por medio de libros, pues los Enanos no escriben sino mostrándole todas las plantas, los montes y las llanuras, las varias especies de animales y las mil clases de piedras que se extraen del seno de la tierra.

Y era con ejemplos y espectáculos como le enseñaban, con una alegría inocente, las curiosidades de la naturaleza y los procedimientos de las artes.

Le construían juguetes, tales como nunca los han tenido los niños ricos de la tierra; pues aquellos Enanos eran industriosos é inventaban admirables máquinas.

De esta suerte hacían para ella muñecas que sabían moverse con gracia y expresarse según las reglas de la poesía. Cuando se las reunía en un pequeño teatro, cuyo escenario representaba la ribera de los ma-

res, el cielo azul, palacios y templos las muñecas simulaban las más interesantes escenas. Aunque no eran más altas que el codo, parecían exactamente, unas, ancianas respetables, otras, hombres en la fuerza de la edad, o lindas doncellas vestidas de blancas túnicas.

Había también entre ellas madres que oprimían contra el seno chicleos llenos de inocencia.

Y aquellas muñecas elocuentes se expresaban y actuaban en la escena como si estuvieran sacudidas por el odio, el amor o la ambición. Pasaban con habilidad de la alegría al dolor, é imitaban tan bien a la naturaleza, que provocaban sonrisas ó hacían brotar lágrimas.

Abeja palmoateaba ante este espectáculo.

Las muñecas, ambiciosas de tiranía, le inspiraban horror. Sentía al contrario infinita piedad por la muñeca en otro tiempo princesa, ahora viuda y cautiva, con la cabeza ceñida de ciprés, y que no tenía otro recurso para salvar la vida de su hijo que casarse, ¡ay! con el bárbaro que la hizo esclava.

Abeja no se cansaba jamás de aquellas representaciones, que las muñecas variaban hasta lo infinito.

Los Enanos le daban también conciertos y le, enseñaban a tocar el laúd, la viola de amor, la tiorba, la lira y muchos otros instrumentos. De manera que ella se convertía en buena música, y las comedias representadas en el teatro por las muñecas, le inculcaban la experiencia de los hombres y de la vida.

El rey Loc asistía a las representaciones y a los conciertos; pero no veía y no oía sino a Abeja, en quien ponía poco a poco toda su alma.

Entretanto, transcurrían los días y los meses, los años cumplían su giro, y Abeja permanecía entre los Enanos, sin cesar divertida y siempre llena de la nostalgia de la tierra. Se transformaba en una linda joven. Su raro destino le imprimía a su fisonomía un algo extraño, haciéndola aún más atrayente.

CAPÍTULO XII

En donde se describe el tesoro del rey Loc lo mejor posible.

Hacía seis años, día por día, que Abeja vivía entre los Enanos.

El rey Loc la llamó a su Palacio y delante de ella dio orden a su tesorero de mover una enorme piedra que parecía formar parte del muro, pero que en realidad no estaba sino superpuesta. y por el hueco que dejara la enorme piedra, se deslizaron los tres, encontrándose en una caverna donde dos personas no habrían podido pasar al mismo tiempo.

El rey Loc se adelantó en aquel camino oscuro y Abeja lo siguió, prendida del manto real.

Anduvieron mucho tiempo.

Por intervalos las paredes graníticas llegaban a juntarse de tal modo, que la joven temía quedar presa hasta el punto de que no pudiese avanzar ni retroceder.

Y el manto del rey Loc huía sin cesar delante de ella por el estrecho y negro sendero.

Por fin, el rey Loc llegó a una puerta de bronce que abrió, esparciéndose una gran claridad:

-Reyecito Loc -exclamó Abeja, -hasta ahora no he apreciado las bellezas de la luz.

Pero el rey Loc, tomándola de la mano, la introdujo en la sala de donde venía la luz y le dijo:

-¡Mira!

Abeja, deslumbrada, no vio nada al pronto, pues aquel salón inmenso, de altas columnas de mármol, estaba desde el suelo hasta la techumbre resplandeciente de oro.

En el fondo, sobre un estrado formado de escaleras brillantes engastadas en oro y plata, y cuyas gradas estaban cubiertas de un tapiz

maravillosamente bordado, se elevaba un trono de marfil y oro, con un solio hecho con esmeraldas traslucidas.

A sus lados, dos palmeras de tres mil años se ostentaban en dos vasos gigantescos, cincelados en la antigüedad por el mejor artista de los Enanos.

El rey Loc subió al trono, é hizo colocar a la joven de pie, a su derecha.

-Abeja -le dijo, -este es mi tesoro; elegid todo lo que gustéis.

Colgados de las cortinas, inmensos escudos de oro recibían los rayos del sol y los refractaban en haces radiantes; las espadas y las lanzas se entrecruzaban, llameando en sus puntas.

Las mesas estaban cargadas de grandes vasos, vinajeras, jarrones, cálices, patenas, cristales policromos, cuernos para beber, de marfil con anillos de plata, botellas enormes de cristal de roca, bandejas de oro y de plata cinceladas, cofrecitos, relicarios en forma de iglesia, cazoletas, espejos, candelabros porta-antorchas tan admirables por su trabajo como por la materia, é incensarios que representaban monstruos.

Y en una de las mesas se distinguía un juego de ajedrez hecho con piedra de luna.

-Elegid, Abeja -repitió el rey Loc.

Pero Abeja, levantando la vista por encima de sus riquezas, vio el cielo azul por un ventanal practicado en la techumbre, y como si hubiera comprendido que sólo la luz del cielo daba brillo a todo aquello, dijo con sencillez:

-Reyecito Loc, quisiera subir a tierra.

Entonces el rey Loc hizo una seña a su tesorero, quien levantando espesas tapicerías, descubrió un cofre enorme, armado de hojas de acero y férreos arabescos. Aquel cofre estaba abierto y de él salían chispas de mil matices diversos y seductores; cada chispa procedía de una piedra preciosa artísticamente tallada. El rey Loc hundió en ella su mano, y entonces deslizáronse en una confusión luminosa la amatista violácea y la piedra de las vírgenes, la esmeralda de tres especies;

una de un verde sombrío, otra que se llama melosa, por ser del color de la miel y la tercera de un verde azulado, que da bellos ensueños; el topacio oriental, los rubíes, tan luminosos como la sangre de los bravos, el zafiro de un azul oscuro que se llama zafiro-macho y el azul Pálido, que se le llama zafiro-hembra; el crisatrio, el jacinto, la turquesa, el ópalo, cuyos resplandores son más dulces que la aurora, y el granate asirio.

Todas las piedras eran del agua más límpida y del más luminoso oriente. Y gruesos brillantes lanzaban, en medio de aquellos fuegos coloreados, rayos blancos que deslumbraban.

-Abeja, elegid -dijo el rey Loc.

Pero Abeja movió la cabeza y respondió:

-Reyecito Loc, prefiero a todas estas piedras uno solo de los rayos del sol que se quiebran en las techumbres del castillo de las Clarides.

Entonces el rey Loc hizo abrir un segundo cofre, que sólo contenía perlas. Pero aquellas perlas eran redondas y puras; sus reflejos cambiantes tomaban los tintes del cielo y del mar, y su brillo era tan dulce, que parecía formular un pensamiento de amor.

-Tomad -dijo el rey Loc. Pero Abeja le contestó:

-Reyecito Loc, esas perlas me recuerdan la mirada de Jorge de Blanchelande; amo las perlas pero más amo los ojos de Jorge.

Al oír aquella frase el rey Loc volvió la cabeza. Sin embargo, abrió de nuevo un tercer cofre, y mostró a la joven un cristal en el cual estaba prisionera una gota de agua desde los primeros tiempos del mundo, y cuando se agitaba el cristal, se veía moverse aquella gota, de agua. También le mostró pedazos de ámbar amarillo en los cuales los insectos, más brillantes que pedrerías, estaban presos, hacía millares de años. Distingíanse sus patas delicadas y sus finísimas antenas, y habrían volado de nuevo, si alguna fuerza hubiese hecho fundir como el hielo su prisión perfumada.

-Todas son grandes curiosidades naturales; os las cedo, Abeja.

Pero Abeja respondió:

-Reyecito Loc, guarda el ámbar y el cristal, pues nunca podría dar libertad al insecto ni a la gota de agua.

El rey Loc la observó un rato y dijo:

-Abeja, los más bellos tesoros estarán bien en vuestras manos. Los poseeréis sin que os posean. El avaro es esclavo de su oro. Sólo aquellos que desprecian las riquezas, pueden ser ricos sin peligro: su alma será siempre más grande que su fortuna.

Habiendo hablado de tal guisa, hizo una señal a su tesorero, el cual presentó sobre un cojín una corona de oro a la joven.

-Recibid esta joya como prueba de la estimación que os profesamos, Abeja -dijo el rey Loc. -En adelante se os llamará la princesa de los Enanos.

Y él mismo colocó la corona sobre la frente de Abeja.

CAPÍTULO XIII

En que el rey Loc se declara.

Los Enanos celebraron con alegres festejos la coronación de su primera princesa. Los juegos llenos de inocencia se sucedieron sin orden en el inmenso anfiteatro y los hombrecitos, con una mata de tomillo ó dos hojas de encina coquetamente prendidas en el capuchón, daban saltos graciosos a través de las calles subterráneas.

Los festejos duraron treinta días.

Pic conservaba en su borrachera el aspecto de un mortal inspirado; el virtuoso Tad se regocijaba ante la alegría pública; el tierno Dig, experimentaba el placer de derramar lágrimas; Rug, en su alegría, pedía de nuevo que se encerrase en la jaula a Abeja, para que los Enanos no tuviesen el temor de perder a una princesa tan deliciosa; Bob, montado en su cuervo, llenaba el ambiente con sus gritos, tan alegres, que el pájaro negro, contagiado de alegría, hacía oír pequeños graznidos alocados.

Sólo el rey Loc estaba triste.

Así, pues, él, que hacía treinta días daba a la princesa y a todo el pueblo de los Enanos un festín magnífico, se puso en pie en su sillón, teniendo de este modo la cara junto al oído de Abeja:

-Mi princesa Abeja -le dijo, -voy a haceros una demanda que podéis acoger o rechazar con plena libertad. Abeja de las Clarides, princesa de los Enanos, ¿queréis ser mi esposa?

Y diciendo esto, el rey Loc, grave y tierno, tenía la belleza llena de dulzura de un faldero augusto.

Abeja le respondió, tirándole de la barba:

-Reyecito Loc, me parece bien ser tu mujer de broma; pero de veras nunca seré tuya. En el momento en que me pides en matrimonio, me recuerdas a Corazón-Leal, quien sobre la tierra, me contaba cosas extravagantes para divertirme.

A estas palabras, el rey Loc volvió la cabeza; pero no lo bastante rápido para que Abeja no viese una lágrima en sus pestañas. Entonces Abeja sintió haberlo apenado.

Reyecito Loc -le dijo, -te amo como a un reyecito Loc que eres, y si me haces reír como lo hacía Corazón-Leal, no debes disgustarte, pues Corazón-Leal cantaba muy bien y habría sido hermoso sin los cabellos canos y la nariz roja.

El rey Loc le respondió:

-Abeja de las Clarides, princesa de los Enanos, os amo con la esperanza de que algún día me améis. Pero, aunque no tuviera esta esperanza, no os amaría menos. No os pido en cambio de mi amistad más que ser siempre sincera conmigo.

-Reyecito Loc, te lo prometo.

-¡Pues bien! Abeja, decidme si amáis a alguien.

-Reyecito Loc, hasta ahora no amo a nadie. Entonces el rey Loc sonrió y tomando su copa de oro, brindó con voz retumbante, por la salud de la princesa de los Enanos. Y un rumor inmenso se esparció en las profundidades de la tierra, pues la mesa del festín iba desde uno hasta el otro confín del imperio de los Enanos.

CAPÍTULO XIV

Donde se cuenta como Abeja vio a su madre sin poder besarla.

Abeja, con la corona que ceñía su frente, estaba más pensativa y más triste que cuando sus cabellos se deslizaban en libertad sobre sus hombros y que en los días en que iba sonriente a la fragua de los Enanos a tirar de la barba a los buenos amigos Pic, Tag y Dig, cuya faz, colorada por el reflejo de las llamas, tomaba a su llegada un aspecto alegre.

Aquellos buenos Enanos que antes la hicieran saltar en sus rodillas llamándola su Abeja, se inclinaban ahora ante su presencia y conservaban un silencio respetuoso.

Sentía no ser todavía una niña y sufría siendo princesa de los Enanos.

Ya no tenía placer en ver al rey Loc desde que le había visto llorar por su causa. Pero lo amaba porque era bueno y era desgraciado.

Un día (si se puede decir que los hay en el imperio de los Enanos), tomó de la mano al rey Loc y lo atrajo a la grieta de la roca que dejaba pasar un rayo de sol en el cual danzaba un polvillo dorado.

-Reyecito Loc -le dijo, -yo sufro. Sois rey, me amáis y sufro.

Al oír las palabras de la linda joven el rey Loc respondió:

-Os amo, Abeja de las Clarides, princesa de los Enanos, y por ello os he retenido en este mundo, enseñándoos nuestros secretos que son más grandes y más curiosos que todos los que podáis ver en la tierra, entre los hombres; pues los hombres son menos hábiles y menos sabios que los Enanos.

-Sí -dijo Abeja, -pero son más semejantes a mí que los Enanos; por eso me gustan más. Reyecito Loc, dejadme ver a mi madre, si no queréis que me muera.

El rey Loc se alejó sin responder.

Abeja, sola y desolada, contemplaba el rayo de aquella luz que bañaba toda la faz de la tierra y que vestía con sus ondas resplandecientes a todos los vivientes, hasta a los mendigos que van por los caminos.

Lentamente, aquel rayo palideció y tornó su claridad dorada en un reflejo azul pálido. La noche caía sobre la tierra. Y una estrella brilló a través de la hendidura de granito.

Entonces sintió que la tocaban en el hombro-, era el rey Loc envuelto en un manto negro.

Llevaba en el brazo otro manto con el que cubrió a la joven.

-Ven -le dijo.

Y la condujo fuera del subterráneo. Cuando ella vio de nuevo los árboles agitados por la brisa, las nubes que velaban la luna a trechos, y toda la grandeza de la noche fresca y azul; cuando sintió el olor de la hierba; cuando el aire que respiraba en su infancia entró de nuevo en su pecho, exhaló un gran suspiro y creyó morir de gozo.

El rey Loc la tomó en sus brazos: tan pequeño como era, la llevaba con la misma facilidad que una pluma y ambos se deslizaban sobre el suelo como la sombra de dos pájaros.

-Abeja, vais a ver a vuestra madre. Pero escuchad. Todas las noches, ya lo sabéis, le envió vuestra imagen. Todas las noches ve vuestro querido fantasma; le sonrío, le habla y lo besa. Os mostraré a ella esta noche, a vos misma en vez del simulacro vuestro. La veréis; pero no la toquéis, no le habléis, pues entonces el encanto se destruiría y no os volvería a ver ni de una ni de otra forma.

-Seré prudente ¡ay de mí! reyecito Loc... ¡ahí está! ¡ahí está!

En efecto, el castillos de las Clarides se elevaba muy negro sobre el monte. Abeja no tuvo ni siquiera tiempo para enviar un beso a las piedras tan queridas, pues ya veía huir a su lado los paredones floridos de la villa de las Clarides; subieron una pendiente donde gusanos lucientes brillaban en la hierba, hasta el portillo que el rey Loc abrió con facilidad, pues los Enanos, dueños de los metales, no retrocedían ante las cerraduras, los candados, los cerrojos, las cadenas ó las verjas.

Subió la escalera de caracol que conducía al cuarto de su madre y se detuvo para contener con ambas manos su corazón que palpitaba. La puerta se abrió dulcemente, y al resplandor de una lamparita suspendida del techo, Abeja vio' en el silencio religioso que reinaba, a su madre, a su madre adelgazada y muy pálida, caídos sobre las sienes los cabellos canosos. Pero más bella era así, para su hija, que en los días ya pasados de magníficas esplendideces.

Como entonces aquella mujer veía a su hija en sueños, abrió los brazos para abrazarla. Y la criatura, risueña y sollozando, quiso arrojar-se en sus brazos abiertos; pero el rey Loc la arrancó a este abrazo y llevóla como una paja a través de los campos azules, al reino de los Enanos.

CAPÍTULO XV

En el que se verá la gran pesadumbre que tuvo el rey Loc.

Abeja, sentada en las escaleras de granito del palacio subterráneo, miraba aún el cielo azul a través de la hendidura de la roca. Allí los sauces tornaban hacia la luz sus blancas mubelas Abeja lloró. El rey la tomó de la mano y le dijo:

-Abeja, ¿por qué lloráis y qué deseáis?

Y como estaba triste desde hacía varios días, los Enanos, sentados a sus pies, tocaban la flauta, la siringa y los timbales. Otros Enanos hacían piruetas para agradarla. Uno tras otro tocaban la hierba con la punta de sus capuchones adornados con una divisa de ramaje, y nada había más cómico que contemplar los juegos de aquellos hombrecitos de barbas de ermitaños.

El virtuoso Tad, el sensible Dig, que la amaban desde el día que la vieron dormida al borde del lago, y Pie, el poeta viejo, la tomaban dulcemente del brazo y le suplicaban les confiara el secreto de su tristeza. Pau, cuya inteligencia era simple pero justa, le presentaba uvas en una canastilla y todos, tirándole de la orilla del vestido, repetían con el rey Loc:

-Abeja, princesa de los Enanos ¿por qué lloráis?

Abeja respondió:

-Reyecito Loc y vosotros todos, hombrecitos, mi tristeza aumenta vuestra amistad porque sois buenos; lloráis cuando yo lloro. Sabed que mi llanto es por Jorge de Blanchelande que debe ser hoy un bravo caballero y a quien no veré jamás. Lo amo y quisiera ser su mujer.

El rey Loc retiró su mano de la mano de Abeja que estrechaba, y dijo:

-Abeja, ¿por qué me habéis engañado, diciéndome en la mesa del festín que no amábais a nadie?

Abeja respondió:

-Reyecito Loc, no te engañé en la mesa del festín. Entonces no deseaba casarme con Jorge y hoy anhelo con ansia que me pida por esposa. Pero no lo liaré, porque yo no sé donde está y él no sabe donde encontrarme. Por eso lloro.

Con aquellas palabras los músicos cesaron de tocar; los que saltaban interrumpieron sus piruetas, quedando unos de cabeza y otros de pie; Tad y Dig derramaron llanto silencioso sobre la manga de Abeja; el sencillo Pan dejó caer la canastilla con los racimos de uvas y todos los hombrecitos exhalaban gemidos espantosos.

Pero el rey de los Enanos, más desolados que todos bajo su corona de florones brillantes, se alejó sin decir nada, dejando que su manto arrastrase siguiéndole como un torrente de púrpura.

CAPÍTULO XVI

Donde se encuentran las palabras del sabio Nur, que causaron una alegría extraordinaria al reyecito Loc.

El rey Loc no había dejado ver su debilidad a la joven; pero cuando estuvo solo, se sentó en tierra, y sujetando los pies con las manos, se abandonó a su dolor.

Estaba celoso y se decía:

-¡Ama y no es a mí a quien ama! Y, sin embargo, soy rey y poseo la ciencia; tengo tesoros, sé secretos maravillosos; soy mejor que los demás Enanos, que valen más que los hombres. No me ama y ama a un joven que no posee la ciencia de los Enanos y que quizá no posee ninguna. Es lo cierto que ella no estima el mérito y no tiene nada de sensata. Debería reír de su poco juicio; pero la amo y no tengo gusto para nada en el mundo, porque ella no me ama.

Durante muchos días el rey Loc vagó solo en las gargantas más agrestes de la montaña, aleteando en su espíritu pensamientos tristes y a veces malos. Pensaba obligar a Abeja por la cautividad y el hambre a que fuese su mujer. Pero, alejando aquella idea tan pronto llegó a concebirla se propuso ir en busca de la joven y arrojarle a sus pies. Tampoco perduró en esta resolución y no sabía qué hacer.

Es que no dependía de él que Abeja llegase a amarlo. Su cólera tomóse de repente contra Jorge de Blanchelande; ansiaba que aquel joven fuese llevado muy lejos por algún encantador, o por lo menos, si llegaba a conocer el amor de Abeja, que lo despreciase.

Y el rey pensaba:

-Sin ser viejo, he vivido demasiado tiempo para conocer el sufrimiento alguna que otra vez, pero, por profundos que fuesen eran menos ásperos que los que hoy experimento. La ternura ó la compasión que los causaban, los endulzaban al mismo tiempo. Ahora, al contrario, mi tristeza tiene la negrura y la acritud de un deseo malo. Mi al-

ma está árida y mis ojos nadan en su llanto como en un ácido que los quemase.

Así pensaba el rey Loc. Y temiendo que los celos lo volviesen injusto y malo, evitaba los encuentros con la joven por temor de tener involuntariamente el lenguaje de un hombre débil ó violento.

Un día que el pensamiento de Abeja lo atormentaba más que de costumbre, recordando que ella amaba a Jorge, tomó la resolución de consultar a Nur, que era el más sabio de los Enanos, y habitaba el fondo de una cisterna cavada en las entrañas de la tierra.

Esta cisterna tenía la ventaja de una temperatura igual y dulce. No reinaba la oscuridad, porque dos astros pequeños, un sol pálido y una luna roja, alumbraban alternativamente todos los rincones.

El rey Loc bajó a la cisterna y encontró a Nur en su laboratorio. Nur tenía el rostro de un hombrecito viejo, y llevaba una rama en su capuchón. a pesar de su ciencia, participaba de la inocencia y del candor de su raza.

-Nur -le dijo el rey besándolo, -vengo a consultarte porque tú sabes muchas cosas.

-Rey Loc -respondió Nur, --podría saber muchas cosas y no ser más que un imbécil. Pero conozco el medio de saber algunas de las innumerables cosas que ignoro y por ello tengo fama de sabio.

-Pues bien -repuso el rey Loc, -¿sabes tú dónde se encuentra ahora un joven llamado Jorge de Blanchelande?

-A fe mía no lo sé, ni nunca tuve la curiosidad de saberlo -respondió Nur. -Sabiendo qué ignorantes son los hombres, qué idiotas y, malos me cuido poco de lo que piensan y hacen. Y si agrego a esto que, para dar valor a la vida de esa raza orgullosa y miserable, los hombres tienen la valentía, las mujeres la belleza y los niños la inocencia, ¡oh rey Loc! hay que convenir en que la humanidad entera es deplorable ó ridícula. Sometidos como los Enanos a la necesidad de trabajar para vivir, los hombres se han rebelado contra esta ley divina, y, lejos de ser como nosotros, obreros llenos de alegría, prefieren la guerra al trabajo y les place más matarse entre sí que ayudarse. Pero

es preciso reconocer, para ser justo, que la brevedad de su vida es la causa principal de su ignorancia y ferocidad.

Viven muy poco para aprender a vivir. La raza de los Enanos que moran bajo la tierra, es mucho más dichosa y mejor. Si no somos inmortales, por lo menos cada uno de nosotros durará lo que dure la tierra que nos alberga en su seno y nos penetra con su calor íntimo y fecundo, en tanto que para las razas que nacen en su ruda corteza no tiene más que un aliento, ya ardiente, ya helado, difundiendo la muerte al mismo tiempo que la vida. Los hombres, a pesar de todo, deben al exceso de su miseria y de su maldad una virtud que convierte al alma de algunos de ellos más bella que el alma de los Enanos. Esta virtud, cuyo esplendor es para el pensamiento lo que a la vista el dulce brillo de las perlas ¡oh rey Loc! es la compasión. El sufrimiento la enseña y los Enanos la conocen poco, porque, sabiendo más que los hombres, tienen menos penas. Por esta causa los Enanos salen a veces de sus cavernas profundas y van a la corteza inclemente de la tierra para mezclarse con los hombres, para amarlos y sufrir con ellos y por ellos saboreando así la compasión que refresca las almas como un celeste rocío. Tal es la verdad entre los hombres, ¡oh rey Loc!; pero ¿no me has preguntado por alguno particularmente?

El rey Loc volvió a formular la pregunta y el viejo Nur miró por uno de los lentes que llenaban el cuarto. Pues los Enanos no tienen libros; los que se suelen encontrar en su poder, provienen de los hombres y sirven de juguetes.

Para instruirse no consultan, como nosotros, los signos sobre el papel; miran por lentes y en ellos ven el objeto de su curiosidad. La dificultad está sólo en escoger el lente conveniente y dirigirlo bien.

Los hay de cristal, de topacio y de ópalo; pero aquellos que están formados por un grueso diamante pulido, tienen más potencia y sirven para ver cosas muy lejanas.

Los Enanos también poseen lentes de una sustancia diáfana, desconocida de los hombres. Estos permiten a la mirada atravesar como vidrio las murallas y las rocas. Otros, aun más admirables, reproducen

tan fielmente como en un espejo todo lo que el tiempo arrastra en su huída, pues los Enanos saben reconstituir la luz de los primeros días, con las formas y color es de los tiempos de formación, desde el seno infinito del éter hasta sus propias cavernas.

Reconstituyen el pasado, recogiendo los haces luminosos que, habiéndose un día quebrado contra formas de hombres, de animales, de plantas ó de rocas, resurgen a través de los siglos en el éter insondable.

El viejo Nur tenía fama en descubrir las figuras de la antigüedad, aun aquellas imposibles de concebir, que vivieron antes que la tierra hubiese revestido el aspecto que le conocemos. Así es que fue sólo cuestión de pasatiempo buscar a Jorge de Blanchelande.

Habiendo mirado durante un' minuto apenas por un lente muy sencillo, dijo al rey Loc:

-Rey Loc, el que buscas está entre las Ondinas, en el castillo de cristal de donde no se regresa y cuyos muros irisados confinan con tu reino.

-¿Está allí? ¡Que allí quede! -exclamó el rey Loc, frotándose las manos. -Le deseo mucha dicha.

Y besando al viejo Nur, salió de la cisterna riendo a carcajadas.

Durante todo el camino, se tenía el vientre para reír a su gusto: su cabeza campaneaba; su barba iba y venía sobre el estómago. -¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja! -Los hombrecitos que lo encontraban reían también como él, por simpatía.

Viéndoles reír, también los demás reían; aquella risa voló de grupo en grupo, de suerte que todo el interior de la tierra retumbó en una carcajada extremadamente jovial. ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, Ja!

CAPÍTULO XVII

Donde se cuenta la maravillosa aventura de Jorge de Blanchelande.

El rey Loc no rió mucho tiempo; al contrario, ocultó bajo las ropas de la cama el rostro de Enano completamente desgraciado.

Pensando en Jorge de Blanchelande cautivo de las Ondinas, no pudo dormir en toda la noche. Así que, a la hora en que los Enanos que tienen vaqueras por amigas van a ordeñar las vacas en lugar de ellas dejándolas dormir a pierna suelta en sus lechos blancos, el rey-cito Loc fue al encuentro del viejo Nur en su caverna profunda.

-Nur -le dijo -no me has dicho lo que hace entre las Ondinas.

El viejo Nur creyó que el rey Loc había perdido el juicio y no se asustó sobremanera, porque estaba cierto de que, si el rey Loc se volvía loco, sería un loco gracioso, espiritual, amable y benevolente.

La locura de los Enanos es dulce como su razón y llena de una fantasía deliciosa. Pero el rey Loc no estaba loco; por lo menos no lo estaba más que lo están en general los enamorados.

-Te estoy hablando de Jorge de Blanchelande -díjole al viejo que había olvidado enteramente a aquel joven.

Entonces el sabio Nur dispuso en orden exacto, pero tan complicado que daba la apariencia del desorden lentes y espejos, e hizo ver en uno de ellos al rey Loc el propio rostro de Jorge de Blanchelande tal como era cuando las Ondinas lo robaron. Por una buena dirección y elección de aparatos, el Enano mostró al enamorado rey las imágenes de toda la aventura del hijo de aquella condesa a la cual una rosa blanca le anunció su fin. Y he aquí, expresado por palabras, lo que los dos hombrecitos vieron en la realidad de las formas y los colores.

Cuando Jorge fue transportado en los brazos glaciales de las hijas del lago, sintió que el agua le oprimía los ojos y el pecho, y creyó morir. Sin embargo, oía canciones parecidas a caricias y estaba impregnado de una frescura deliciosa. Cuando abrió de nuevo los ojos, vióse

en una gruta cuyos pilares de cristal reflejaban los matices delicados del arco iris.

En el fondo de aquella gruta, una gran concha de nácar, irisada con los tintes más suaves, servía de dosel al trono de coral y de algas de la reina de las Ondinas.

Pero el rostro de la soberana de las aguas tenía resplandores más suaves que el nácar y el cristal. Sonrió a la criatura que las mujeres le llevaban y clavó largo tiempo sobre él sus ojos verdes.

-Amigo -le dijo ella al fin, -sed bienvenido en nuestro mundo, donde toda pena te será evitada. Para ti, ni lecturas áridas, ni los rudos ejercicios, nada de grosero que recuerde la tierra y sus trabajos; solamente tendrás canciones, danzas y la amistad de las Ondinas.

En efecto, las mujeres de cabellos verdes enseñaron al niño la música, la danza y mil diversiones. Complacíanse en adornar su cabellera; pero él, pensando en su patria, mordía sus puños con febril impaciencia.

Los años pasaban y Jorge deseaba con ardor constante volver a ver la tierra, a la ruda tierra que el sol tuesta y que la nieve endurece; la tierra natal donde se sufre, donde se ama; la tierra donde había visto, donde quería ver de nuevo a Abeja. Entretanto, se volvía un gallardo mancebo y un ligero bozo le doraba el labio. El valor llególe con la barba, y un día presentóse ante la reina de las Ondinas y, previa inclinación, le dijo:

-Señora, vengo, si os dignáis concedérmelo, a despedirme de vos; regreso a las Clarides.

-Buen mozo -respondióle la reina sonriendo; -no puedo acordaros lo que pedís, puesto que os conservo en mi castillo de cristal para haceros mi amigo.

-Señora -repuso Jorge, -me siento indigno de tan alto honor.

-Es a causa de vuestra cortesía. Todo buen caballero no cree jamás haber merecido el amor de su dama. Además, sois muy joven para conocer vuestros méritos. Sabed, buen mozo, que se os quiere para bien. Obedeced solamente a vuestra dama.

-Señora, yo amo a Abeja de las Clarides y no quiero más dama que ella.

La reina, muy pálida, pero más bella aun, exclamó:

-Una joven mortal, una hija grosera de los hombres, Abeja, ¿cómo podéis amar semejante cosa?

-No lo sé; sólo sé que la amo.

-Está bien. Ya se os pasará.

Y retuvo al joven en las delicias de su castillo de cristal.

Él ignoraba lo que era una mujer y más se parecía a Aquiles entre las hijas de Lycomedes que a Tannhäuser en la aldea encantada. De aquí que errase tristemente a lo largo de los Muros del palacio inmenso, buscando una salida para huir; pero por todas partes veía el imperio magnífico y mudo de las ondas, cerrar su prisión luminosa. a través de los muros transparentes miraba florecer las anémonas del mar y los corales, en tanto que, por encima de las madréporas delicadas y las conchas brillantes, los peces de púrpura de azur y de oro despedían chispas iridiscentes al agitar sus colas. Aquellas maravillas ni siquiera llamaban su atención; pero, mecido por los cánticos deliciosos de las Ondinas, sentía poco a poco debilitarse su voluntad y desvanecerse su alma.

Ya no experimentaba sino molicie o indiferencia, cuando encontró por casualidad en una galería del palacio un libro viejo, desencuadrado, que conservaba a trechos el forro de piel de trucha con grandes clavos de cobre. Aquel libro, recogido en un naufragio, en medio de los mares, trataba de la caballería y de las damas, y en él se contaban las aventuras de los héroes que fueron por el mundo combatiendo a gigantes, enderezando entuertos, protegiendo viudas y amparando huérfanos, por amor a la justicia y honor de la belleza. Jorge enrojecía y palidecía alternativamente de admiración, de vergüenza y de cólera, con el relato de aquellas hermosas aventuras. No pudo contenerse:

Yo también seré, un buen caballero -pensó.

-Yo también iré por el mundo castigando malvados y socorriendo desgraciados para bien de los hombres y en nombre de mi dama Abeja.

Entonces con el corazón henchido de audacia, se lanzó, desnudando su espada, a través de las viviendas de cristal. Las mujeres blancas huían y se desvanecían delante de él como las facetas argentadas de un lado. Sólo su reina lo vio llegar sin espanto, y posó en el joven la mirada fría de sus pupilas verdes.

Corrió a ella y le gritó:

-Rompe el encanto que me rodea. Abre el camino de la tierra. Quiero combatir a la luz del sol como caballero. Quiero regresar a donde se ama, a donde se sufre, a donde se lucha. Devuélveme la verdadera vida y la luz verdadera. Devuélveme la virtud; ¡si no, te mataré, mala mujer!

Ella movió la cabeza sonriendo para decir no. Estaba hermosa y tranquila. Jorge la atacó con todas sus fuerzas, pero su espada se quebró contra el pecho brillante de la reina de las Ondinas.

-¡Niño!-díjole ella.

Y lo hizo encerrar en un calabozo que formaba debajo del castillo una especie de embudo de cristal, alrededor del cual los tiburones pasaban abriendo sus monstruosas fauces armadas de una triple hilera de dientes agudos. Y parecía que a cada esfuerzo iban a romper la débil pared de vidrio, de tal modo que no era posible dormir en aquel extraño calabozo.

La punta de aquel embudo reposaba en un fondo roqueño que servía de bóveda a la caverna más lejana y la menos explorada del imperio de los Enanos.

He aquí lo que aquellos dos hombrecitos vieron en una hora, tan exactamente como si hubiesen seguido a Jorge todos los días de su vida.

El viejo Nur, después de haber mostrado la escena del calabozo en toda su tristeza, habló al rey Loc casi como hablan los saboyanos cuando muestran la linterna mágica a los niños,

-Rey Loc -le dijo -te he mostrado todo lo que deseabas ver, y estando tú enterado ya de todo, nada debo añadir. No me importa si te causó placer; la verdad es lo que me mueve. La ciencia no se cuida ni de agradar ni de desagradar. Es inhumana. Sólo la poesía encanta y consuela. Por esta razón la poesía es más necesaria que la ciencia. Rey Loc, ve a hacerte cantar una canción.

El rey Loc salió de la cisterna sin decir una palabra.

CAPÍTULO XVIII.

En donde el rey Loc lleva a cabo un terrible viaje.

Al salir del pozo de la ciencia, el rey Loc fue a su tesoro, tomó un anillo de un cofre del que él sólo poseía la llave, y se lo puso en el dedo. La piedra de aquel anillo arrojaba una luz vivísima, pues era mágica, y su virtud se conocerá en el curso de este relato.

El rey Loc fue enseguida a su palacio, donde se puso un abrigo de viaje, botas fuertes y tomó un garrote; acto seguido emprendió camino a través de las calles populosas, las grandes carreteras, las aldeas, las galerías de pórfido, las capas de petróleo y las grutas de cristal que comunicaban entre sí por estrechas hendiduras.

Parecía pensativo y pronunciaba palabras sin sentido. Caminaba obstinadamente. Las montañas obstruían el paso y las franqueaba; los precipicios se abrían a sus pies y descendía a los precipicios, pasaba las lagunas; atravesaba regiones espantosas que los vapores de azufre obscurecían. Caminaba sobre lavas ardientes, donde sus pies dejaban la huella; tenía el aspecto de un viajero muy testarudo.

Se aventuró en cavernas sombrías, en que el agua del mar, filtrándose gota a gota, se deslizaba como lágrimas a lo largo de las algas y formaba en el suelo desigual, lagunas donde innumerables crustáceos crecían monstruosamente. Cangrejos enormes, langostas y arañas marinas, crujían bajo la planta del Enano, dejando al huir algunas de sus patas y despertando en su huída pulpos seculares que de pronto agitaban sus cien brazos y escupían por su pico de pájaro un veneno fétido. El rey Loc no cesaba de avanzar.

Llegó hasta el fondo de aquellas cavernas, en que había un montón de caparazones armados de puntas, de patas que se encaramaban al cuello y de ojos tristes en las puntas de largos tentáculos. Trepó al flanco de la caverna, agarrándose a las asperezas de la roca, y los monstruos acorazados subían con él, y no se detuvo hasta haber reco-

nocido una piedra, después de tocarla que sobresalía en medio de aquella bóveda natural.

Tocó con su anillo mágico aquella piedra, que se desprendió en el momento con horrible estrépito. Un haz de luz esparció sus hermosas ondas en la caverna y puso en fuga a aquellos animales, hijos de la oscuridad.

El rey Loc, pasando la cabeza por el hueco de donde venía la luz, vio a Jorge de Blanchelande que se lamentaba en su prisión de vidrio, pensando en Abeja y en la tierra. Pues el rey Loc hizo aquel viaje para libertar al cautivo de las Ondinas.

Mas, al ver aquella cabeza enorme, greñuda, con cejas espesas y barbas inmensas, mirarle desde el fondo del embudo de cristal, Jorge creyó que un gran peligro lo amenazaba y aprestó la espada sin recordar que la había roto en el pecho de la mujer de los ojos verdes. El rey Loc lo miraba con curiosidad.

-¡Bah! -se dijo, -no es más que un niño.

Era en efecto un niño muy sencillo, debiendo a su sencillez el haber escapado a los besos deliciosos y mortales de la reina de las Ondinas. Aristóteles con toda su ciencia no habría salido con bien de un modo tan fácil.

Jorge, viéndose sin defensa, dijo:

-¿Qué quieres, cabeza enorme? ¿Por qué me vas a hacer daño, si yo nunca te lo hice?

El rey Loc respondió con tono jovial al par que agrio:

-Niño mío, no sabéis si me hicisteis daño, pues ignoráis los efectos y las causas, las acciones reflejas y en general toda filosofía. Pero no hablemos de ello. Si no os disgusta salir de vuestro embudo, venid por aquí.

Jorge se deslizó enseguida en la caverna y cuando llegó al fondo:

-Sois un buen hombrecito -dijo a su libertador; -os amaré toda la vida; pero ¿sabéis acaso dónde está Abeja de las Clarides?

-Sé muchas cosas -respondió el Enano, -y sobre todo, que no me gustan los curiosos.

Jorge quedóse sumamente confuso y siguió en silencio a su guía en aquel ambiente espeso y negro, donde se agitaban los crustáceos y, los pulpos. Entonces el rey Loc le dijo en tono de burla:

-¡El camino no es para carrozas, principito mío!

--Señor -respondióle Jorge, -el camino de la libertad es siempre hermoso y no temo extraviarme siguiendo a mi bienhechor.

El reyecito Loc se mordió los labios. Llegado a las galerías de pórvido, mostró al joven una escalera practicada en la roca por los Enanos para subir a tierra.

-He aquí vuestro camino -le dijo, -adiós.

-No me digáis adiós -respondió Jorge; -decidme que os volveré a ver. Mi vida es vuestra, después de lo que acabáis de hacer por mí.

El rey Loc respondió:

-Lo que hice no fue por vos, fue por otra. Vale más que no nos veamos, pues nunca podríamos querernos.

Jorge repuso con tono sencillo y grave:

-No creía que mi libertad me causaría pena. Y, sin embargo, así es. Adiós, señor.

-¡Buen viaje! -gritó el rey Loc con voz ruda.

La escalera de los Enanos terminaba en una cantera abandonada que estaba situada a menos de una legua del castillo de las Clarides.

El rey Loc prosiguió su camino murmurando:

-Ese joven no tiene ni la ciencia ni la riqueza de los Enanos. A decir verdad, no sé por qué lo amaré Abeja, a menos que sea porque es joven hermoso, fiel y bravo.

Y penetró en la ciudad riendo entre dientes, como aquel que acaba de jugar alguna mala pasada a alguien. Al pasar ante la casa de Abeja, metió su cabezota por la ventana, como lo hizo en el embudo de vidrio y vio a la joven que bordaba flores de plata en un tul

-Alegría, Abeja -le dijo.

-Y tú -respondió ella -¡reyecito Loc, que nunca tengas nada que desear ó por lo menos nada que sentir!

Mucho tenía él que desear, pero verdaderamente no tenía nada que sentir. Aquel pensamiento le hizo cenar con apetito. Después de haber comido un gran número de faisanes trufados, llamó a Bob.

-Bob -le dijo, -sube sobre tu cuervo; vete en busca de la princesa de los Enanos y le dices que Jorge de Blanchelande que estuvo mucho tiempo en poder de las Ondinas, está hoy de regreso en las Clarides.

Habló, y Bob voló sobre su cuervo.

CAPÍTULO XIX.

Que trata del encuentro maravilloso que hace maese Juan, el sastre, y de la buena canción que los pájaros del bosquecito cantaron a la duquesa.

Cuando Jorge se encontró de nuevo en la tierra donde nació, la primera persona que encontró, fue Juan, el viejo sastre, que llevaba en el brazo una librea roja para el mayordomo del castillo. El buen hombre lanzó un grito a la vista del joven señor.

-¡Por Santiago! -dijo, -que si no sois monseñor Jorge de Blanchelande que se ahogó en el lago hace ya siete años, sois su alma o el diablo en persona!

-No soy ni alma ni diablo, mi buen Juan, sino el mismo Jorge de Blanchelande que antaño se os deslizaba en la trastienda y os pedía pedazos de tela para vestir las muñecas de mi hermana Abeja.

Pero el buen hombre seguía exclamando:

-¿No os ahogasteis, señor? ¡Qué contento estoy! tenéis muy buen aspecto. Mi nieto Pedro que se encaramaba en mis brazos para veros pasar a caballo los domingos por la mañana al lado de la duquesa, está hecho un buen obrero y un guapo mozo. Es, a Dios gracias, tal como os lo digo, monseñor. Se pondrá muy contento cuando sepa que no estáis en el fondo de las aguas y que no os han comido los pescados como se creía. Bromea mucho a este respecto, ¡pues tiene mucho talento, monseñor! Y en toda Clarides se os echa muy de menos Vuestra infancia estaba llena de promesas. Recordaré hasta mi último suspiro que un día me pedisteis una aguja para coser, y como os la negara por no tener edad para manejarla sin peligro, me respondisteis que iríais al bosque a coger las lindas agujas verdes de los pinos. Me respondisteis eso y aun río. ¡Por mi vida que respondisteis eso! Nuestro Pedrito también tenía buenas ocurrencias. Hoy es tonelero, a vuestro servicio, monseñor.

-No elegiré más que a él. Pero dadme noticias de Abeja, maese Juan, y de la duquesa.

-¡Ay de mí! ¿De dónde venís, señor, que no sabéis que la princesa Abeja fue robada hace siete años por los Enanos de la Montaña? Desapareció el misina día en que percesteis ahogado, y puede decirse que desde ese día el ducado de las Clarides perdió sus dos flores más tiernas. La duquesa llevó luto. Esto es lo que me hace decir que los poderosos de este inundo tienen también sus penas como los más humildes artesanos, y en esto se conoce que todos somos hijos de Adán. La buena duquesa vio blanquear sus cabellos y perdió toda alegría. Y cuando en la primavera se paseó con vestido negro bajo la avenida donde cantan los pájaros, era más digno de envidia el más pequeño de ellos que la soberana de las Clarides. Sin embargo, su pena no está sin esperanzas, monseñor; pues, si bien no tenía noticias vuestras, sabe, por lo menos, en sueños, que su hija Abeja vive.

El buen hombre Juan decía aquellas cosas y otras aun; pero Jorge no lo escuchaba desde que supo que Abeja era prisionera de los Enanos.

Pensaba:

-Los Enanos retienen a Abeja bajo tierra; un Enano me ha sacado de mi prisión de cristal; esos hombrecitos no tienen todos las mismas costumbres; mi libertador no es ciertamente de la raza de los que robaron a mi hermana.

No sabía qué pensar, sino que había que libertar a Abeja.

En esto atravesaban la ciudad y a su paso las comadres que estaban en sus puertas, se preguntaban entre sí, quién sería aquel joven extranjero, y convenían en que poseía un buen talante. Las más despiertas, reconociendo al señor de Blanchelande creyeron ver a un aparecido y huyeron haciendo la señal de la cruz.

-Habría -dijo una vieja, -que arrojarle agua bendita y enseguida se desvanecería esparciendo olor a azufre.

Se lleva a maese Juan y seguramente va a sepultarlo vivo en las llamas del infierno.

-¡Qué esperanza! -respondió un aldeano, -el señor está tan vivo y más vivo aun que vos y que yo. Está fresco como una rosa y parece venir de alguna corte galante más bien que del otro mundo. Desde muy lejos se regresa, buena señora, y la prueba es el escudero Corazón-Leal, que volvió de Roma el pasado San Juan.

Y una muchacha, llamada Margarita, habiendo admirado a Jorge, subió a su cuarto de soltera y arrodillándose ante la imagen de una Santa Virgen: ¡Virgen Santa -díjole, -haz que tenga un marido igual a ese joven!»

Cada uno comentaba a su manera la vuelta de Jorge, de tal modo que la noticia voló de boca en boca hasta oídos de la duquesa, que se paseaba a orillas del río. Su corazón latió muy fuerte y oyó cantar a todos los pájaros de la avenida:

*Cuí, cuí, cuí,
Sí, sí, sí,
Jorge de Blanchelande
Cuí, cuí, cuí,
Cuya infancia amparaste
Cuí, cuí, cuí,
¡Está aquí, está aquí, está aquí!
Sí, sí, sí.*

Corazón-Leal se aproximó a ella respetuosamente y le dijo:
-Señora duquesa, Jorge de Blanchelande que creísteis muerto, está de regreso; compondré una canción.

Á todo esto los pájaros cantaban:

*Cuí, cuí, cuí, cuí, cuí, cuí,
Sí, sí, sí, sí, sí, sí,
Está aquí, quí, quí, quí.*

Y cuando la duquesa vio llegar al niño que educara como hijo, abrió los brazos y cayó desvanecido.

CAPITULO XX

Que trata de un zapatito de seda.

No existía la menor duda en las Clarides de que Abeja había sido robada por los Enanos Esta era también la creencia de la duquesa; pero sus sueños no se lo aclaraban.

-La volveremos a encontrar -decía Jorge.

-La volveremos a ver -respondía Corazón-Leal.

-Y nos casaremos -decía Jorge.

-Y os casaréis -respondía Corazón-Leal.

É inquirieron entre los habitantes las costumbres de los Enanos y las circunstancias misteriosas del robo de Abeja.

Con este objeto interrogaron a la nodriza Maurille, que había amamantado a la duquesa de las Clarides; ahora, como ya no tenía leche para las criaturas, alimentaba gallinas en su corral.

Allí, la encontraron el amo y el escudero. Ella gritaba: ¡Pi, pi, pi! y echaba grano a los polluelos.

-¡Pi, pi, pi! ¡Sois vos, monseñor! ¡pi, pi, pi! ¿ Es posible que os hayáis puesto tan grande?... ¡pi, pi! ¿y tan hermoso? ¡Pito, pito! ¡Mirad ese grande que se come lo de los pequeños! ¡Eh! ¡Vete de ahí! ¡Esa es la imagen del mundo, monseñor! Todos los bienes van a los ricos. Los débiles adelgazan, mientras que los gruesos engordan. La justicia no está en la tierra. ¿En qué puedo servirlos, monseñor? ¿ Queréis que os sirva un buen vaso de vino?

-Lo aceptamos Maurille, y dejad que os abrace, porque vos fuisteis quien amamantó a la madre de la que yo amo más en el mundo.

-Eso es verdad, monseñor; la criatura echó su primer diente a los seis meses y catorce días. Y entonces la señora duquesa me hizo un presente. Ya lo creo.

-Bueno, pues ahora decidnos Marille, lo que sepáis de los Enanos que robaron a Abeja.

-¡Ay de mí! monseñor, nada sé de los Enanos que la robaron. Y ¿cómo queréis que una vieja como yo sepa algo? Hace mucho tiempo que olvidé lo poco que aprendí y no me queda bastante memoria para acordarme ni donde he dejado los anteojos. Y los busco teniéndolos montados en la nariz. Probad esta bebida, está muy fresca.

Á vuestra salud, Maurille; pero nos han dicho que vuestro marido supo algo del robo de Abeja.

-Y es verdad, monseñor. Por más que no tuviera instrucción, sabía muchas cosas que oía en las posadas y en las tabernas. Nada se le olvidaba. Si aun viviese, se sentaría con nosotros a la mesa y os contaría cuentos hasta mañana. a mí me ha contado tantos, que se me han hecho una madeja en la cabeza, tan enmarañada, que no sabría ni el principio ni el fin.

Jorge y Corazón-Leal, después de muchos rodeos, pudieron conseguir sacarle el siguiente relato:

-Hace siete años, monseñor, el mismo día en que salísteis de paseo con Abeja y del que no volvisteis ni uno ni otro, mi difunto marido, fue a la montaña a vender su caballo. Dio de comer a la bestia avena mojada con sidra, para que tuviese buena parada y el ojo brillante, y la llevó al mercado próximo, en la montaña. No perdió ni la avena ni la sidra, porque vendió muy bien el caballo. Hay bestias como hombres: se les estima por la apariencia. Mi difunto marido se regocijaba de la buena venta y ofreció de beber unos amigos, empeñándose en llevar razón vaso en mano. Y sabed, monseñor, que no había en toda Clarides quien se la negara vaso en mano. De tal modo, que ese día, después de hacer mil cortesías, regresó solo al obscurecer y tomó un mal camino por no haber reconocido el bueno.

Al llegar cerca de una caverna, vio tan claramente como le fue posible a aquella hora y en aquel estado, a un grupo de hombrecitos llevando en unas parihuelas a una niña ó un niño. Huyó temiéndole a un mal encuentro; pues el vino no le quitaba la prudencia.

Á poca distancia de la caverna, habiéndosele caído la pipa, se bajó para recogerla y agarró en su lugar un zapatito de seda. Esto le dio

motivo para una observación que repetía siempre que estaba de buen humor: «¡Es la primera vez que una pipa se cambia en zapatito!» Y como aquel zapato era de niña, pensó que la que lo había perdido en el bosque, era la que robaban los Enanos. Iba a guardárselo, cuando varios hombrecitos se arrojaron sobre él y le dieron tantos azotes, que se quedó aturdido en aquel sitio.

-¡Maurille! ¡Maurille! -exclamó Jorge, -¡aquel era el zapato de Abeja! Dádmelo que lo bese mil veces. Lo pondré para siempre en mi corazón, en un saquito perfumado, y cuando muera, que me lo pongan en mi ataúd.

-Como gustéis, monseñor; ¿pero dónde lo encontraréis? Los Enanos se lo quitaron a mi marido y hasta pensó que, si recibiera azotes, no fue sino por haberlo querido guardar, para mostrarlo a los jueces. Cuando estaba de buen humor, solía decir a este respecto...

---¡Basta! ¡Basta! Decidme solamente el nombre de la caverna.

-Monseñor, la llaman, la caverna de los Enanos, y está bien nombrada. Mi difunto marido...

-¡Maurille! ¡Nada más! Tú, Corazón-Leal, ¿sabes dónde está esa caverna?

-Monseñor -respondió Corazón-Leal cuando concluyó de vaciar el jarro de vino, -no dudaríais, si conocieseis mejor mis canciones. He hecho una docena y la he descrito sin olvidar una sola hierba. Me atrevo a decir que de las doce canciones, hay seis que son de verdadero mérito. Las otras no son despreciables. Voy a cantaros una ó dos...

-¡Corazón-Leal -exclamó Jorge, -nos apoderaremos de la caverna de los Enanos y libertaremos a Abeja!

-¡Nada tan cierto, por vida mía! -respondió Corazón-Leal.

CAPÍTULO XXI

Donde se cuenta una aventura peligrosa.

Llegada la noche, cuando todo dormía en el castillo, Jorge y Corazón-Leal se deslizaron a la sala baja para proveerse de armas. Allí había lanzas, espadas, dagas, espadines, cuchillos de caza, puñales brillantes, en fin, todo lo necesario para matar al hombre y el lobo. Las armaduras se erguían arrogantes cual si aun conservasen el alma del bravo que las llevó en las grandes aventuras, y el guantelete estrechaba la lanza con sus diez dedos férreos, en tanto que el escudo se sustentaba en el muslo, como demostrando que la prudencia es necesaria al valor y que el hombre de guerra por excelencia debe estar armado para la defensa como para el ataque.

Jorge escogió entre tanta armadura la que el padre de Abeja llevara hasta las islas de Avalon y de Tule. La ciñó con ayuda de Corazón-Leal sin olvidar el escudo donde se veía el sol de oro de las Clarides. Corazón-Leal vistió a su vez la vieja y fuerte cota de acero de su abuelo y un yelmo anticuado al cual añadió una especie de plumero extravagante que lo rejuvenecía y le daba un aspecto fantástico; en todo encuentro estimaba que la alegría era utilísima.

Armados de tal guisa, se alejaron, bajo la luna, hacia el campo negro. Corazón-Leal había dejado los caballos cerca del portillo, en un bosque y allí los encontraron mordiendo la cáscara de los arbustos; eran unos caballos muy ligeros y en una hora se plantaron en la montaña de los Enanos, dejando atrás fuegos fatuos, y apariciones confusas.

-Esta es la gruta -dijo señalándola Corazón-Leal.

El amo y el escudero echaron pie a tierra y se aventuraron, espada en mano, por la caverna. Se necesitaba un gran valor para intentar semejante aventura. Pero Jorge estaba enamorado y Corazón-Leal era fiel. Y este era el caso de decir con el más delicioso de los poetas:

*¿Qué no podría la amistad
conducida por el amor?*

Amo y escudero anduvieron en las tinieblas durante una hora, hasta que vieron un gran resplandor que hubo de admirarlos. Era uno de esos meteoros que iluminan, como sabemos, el reino de los Enanos.

Con aquella claridad vieron que estaban al pie de un antiguo castillo.

-Ese es -dijo Jorge, -el castillo que debe caer en nuestro poder.

-Efectivamente -respondió Corazón-Leal; pero dejad que antes pruebe unas gotas de este vino que traje como un arma, porque tanto vale el vino tanto vale el hombre, y tanto vale el hombre tanto vale la lanza, y tanto vale lanza tanto menos vale el enemigo.

Jorge, no viendo alma viviente, golpeó la puerta del castillo con el pomo de su espada. Una voccecita le hizo levantar la cabeza y columbró en una de las ventanas a un viejecito de larga barba, que preguntó:

-¿Quién sois?

-Jorge de Blanchelande.

-¿Y qué queréis?

-Recobrar a Abeja de las Clarides, que, retenéis injustamente en vuestras ratoneras, ¡viles ratones!

El Enano desapareció y de nuevo Jorge se encontró a solas con Corazón-Leal, que le dijo:

-Monseñor, no sé si exagero declarándoos que en vuestra respuesta al Enano no habéis quizá agotado las seducciones de la elocuencia más persuasiva.

Corazón-Leal no tenía miedo de nada, pero era viejo; su corazón estaba, como su cráneo, pulido por la edad y no le gustaba que se molestase a nadie. Jorge, por el contrario, se desesperaba y daba grandes gritos:

-¡Viles habitantes de la tierra, topos, hurones, ratones, abrid la puerta nada más y os cortaré a todos las orejas

Apenas concluyó este reto singular, la puerta de bronce del castillo se abrió lentamente y, por sí misma, sin que se viese al que la movía.

Jorge tuvo miedo y, sin embargo, franqueó aquella puerta misteriosa, porque su valor era mayor que el miedo. Una vez en el patio, vio en todas las ventanas, en todas las galerías, en todas las techumbres y hasta en las chimeneas, Enanos armados con arcos y flechas.

Oyó que la puerta se cerraba y una lluvia de flechas comenzó a caer sobre su cabeza y hombros. Por segunda vez tuvo miedo y por segunda vez lo dominó.

Con el escudo en el brazo y la espada en el puño subió las escaleras, cuando de repente vio en todo lo alto y con calma augusta, a un Enano majestuoso, con cetro de oro, corona real y manto de púrpura. Enseguida reconoció en él al hombre que lo libró de su prisión de vidrio. Entonces se arrojó a sus pies y le dijo llorando:

-¡Oh, bienhechor mío! ¿quién sois? ¿Sois acaso de los que me quitaron a Abeja, a quien amo?

-Yo soy el rey Loc -respondió el Enano.

Guardé a Abeja cerca de mí para enseñarle los secretos de los Enanos. Niño, caéis sobre mi reino, como el granizo en un vergel florido. Pero los Enanos, menos débiles que los hombres, no se ofuscan como ellos. Estoy muy por encima de vos en inteligencia para que vuestros actos me ultrajen cualesquiera que sean. De cuántas superioridades tengo sobre vos, existe una que os observaré rigurosamente: esta es la justicia. Voy a hacer venir a Abeja y le preguntaré si quiere seguirnos. Y lo haré, no porque queréis, sino porque debo.

Reinó un gran silencio y Abeja apareció, vestida de blanco, sus rubios cabellos sueltos. En cuanto vio a Jorge corrió a sus brazos y estrechó con todas sus fuerzas el pecho férreo del caballero.

Entonces el rey Loc le dijo:

Abeja, es cierto que es este el hombre que queréis por esposo.

-Cierto, muy cierto, este es, reyecito Loc -respondió Abeja.
-Contemplad todos, hombrecitos, cómo río y soy dichosa.

Y se echó a llorar. Sus lágrimas corrían por la mejilla de Jorge y eran lágrimas de felicidad, mezcladas con carcajadas y mil palabras encantadoras sin sentido, parecidas a las que balbucen los niños. No pensaba siquiera que su dicha entristecía al rey Loc.

-Mi bien amada -le dijo Jorge, -os vuelvo a encontrar cómo deseaba, la más hermosa y mejor de las criaturas. ¡Me amáis! ¡gracias, Dios mío! ¡me ama! Pero decidme, Abeja, ¿no queréis también algo al rey Loc, que me sacó de la prisión de cristal donde las Ondinas me retenían lejos de vos?

Abeja tornóse hacia el rey Loc.

-Loc, ¡tú hiciste eso! -exclamó; ¿tú me amas y has libertado al que yo amo y que me ama a su vez? No pudo continuar más y cayó de rodillas con la cabeza entre las manos.

Todos los Enanos, testigos de aquella escena, derramaban lágrimas sobre sus carcajs. Sólo el rey Loc continuaba sereno. Abeja, descubriendo en él tanta grandeza y bondad sentía por él el cariño de una hija por un padre. Tomó la mano de su amante y le dijo:

-Jorge, os amo; Jorge, Dios sabe cuánto os amo. ¿Pero cómo abandonar al reyecito Loc?

-¡Hola! Ambos sois mis prisioneros -gritó el rey Loc con voz terrible.

Tomó aquella voz terrible a modo de broma, porque en realidad no sentía cólera. Corazón-Leal se aproximó a él hincando una rodilla en tierra.

-Señor -le dijo, -¡que plazca a vuestra majestad que yo también participe de la cautividad de mis amos!

Abeja, al reconocerlo, le dijo:

-Sois vos, Corazón-Leal, ¡qué alegría experimento al veros! ¡Y qué plumero más feo os habéis puesto! Decid, ¿habéis compuesto nuevas canciones?

Y el rey Loc los llevó a los tres a cenar.

CAPÍTULO XXII.

En el que todo concluye bien.

Al día siguiente, Abeja, Jorge y Corazón-Leal, se pusieron los vestidos suntuosos que les prepararan los Enanos y fueron al salón de fiestas, donde el rey Loc, vestido de emperador, vino al instante a reunírseles como les había prometido. Lo seguían sus oficiales con armas y pieles de una magnificencia salvaje, y en sus cascos se agitaban las alas de los cisnes.

Los Enanos, llegados en tropel entraban por las ventanas, las claraboyas y las chimeneas, y se cobijaban bajo los divanes.

El rey Loc subió a una mesa de piedra, en uno de cuyos extremos había toda clase de vasos y copas de oro fino, de un trabajo maravilloso. Hizo señas a Abeja y a Jorge para que se aproximasen y dijo:

-Abeja, una ley de la nación de los Enanos ordena que toda extranjera recibida en nuestros dominios, sea libre al cabo de los siete años, si es su voluntad. Habéis pasado siete años entre nosotros, Abeja, y sería un mal ciudadano y un rey culpable, si os retuviese más tiempo. Pero antes de dejaros partir, quiero, no habiendo podido desposarme con vos, casaros yo mismo con quien habéis escogido. Lo hago con gusto, porque os amo más que a mí mismo y que a mi pena, si aun me quedase alguna. Abeja de las Clarides, princesa de los Enanos, dadme vuestra mano, y vos Jorge de Blanchelande dadme la vuestra.

Y poniendo la mano de Jorge en la de Abeja, el rey Loc se volvió hacia el pueblo y dijo con voz tonante: hijos míos, vosotros sois testigos de que ambos se comprometen a casarse en la tierra. Que vuelvan a ella juntos y hagan que florezcan el valor, la modestia y la fidelidad, como los buenos jardineros hacen germinar las rosas, los claveles y las dalias.

A estas palabras los Enanos gritaban y no sabiendo si debían alegrarse ó entristecerse, se veían presa de sentimientos contrarios. El rey Loc se dirigió de nuevo hacia los novios y mostrándoles las copas hermosamente cinceladas:

-He ahí -dijo, -el presente de los Enanos. Recibidlo, Abeja, así os acordaréis de vuestros amiguitos; ellos os lo ofrecen y no yo. Pronto sabréis lo que os quiero donar.

Reinó un largo silencio. El rey Loc contempló con magnífica expresión de ternura a Abeja, cuya hermosa cabeza radiante se inclinaba, coronada de rosas, sobre el hombro de su prometido.

Después, prosiguió así:

-Hijos míos, no es bastante amarse mucho; es menester saberse amar. Un amor grande es bueno indudablemente; un amor bueno, es mejor.

Que el vuestro tenga tanta dulzura como fuerza; que nada-le falte, ni siquiera la indulgencia, mezclada de compasión. Sois jóvenes, hermosos y buenos; pero sois hombres y por eso mismo sujetos a miserias. Por esto, si no entra algo de compasión en los sentimientos que experimentáis el uno hacia el otro, estos sentimientos no serán apropiados a todas las circunstancias de vuestra vida común; serán como vestiduras de fiesta, que no garantizan del viento y de la lluvia. No se ama verdaderamente sino a los que amamos en sus debilidades y sus pobrezaas. ¡Evitar, perdonar, consolar, esa es toda la ciencia del amor!

El rey Loc se detuvo conmovido. Prosiguió:

-¡Hijos míos; sed dichosos, conservad vuestra felicidad, conservadla bien!

En tanto que hablaba, Pie, Tad, Dig, Bob, True y Pau, colgados del manto blanco de Abeja, cubrían de besos los brazos desnudos y las manos de la joven. Y le suplicaban que no se fuese. Entonces el rey Loc sacó de su cinto un anillo, cuya piedra arrojaba destellos luminosos. Era el anillo mágico que abriera la prisión de las Ondinas. Lo deslizó en el dedo de Abeja, y dijo:

–Abeja, recibid de mi mano este anillo que os permitirá entrar a cualquiera hora, a vos y a vuestro esposo, en el reino de los Enanos.

Seréis recibidos con alegría y ayudados en todo. En pago, enseñad a vuestros hijos a no despreciar a los hombrecitos inocentes y laboriosos que viven bajo la tierra.